

Araceli Lauret

El corazón de Vicky.

El corazón de Vicky

Una Novela de Araceli Lauret

*Para María del Pilar Aguirregabiria,
mi madre,
con todo mi cariño.*

Capítulo 1.—

El viento acompañaba con furia el frenético fluir de gentes y coches de la gran ciudad, levantando del suelo las últimas hojas secas del caduco otoño. Aquella mañana fría y ventosa de diciembre el Dr. Oliver y el Dr. Perk caminaban a buen paso por la acera, acababan de desayunar juntos en su cafetería habitual y al salir a la calle habían levantando las solapas de sus abrigos para protegerse del fuerte aire que azotaba sus rostros, mientras charlaban animadamente. Marcus Oliver llevaba en bandolera un ordenador portátil bastante pesado e incómodo, pues cada cuatro pasos detenía su marcha e interrumpía la charla, para subirse el tirante que insistía en resbalar sobre su hombro. Pero no parecía molesto por ello. Al contrario, parecía estar muy satisfecho con aquella carga que, a la postre, no era propia sino que era un ordenador prestado por su acompañante el Dr. Marlon Perk. Era difícil mantener una conversación esquivando a la gente que le venía de frente en plena hora punta. Las calles del centro estaba en ebullición, los semáforos cambiaban al color rojo para interrumpir el fluir del tráfico nervioso, mientras los transeúntes se precipitaban a ritmo acelerado sobre el paso de cebras como un río de gente. Pero ellos aprovechaban el recorrido diario para cambiar impresiones antes de enfrascarse en sus respectivas labores en su centro de trabajo.

El portátil pesaba bastante, pero a Oliver nada podía molestarle esa mañana pues estaba plétorico de satisfacción. Tras varios meses de duro esfuerzo haciendo horas extras, había concluido por fin su propio proyecto y a buen seguro le supondría cambiar de puesto dentro del laboratorio Montechoro, lo que deseaba ardientemente. Llevaba apenas

un año contratado, y desde su llegada no había parado de trabajar duro para hacer méritos. Allí había conocido a Marlon Perk, el eminente genetista que caminaba a su lado, un brillante científico con muchos años de pescante y una sólida reputación en el campo de la selección genética patógena. Marcus Oliver le admiraba profundamente y no podía evitar el sentirse halagado cada vez que Perk le presentaba a los demás como una joven promesa. Le gustaba pensar que, de vivir aún, sus padres se sentirían orgullosos. De origen humilde, Oliver sabía del sacrificio importante que habían hecho ambos para que pudiera estudiar en la capital, y nunca se perdonó no haberles podido devolver el favor en vida. Hoy se sentía feliz por ellos. El Dr. Perk era algunos años mayor que Oliver, y le había cogido el aprecio suficiente para ser su mentor ante la junta directiva del magnífico laboratorio de genética avanzada Montechoro, uno de los más importantes de Europa y desde luego el lugar ideal para el científico que deseara dedicarse a la investigación. Oliver había soñado con ello desde que dejó la universidad años atrás. Después de varios intentos fallidos y trabajos menores en todo tipo de laboratorios, que a veces quedaban lejos de su especialidad, por fin había conseguido que le aceptaran el departamento de estadística genética del Montechoro. En poco tiempo había destacado lo suficiente para que le nombraran jefe del departamento. En este puesto, Oliver se sentía cercano a la plenitud de su carrera y solo rondaba la treintena, hecho este que no pasó desapercibido para uno de los grandes cerebros del Montechoro, el Dr. Marlon Perk. En varias ocasiones le invitaba a su despacho para contarle pequeños secretos de la profesión, aconsejándole en sus empeños con valiosas advertencias y finalmente, le había animado a presentar nuevos proyectos y desarrollarlos en su departamento, pues la junta directiva del Montechoro valoraba las ideas nuevas y promocionaba a sus precursores. A pesar del escaso tiempo que llevaba en el instituto, y con la ayuda de Marlon Perk, Oliver se sentía ya parte de la gran familia de científicos y

doctores del prestigioso Instituto Montechoro y deseaba, a toda costa, poder estar a la altura.

— Ahora que has terminado ese proyecto tuyo de genética barata sobre herencia en las especies...¿te dedicarás un poquito a escuchar los sabios consejos de los que tenemos mas experiencia, o vas a seguir haciendo el tonto en ese departamentucho de estadísticas donde solo hacéis cuentas?.

— Increpaba riendo Marlon Perk a Oliver con ironía. Los dos sabían que ese informe supondría un cambio importante en la carrera de Oliver, pero éste le siguió la broma.

— ¡Cuentas! —exclamó Marcos fingiendo sentirse ofendido.— Lo mío, estimado doctor, es es el refinado estudio de la matemática genética y no el burdo campo de las vísceras y la elección del sexo de los bebés.—dijo bromeando.

— Burdo, pero rentable.—replicó el Dr. Marlon Perk sonriendo con satisfacción.— En los últimos años los grandes avances en el conocimiento de la herencia genética han hecho surgir clínicas de fertilidad por todas las esquinas, como bien sabes. Podrías ganar mucho mas dinero si te cambiaras de especialidad. Nuestro laboratorio obtiene de ello grandes beneficios. Tu acabas de empezar, pero yo llevo muchos años trabajando en el mundo de la genética, desde que era un campo casi desconocido.

Perk se quedó pensativo, y su mirada parecía volar lejos y trasladarse muy atrás en el tiempo.

— Si, se te ve que ya tienes edad para contar batallitas —rió Oliver.

— Aprende, pequeño genetista, que no soy eterno. Y por cierto ya puedes cuidar bien de ENMA, no se como me has convencido para que te lo preste.—replicó Marlon Perk refiriéndose a su ordenador portátil, una potente máquina especializada en aplicaciones necesarias para la presentación

del proyecto de Oliver, y que Marlon Perk cuidaba como si fuera de oro.

Un semáforo en rojo había detenido sus pasos, y una fuerte ráfaga de aire les sacudió de frente haciendo que se retorciera cerrando los ojos. De repente se escuchó un frenazo de neumáticos sobre el asfalto. Todo el mundo se detuvo en seco alrededor y Oliver buscó el origen del ruido con la mirada. Sorprendido y perplejo vio frente a sí un coche que había quedado atravesado en medio de la calle, un automóvil de color oscuro, con los cristales tintados. De pronto una ventanilla empezó a bajar y dejó asomar el cañón de un arma, que apuntaba hacia ellos. Sonaron cuatro disparos. La calle se llenó de gritos y de gente corriendo buscando cobijo, mientras los coches, a frenazos, se habían atravesado en el asfalto de manera caótica y reinaba el desconcierto por doquier. Marcus Oliver instintivamente se tiró al suelo. Alzó la cabeza buscando con la mirada a Marlon, y le encontró, detrás de él. Estaba tendido en el suelo boca arriba, inmóvil, desamparado, y en su rostro había un terrible gesto de dolor. Tenía una mano sobre el pecho y su abrigo gris perla estaba manchado de sangre. Marcus se acercó arrastrándose hasta donde yacía el Dr. Perk. En ese momento, el coche de donde habían partido los disparos pasó rápidamente por su lado. Alzó la vista en un gesto nervioso buscando ver algo en el interior, pero antes de que se diera cuenta de nada el coche aceleró y desapareció doblando un cruce. Entonces se volvió de nuevo hacia Marlon y vio que sangraba cada vez más. Pidió a gritos que alguien llamara a una ambulancia, el Dr. Marlon Perk permanecía allí tendido con el rostro lívido, dolorido. Oliver se arrimó más a Perk y le cogió de la mano. Perk quería hablar pero respiraba con dificultad y apenas se movían sus labios que estaban temblorosos y amoratados.

— Dios mío, estás sangrando mucho... ¡UNA AMBULANCIA, PIDAN UNA AMBULANCIA! —gritaba Marcos nervioso a la gente de alrededor.

Se quitó su abrigo pensando en ponérselo bajo la nuca a modo de almohada.

— Tengo frío... —dijo Perk. Oliver se dio cuenta de que estaba temblando e intentó abrazarlo. Le cubrió como pudo con el abrigo y tiró de su cuerpo hasta apoyarlo en su regazo, hablándole sin cesar, dándole aliento para que permaneciera despierto. Pero a su alrededor crecía un charco inmenso de sangre. Algunos curiosos y otros por ayudar hicieron corro alrededor de los dos hombres. Oliver empezó a temer por la vida de Marlon, los minutos pasaban y seguían allí tirados. Con una mano temblorosa, abrió un poco la ropa del doctor y vio sangre por todo el pecho, y alguien de alrededor comentó que la ambulancia no llegaría a tiempo.

— No intentes hablar y resiste, enseguida te llevaremos al hospital.—la voz de Oliver se quebraba al pronunciar estas palabras a pesar de que había intentado que sonara firme, pero estaba muy nervioso. Sentía rabia e impotencia, sentado en el suelo con Perk en su regazo, sin saber que más se podía hacer que esperar a que llegara el auxilio. Entonces Marlon le miró a los ojos, levantó su mano y agarrándose con todas sus fuerzas al abrigo de Marcos se incorporó levemente y le hizo una petición.

— ¡BUSCA... BUSCA A VICKY!. —y después cerró sus ojos y exhaló. La gente alrededor todavía corría y gritaba presa del pánico. Oliver apenas podía sostener el cuerpo sin vida de Marlon Perk. No quería moverse, ni pensar, pero todo era irreal, increíble. Comenzó a darle golpes en el pecho para reanimarle, le gritó y le hizo el boca a boca. Intentaba recuperar en vano el corazón sin vida de su querido amigo y mentor. Todo era inútil. El cuerpo sin vida de Perk se quedó en sus brazos hasta que llegó la ambulancia y uno de los sanitarios le convenció con mucho esfuerzo para que le soltara. Ya no había nada que hacer.

Oliver tardó largo rato en reaccionar. Los servicios sanitarios ya estaban encerrando el cuerpo en una gran bolsa de plástico con cremallera, pero él seguía sentado en el suelo sobre el charco de sangre, mudo, aletargado, como sin alma. A su alrededor habían sonado las sirenas de dos coches de policía a su llegada al lugar. Un agente estaba a su lado agachado, hablándole desde hacía minutos, sin conseguir que Oliver le prestara atención. Mas tarde otros dos agentes le ayudaron a levantarse y consiguieron que les dijera su nombre y el del doctor Perk, mientras otros policías alrededor hacían preguntas y recogían los testimonios de los presentes sobre lo que había sucedido.

Oliver respondió a la policía preso de un gran nerviosismo, mostrando la indefensión de un niño al que le han quitado lo que mas aprecia. Al verle en ese estado le suministraron un tranquilizante casi a traición, pues Oliver se negaba a tomar nada. Un sicólogo de la policía le explicó que ni el mismo se daba cuenta de que estaba tartamudeando y era difícil comprender lo que decía. Repetía con insistencia que no lo entendía, que cómo era posible,... Los dos estaban hablando, y riendo, cuando de repente, en un instante, su amigo Perk estaba muerto en sus brazos.

Mas tarde, la policía le llevó a su casa, y aunque le ofrecieron asistencia médica, Oliver insistió en que no quería más que descansar de aquella pesadilla, y horas después, tumbado en la cama, comenzó a sentir que se dormía. Miraba al techo de su habitación y escuchaba sin cesar los disparos como un eco lejano. Una y otra vez se repetía en su memoria la secuencia del atentado. Veía sin cesar la cara de Perk allí tendido después de muerto y seguía sin poder aceptar lo sucedido. Oliver se miró las manos, aún tenía restos de sangre entre los dedos y en su ropa, así que, aunque pareciera un sueño, todo era real. El tranquilizante que le habían dado comenzó a ganarle la partida. Cerró los ojos, y pensó que tenía que dormir para aclarar sus ideas. Luego recordó las palabras de

Marlon antes de morir y resonaron en su cabeza como un disco rayado, BUSCA A VICKY, BUSCA A VICKY. Pero Oliver no conocía a ninguna Vicky. Dejó su reloj de pulsera sobre la mesilla de noche, junto al retrato de una bella joven de cabellos negros, y mirando la foto dijo en voz alta: Seguramente se tratará de alguna amiga del Dr. Perk, a la que tendré que dar una mala noticia. Decidió que lo haría tan pronto como despertara.

Capítulo 2.—

La prensa rápidamente se hizo eco de la noticia. Después de pasar tres días en blanco encerrado en su casa, el doctor Marcos Oliver había decidido volver al mundo exterior. Estaba sentado a la barra de la misma cafetería donde días antes habían desayunado juntos Perk y él, como tenían por costumbre. Todo era igual, pero nada parecía lo mismo. El café con leche humeante sobre un pequeño plato inestable, la tostada sin untar y la gente alrededor hablando de sus cosas como si nada hubiera pasado, incluso el camarero le echó una mirada de reojo, sin atreverse a decirle nada a pesar de reconocerle de tantas mañanas de desayuno en compañía de Perk.

Al fondo del salón un televisor estaba contando el suceso. Oliver escuchaba las noticias removiendo su café con desgana. La crónica de un periodista relataba la biografía del doctor Perk, conocido en la comunidad como un buen ciudadano que no tenía enemigos. Hablaban de él como un destacado científico que trabajaba en el Laboratorio de Genética Avanzada del prestigioso Instituto Montechoro, toda una vida entregada a sus proyectos. Oliver se giró para mirar a la pantalla y escuchar con más atención cuando hablaron de la investigación policial, que solo había dado palos de ciego. La policía no tenía sospechosos, no había pistas, los presentes no pudieron ver nada, ni siquiera se descartaba la idea de un posible atentado terrorista, incluso se especulaba con la posibilidad de que fuera ser un error de las mafias infiltradas en el país. Sus familiares y amigos estaban consternados y nadie se explicaba el porque de su fatídica muerte. En la pantalla aparecía un reportero mostrando imágenes de la puerta del instituto Forense, muchos

periodistas disparaban sus cámaras y se agolpaban arrojando sus micrófonos en torno a un portavoz de la familia que hacía declaraciones a la prensa: DAREMOS UNA RECOMPENSA A TODO AQUEL QUE NOS LLEVE HASTA LOS ASESINOS.

Oliver retiró la mirada del televisor frunciendo el ceño. Frente a él tenía un periódico con grandes titulares donde se hablaba de la actuación de la policía. Al no encontrar aún ninguna pista sobre quienes pudieran ser los responsables del asesinato, era previsible que el caso finalmente se archivase. De mala gana volvió a remover su café sin poder tomárselo y abandonó la barra. No conocía a la familia del doctor Perk, que era un hombre mayor y solitario, pero ante lo inexplicable del caso quizá era una buena idea presionar con aquel llamamiento para conseguir averiguar el porqué de una muerte tan estúpida, si bien Oliver no era amigo de la prensa ni de las campañas de los medios. Durante días la televisión y los periódicos utilizarían la noticia para hablar de la incompetencia de unos y otros y usarlo como pretexto político para desprestigiar a algún departamento del estado, y no servir de nada, pensó. El Dr. Marcos Oliver salió de la cafetería inundado por un sentimiento de impotencia y desolación que le hacía arrastrar los pies. Al pasar por el lugar de los hechos de camino a su trabajo recordó aquel momento fatídico, sin comprender el significado de las últimas palabras pronunciadas por el Dr. Perk. Había preguntado a todos sus conocidos por la tal Vicky sin que nadie diera noticias de conocerla. Si tengo que buscarla, lo haré, pero seguramente ya debe haberse enterado por los medios de la muerte de Marlon Perk. Sin darse cuenta había llegado caminando hasta la entrada del Montechoro. Respiró hondo y empujó la gran puerta de acceso al espacioso hall. Entró sin prisa en el magnífico edificio, sede del Instituto Montechoro, una construcción moderna, grande y con detalles de lujo innecesarios para un lugar de estudio, en opinión de Oliver, pero que indudablemente le daban un aspecto formidable. En ese momento sonó el timbre de su teléfono móvil. Oliver sacó del bolsillo de su abrigo el aparato y miró la pantalla, era el

número de la casa de Perk. Se sintió algo inquieto pues no esperaba volver a ver ese número en la pantalla pero lleno de curiosidad respondió.

— Marcus Oliver al habla. —dijo con desconfianza.

— Perdóneme si le molesto. Usted no me conoce, me llamo Sofía, y soy hermana de la madre de Marlon Perk. Estoy en la casa de mi sobrino recogiendo algunas de sus cosas y... quería pedirle un favor.—decía dubitativa la mujer.— En fin, abusando de su confianza y dado que trabajaron juntos me gustaría recuperar los objetos personales que pudieran haberse quedado en el despacho de Marlon, si es posible. El Montechoro se ha ofrecido a traerlas pero preferiríamos que lo hiciera usted, la mamá de Marlon me dio su teléfono y me comento que eran ustedes amigos. También me pidió que la disculpara pero se encuentra un poco indispuesta y es su deseo no recibir visitas por el momento. Por eso me estoy ocupando yo de estas cuestiones y así evitarle pasar un rato desagradable, estando todo tan reciente, usted ya me entiende. —explicó la tía de Marlon.

— Para mi no es ninguna molestia. Precisamente me pilla entrando en el Instituto, así que pasaré por su despacho ahora mismo. —dijo Oliver cumplidor.

— Se lo agradezco mucho. Voy a estar en la casa de Marlon todo el día así que le esperaré aquí. —añadió Sofía.

— Iré tan pronto como pueda. —respondió Oliver, que comprendía que para su familia era importante reunir todas las cosas que le habían pertenecido.

— Es usted un buen hombre. —dijo la mujer con sentimiento, y colgó.

Oliver guardó el teléfono suspirando y cruzó el Hall. Tomó uno de los ascensores y apretó el botón de la cuarta planta. Al

abrirse las puertas apareció ante él el ancho pasillo elegantemente iluminado que tantas veces había recorrido, donde se encontraba el despacho del Dr. Perk. Aún estaba escrito el rótulo de su nombre en la puerta. Oliver cogió aire y abrió la puerta con decisión. El interior le era familiar, pues en infinitas ocasiones se habían juntado allí Marlon y él para compartir ideas y algún sandwich a deshoras, cuando el trabajo les retenía, a veces hasta pasada la media noche. Pero el hecho de estar allí sin Marlon le provocaba una extraña sensación de intromisión, tocando las cosas que habían sido usadas por su querido amigo el Dr. Perk. Todo estaba todavía tal y como lo había dejado su ocupante, revisó los cajones de la mesa de despacho que no contenían nada de valor, solo papeles en blanco y clips, junto a un sacapuntas viejo. En el armario empotrado había una bata blanca colgada y una caja de guantes de látex, un gorro, patucos de plástico y mascarillas. También revisó unas estanterías con puertas en las que solo aparecían libros y alguna revista antigua. Recogió todo y lo apiló sobre la mesa. Había una caja fuerte abierta que nunca había sido usada y una agenda antigua olvidada en el quicio de la ventana. Al ver aquello, Oliver recordó que a Marlon Perk le gustaba guardar sus notas en el ordenador portátil, que se había quedado en su casa. A pesar de ser un hombre mayor, a Marlon Perk le fascinaba el mundo de las nuevas tecnologías y estaba al día del manejo de todos los chismes que salían al mercado de la electrónica. A menudo aparecía con un nuevo equipo en miniatura que le había costado un riñón, presumiendo de las maravillas que podía realizar y del que se había enamorado al pasar por un escaparate. Oliver repasó la estancia con la mirada para no dejarse nada y vio que colgada en el perchero junto a la puerta había una americana, la única prenda realmente personal que quedaba allí. Conservaba algo del olor de la colonia del Dr. Perk y eso hizo que Oliver se estremeciera. Al descolgarla notó un ligero peso en un bolsillo. Metió la mano y sacó una llave pequeña, atada a un llavero en forma de muñequera, de un material impermeable, y que tenía un

número impreso, el 16. Se preguntó qué abriría esa llave con el número 16. La puerta del despacho había quedado entreabierta, y en ese instante pasaba por el pasillo el director del Montechoro, charlando con otro empleado del laboratorio. Al ver la puerta abierta decidieron asomar la cabeza.

— Oliver, no sabía que vendría a trabajar. —le dijo sorprendido el director. No había tratado mucho con él pero era indudablemente una figura respetada y temida por muchos y su autoridad era total.

— Tenía que hacer algo. Necesito mantenerme activo y deseo volver cuanto antes a mi trabajo.—respondió Oliver con firmeza.

— Comprendo como se siente, todos queríamos mucho al doctor Perk y ha sido una pérdida irreparable. Pero por favor, no se torture y deje pasar unos días antes de continuar con la rutina del laboratorio.

— Pero no necesito un descanso. —replicó Oliver con cierta osadía.

— Ya se que es un mal momento para usted, pero en el futuro vamos a necesitarle al cien por cien de sus facultades. —

Aquel hombre hablaba con mucha firmeza y Oliver se sentía bastante intimidado.

— Y no se ofenda, pero parece muy demacrado. Es preciso que se tome un descanso para recuperarse del mal trago.—le insistió.— Además una decisión del Laboratorio, no mía, Dr. Oliver, así que no me obligue a imponérsela. Sea un buen chico, tómese un mes para recuperarse y prepárese para su regreso. Eso es todo.—y cerró la puerta tras de sí.

— Pues vaya ...— dijo Oliver en voz baja mientras dejaba caer la mirada sobre los objetos de Marlon Perk.

Capítulo 3.—

El Dr. Oliver había tomado el autobús de circunvalación desde una parada cercana a su casa. No tenía coche ni carné de conducir, y siempre se trasladaba en transporte público, porque se había acostumbrado a ello desde que era joven y nunca lo había echado en falta. Era una de las muchas cosas que tenía en común con su amigo Marlon Perk, ambos estaban de acuerdo en que el transporte público les mantenía en forma ya que ninguno de los dos eran amigos de hacer deporte. En cierta ocasión hicieron un viaje juntos hasta la costa en tren, que lamentaron profundamente por no haber podido pegar ojo en todo el viaje debido a ciertos acompañantes ruidosos en los asientos cercanos. Iban en busca de un raro ejemplar de cultivo para el laboratorio y Oliver le comentó que de haber tenido coche hubieran gozado de una mayor libertad de movimientos, pero Perk insistió en que el tren era el medio mas seguro y menos contaminante. Perk no era un abanderado de la ecología a ultranza, pero si que era un hombre que amaba la naturaleza y la vida. En aquél tren hablaron mucho y pudieron conocerse mejor. Marlon Perk le contó que a menudo se lamentaba de no haber tenido tiempo de crear una familia, y tener hijos a los que ver crecer a su lado. Pero es que estaba enamorado de su ciencia y había tenido que escoger. Le gustaba explayarse largo y tendido sobre el maravilloso milagro de la fecundación, de como unas pequeñas células como los espermatozoides eran capaces de buscar a otras a través de mares de incertidumbre, luchando por sobrevivir en una carrera salvaje, en competencia feroz, hasta que solo uno de todos ellos era el afortunado el alcanzar la meta y transformar aquella batalla en la existencia de un nuevo ser. Y todo ellos se llevaba a cabo por la simple fuerza de la naturaleza. Para Marlon Perk no

había nada mas hermoso que la vida de un ser humano. A lo que Oliver añadió que a ese milagro cotidiano habría que sumarle el de la inteligencia que aquellas células serían capaces de desarrollar con los años hasta llegar a convertirse en un gran talento, a diferencia de los animales. Pero volviendo su mirada hacia los molestos pasajeros de alrededor, Perk le cuestionó este punto, haciéndole reír. Enfrascado en estos recuerdos Oliver no se había dado cuenta de que ya estaba frente la puerta de la casa del Dr. Perk. Con la caja de las cosas del despacho apoyada sobre la cadera Perk llamó al timbre y en seguida una mujer mayor abrió la puerta.

— Soy Marcus Oliver, hablamos esta mañana. —dijo explicándose.

— Ah, es usted. No sabe cuanto se lo agradezco, ha sido muy amable en traer las cosas de Marlon. Pero ya me había dicho mi sobrino en más de una ocasión que usted era un hombre bondadoso. —dijo con amabilidad la tía de Marlon.

— Es lo mínimo que puedo hacer. Pero, por favor llámeme Marcus.—respondió un poco incómodo por la situación.

— Pase, por favor no se quede ahí.—insistió ella. Oliver cruzó la puerta cargando la caja hasta el salón. A pesar del agradable recibimiento, Oliver no sabía como romper el hielo sin hacer emerger ningún sentimiento que rompiera aquella serenidad. Finalmente se atrevió a hablar.

— Me siento un poco impotente ante todo esto. ¿Se sabe algo de la investigación de la policía? —preguntó Oliver mientras dejaba la caja sobre una mesa.

— Estamos esperando que alguien nos diga algo, alguna pista sobre... esta inexplicable muerte... —dijo con la voz temblorosa. Se hizo un breve silencio. Su mirada lánguida,

casi ida, daba clara idea del dolor que sentía aquella mujer. Se mostraba desolada pero guardaba cierta entereza. La tía de Marlon Perk suspiró profundamente y volvió a hablar.— La policía dice que ha interrogado a todos los que le conocían. Ya ve que absurdo, eso es prácticamente imposible. Marlon tenía cientos de amigos. Y aquí lo han revuelto todo, mire la casa como la han dejado, está patas arriba. No se que es lo que pueden estar buscando... —Oliver miró alrededor y vio que estaba todo descolocado y revuelto. No entendía nada. ¿Acaso la policía pensaba que el Dr. Perk pudiera ser un delincuente y ocultara algo en su casa?, ¿Sería el registro un procedimiento habitual?. La tía de Marlon le mostró el pasillo. — Eche un vistazo, tal vez usted le encuentre algo de sentido. Todos estamos tan consternados... —Oliver encontró esa proposición un tanto extraña y se sintió muy desconcertado. No sabía que intención tenía aquella mujer y se imaginó que quizá solo quería sentirse un poco mas acompañada en aquella casa vacía. Pensando que quizá eso la consolase adoptó el papel de investigador.

— No dude que la policía encontrará a los responsables, señora .— Oliver se detuvo un instante y luego preguntó.— ¿Sabe si había alguien que le hubiera amenazado?. —dijo entrando en una habitación a mirar.

— Nada, hijo mío. Ya hemos sopesado esa posibilidad, y que va.— dijo lanzando un gran suspiro. Oliver prosiguió con sus pesquisas.

— ...O si mantuvo contacto con alguien extraño, no se, alguna visita del extranjero...?. —dijo esperando encontrar algo fuera de lo cotidiano.

— Marlon tenía muchos conocidos en otros países, ... le gustaba viajar y hace años viajó por medio mundo, pero hacía tiempo que estaba esclavo del Montechoro y no salía a ninguna parte. —dijo ella siguiéndole por la casa.

Oliver miraba a su alrededor abriendo las puertas de los armarios y observando con cuidado cualquier detalle sin encontrar nada extraño, obedeciendo a la petición de la tía de Perk.

— En el despacho de su sobrino encontré una llave. —Oliver sacó el llavero y se lo enseñó.— ¿Le suena de algo? —la mujer lo miró extrañada durante unos instantes, lo tomo en su mano y devolviéndoselo a Oliver negó con la cabeza.

— No parece ser de la puerta... parece más bien una llave de un armarito o de una taquilla. No he visto nada así por la casa, aunque de todas formas hace mucho tiempo que yo no venía por aquí. Podemos mirar a ver, aunque es difícil encontrar nada dentro de este desorden. —dijo desconsolada.— Marlon no era hombre de guardar cosas bajo llave... hasta donde yo se. —y suspiró.

Eso que había dicho Sofía era del todo cierto. A Marlon solo le gustaban las claves de acceso de su ordenador como único sistema de seguridad, y en más de una ocasión se lo había comentado. Además no parecía tener nada de especial valor para ser guardado bajo llave. Siguieron caminando por el pasillo. Oliver fue mirando una a una todas las habitaciones y aquella mujer le acompañaba abriéndole puertas e invitándole a pasar. Entonces se toparon con el baño.

— ¿Puedo pasar? —preguntó Oliver señalando la puerta. La señora le hizo un gesto asintiendo y Oliver entró. Al cerrar la puerta tras de sí vio colgado en una percha detrás de la puerta el clásico albornoz blanco de hotel, con un escudo bordado en un bolsillo donde se leía Hotel Balneario Font de Lus. Oliver salió del cuarto de baño y preguntó a aquella mujer.

— ¿Conoce usted el Balneario Fon de Lus? —interrogó Oliver.

— No, es la primera vez que lo oigo. —contestó ella con gesto contrariado. Oliver extendió el albornoz hacia delante y le enseñó el bordado del bolsillo. Pero ella negaba con la cabeza. Entonces tuvo una idea, pensó que sería interesante darse una vuelta por aquél hotel, a lo mejor estuvo allí recientemente, o si era asiduo puede que allí le conocieran y pudieran decirle algo sobre los últimos días de vida de Perk.

— La policía quiere cerrar el caso. —dijo rompiendo en sollozos. Oliver la abrazó y pasó su mano por la espalda para consolarla. — Y no sabemos nada, nadie nos dice nada, ni una explicación, solo queremos tener algo que nos permita dormir tranquilos, y no hay manera de comprender, a quien quiera que sea, qué les ha llevado a hacer esto. —la mujer se ofuscaba mientras hablaba.

Oliver comenzaba a albergar la idea de investigar por su cuenta hasta resolver el asesinato. Notó que le habían entrado ganas de resolver el enigma de la muerte de Perk por sus propios medios, pero no estaba muy seguro de saber como hacerlo. De lo que si que estaba seguro era de que alguien debía hacer algo para averiguar quienes eran esos asesinos. Si la policía no hacía nada, él lo haría. Así que allí mismo, abrazando a aquella mujer, tomó esa determinación.

— Déjeme preguntarle algo más, ¿Conoce a alguien que se llame Vicky?, Algún pariente, vecina, o amiga de Marlon... —le preguntó.

— ¿Vicky? —se extrañó la mujer.— No, no recuerdo a nadie con ese nombre. ¿Tiene alguna importancia? —preguntó. Por un segundo Marcos se vio tentado de contarle que las últimas palabras de su sobrino fueron para pedirle que buscara a esa tal Vicky, pero algo en su interior le hizo guardar para sí esa secreto, la última voluntad de Marlon.

— No lo creo. No se preocupe, haré lo que pueda por ayudarle a encontrar a los responsables de este desastre. — dijo con convicción.

— Si descubre algo hágamelo saber. —terminó ella. Y después se despidieron. Oliver salió de la casa y a los dos pasos se detuvo a pensar. Allí en el jardín sacó la llave que había encontrado en el despacho de Marlon Perk, y la miró con detenimiento. Pensó que esa llave podría pertenecer a una caja en aquél Hotel que guardara algo que fuera importante. Desde luego un bolsillo no era el lugar mas normal para dejar una llave así, así que pensó que sería un olvido de Marlon Perk. Era extraño que Perk hubiera ido a un balneario, pero aún mas raro que no se lo hubiera contado, ¿lo habría ocultado a propósito? se preguntaba Oliver.

Recordó nuevamente lo extraño del atentado, donde nada tenía sentido...¿Por qué querrían matar a hombre como el Dr. Perk?. El nombre de Vicky salió a la luz a causa del atentado. Seguramente esa Vicky le daría la clave, y debía encontrarla cuanto antes.

Pensativo, se alejó caminando de la casa sin advertir que alguien le observaba. Desde el interior de un coche que estaba aparcado en la acera de enfrente, dos hombres de rasgos asiáticos seguían sus pasos con la mirada. Uno de ellos sacó un móvil y marcó un número.

— Acaba de salir ese tipo de la casa... no, no parece policía... de acuerdo. —y colgó el teléfono. Se giró hacia su acompañante y le dijo— Li quiere que averigüemos quien es.

Arrancaron el motor el coche y salieron detrás de Oliver. En el interior de la casa, la tía de Perk también estaba hablando por teléfono. Miraba con atención a través de la ventana sujetando la cortina con una mano y el teléfono con la otra. Su voz tenía un tono diferente, ahora hablaba con una calma extraña y

parecía que su congoja anterior se había esfumado de repente.

— Ya se ha marchado... — comentó la mujer.

— ¿Cómo ha ido todo? ¿Crees que sospecha algo? — dijo una voz masculina al otro lado de la línea.

— No, no creo que sospeche nada, me ha enseñado la llave del balneario y me ha preguntado por Vicky. Le encuentro un poco afectado pero parece que está bien. — añadió ella. — Hay algo más, cuando llegué estaba todo revuelto y tirado por el suelo. Le dije a Oliver que había sido la policía, es lo primero que se me ocurrió. Y afuera había un coche, un ford de color marrón al que no le pude ver la matrícula pero vi dentro a dos hombres que parecían chinos. Creo que son sicarios enviados por Chung. No creo que me hayan visto entrar a mí, pero han visto salir a Oliver y creo que ahora le están siguiendo. Eso es todo. — esperó una despedida y colgó el aparato.

Capítulo 4. —

Oliver buscó en a guía de teléfonos la dirección del balneario y se encaminó hacia el Hotel Fon de Lus decidido a buscar una cerradura que se abriera con la llave de Perk. Al llegar al lugar se dio cuenta de que se trataba de un lujoso Hotel rodeado de una muralla que no dejaba ver el interior. A través de una gran reja de hierro observó la suntuosa entrada ajardinada, y a muchos metros a lo lejos estaba la puerta principal. Junto a la reja había un cartel explicando que todas las instalaciones del Balneario pertenecían a un club privado y el acceso estaba restringido únicamente a los socios. Había una barrera de seguridad junto a una pequeña garita, donde un empleado uniformado pedía a todo el que llegaba que le mostraran un carné de socio. Oliver al ver esto se alejó de la entrada y rodeó la muralla caminando, buscando un hueco por el que colarse dentro. Cuando ya hubo caminado muchos metros de muro pensó que tendría que saltar al interior. Oliver no era un hombre atlético y con gran esfuerzo se subió a un árbol. Miró a los lados para ver si alguien le había visto, pero todo estaba despejado. Así consiguió alcanzar la parte alta del muro del jardín y saltar al otro lado. Ya dentro se escondió entre unos inmensos macizos de flores que adornaban un camino asfaltado. Siguió agazapado observando y vio al fondo el lateral del edificio con una entrada. Agachado por entre las plantas para no ser visto, se fue acercando hasta unos pocos metros de aquella puerta. Oliver pensó que debía ser de acceso al servicio. Allí había aparcada una furgoneta de lavandería con las puertas traseras abiertas de par en par, dejando ver en el interior una pila de albornoces del hotel dentro de unos plásticos. Se acercó con sigilo, y vio salir de la puerta a un muchacho uniformado que se puso a descargar las montañas de ropa de la furgoneta, y en cuanto se alejó

con un montón en los brazos, Oliver corrió agachado hasta la furgoneta y cogió un albornoz, volviendo a toda prisa a esconderse detrás del árbol.

Comenzó a arremangarse las mangas de la camisa y las perneras de los pantalones para que no se viera su ropa bajo el albornoz, pero en ese momento escuchó gritar a una mujer. Caminaba por el jardín llamando a un perrito de nombre Chiqui que al parecer se le había escapado. Oliver siguió preparando su disfraz mientras escuchaba a la mujer llamando a su perro, y su voz sonaba cada vez más cerca. Pronto estuvo a pocos metros metiéndose a buscar por entre las plantas.

— ¡Chiqui!, ¿Dónde te has metido?.—gritaba con insistencia la mujer.

Oliver notó algo detrás de él. Se volvió y vio que a sus pies había un perrito pequinés olisqueándole. Intentó espantarlo para que se alejara pero el perrito le lamía alegremente las pantorrillas. La mujer estaba cada vez más cerca y el perrillo seguía ahí a pesar de los esfuerzos de Oliver por deshacerse de él, que habían consistido en agitar su mano en el aire haciéndole gestos, resoplar para que se alejara, incluso fingió que le arrojaba una pelotita invisible a ver si salía corriendo tras ella.

Todo fue en vano, así que lo cogió en brazos. Se le ocurrió entonces lanzarlo por los aires, con la esperanza de que cayera a los pies de la buena señora y frenar así su avance. Con tan mala fortuna que en su vuelo el pobre perro se quedó enganchado a una rama de un árbol por el collar. El pequeño caniche gemía temeroso. En eso llegó la señora y vio a su chiqui en esa tesitura, con lo que comenzó a pedir auxilio.

— Ay dios mío, ¡ayuda! mi perrito se va a caer... socorro! — clamaba desesperada la buena mujer.

— No se preocupe señora, yo la ayudaré. —dijo Oliver saliendo de entre una matas y subiéndose al árbol con gran dificultad. Pensó para sí que estaba subiendo a demasiados árboles en muy poco espacio de tiempo. La mujer estaba atónita mirando hacia arriba como se desarrollaba el rescate, cuando sospechó que en su campo de visión entraría la parte oculta del albornoz de Oliver, lo que hizo que cambiara la mirada hacia otra dirección, afortunadamente para Oliver y su indumentaria. Con el peso de Oliver casi se rompe la rama a la que se había encaramado, pero finalmente alcanzó con una mano el perro, mientras desde el suelo, la mujer no dejaba de lanzar exclamaciones, hasta que finalmente Oliver descendió al suelo con el caniche en los brazos. Oliver le entregó el perrito triunfante y recibió un caluroso agradecimiento por parte de la mujer. De cerca pudo apreciar que se trataba de una mujer muy mayor, con una gran capa de maquillaje en la cara, lo que le dio idea de que se trataba de alguien muy presumida, y además llevaba una gran cantidad de joyas de gran valor encima. Todo ello junto con el albornoz y el caniche formaban un cuadro indescriptible, y sin lógica alguna.

— Aquí lo tiene sano y salvo. —dijo Oliver sintiéndose como un súper héroe.— Y tú no te vuelvas a subir a los árboles. —le dijo al caniche, lo que enterneció a la Señora.

— ¡Gracias a Dios!, ha salvado a mi chiqui, que amable es usted. Le estoy muy agradecida. —decía sin parar de hablar y de besuquear al perrito.

— No hay de qué señora, ha sido un placer.—dijo haciendo una pequeña reverencia.

— Permítame que me presente, me llamo Ros Caberon. No se como podría agradecerle lo que ha hecho por mi Chiqui. Déjeme invitarle a una copa, o si no bebe alcohol, a un refresco, se lo ruego. —suplicó la señora Caberon.

— No es necesario. Es usted muy amable en invitarme, pero no ha sido nada, créame. —dijo Oliver intentando escapar de aquella proposición que empezaba a olerle a flirteo.

— Esta bien. Pero si necesitara cualquier cosa que yo pudiera hacer por usted le ruego que pregunte por mí en recepción. Estaré encantada de ayudarle. Dígame al menos su nombre... —insistió.

— Me llamo... Obanon, Marcus Obanon, y ha sido un placer.— Y tan pronto acabó la frase se marchó a toda prisa antes de que la mujer pudiera retomar la conversación.

Oliver metió las manos en los bolsillos del albornoz y respiró aliviado. Lo logró. Le había costado realizar un robo, trepar a dos arboles, maltratar a un perro y contar varias mentiras, pero ya estaba dentro. No pudo evitar que se le escapara una sonrisa al alejarse de la señora Caberon. Pensó que tal vez tenía algo de James Bond en su interior, un super-agente capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus propósitos, rompiendo corazones a su paso. No se podía decir que la señora Caberon fuera una chica Bond precisamente, pero al menos ya contaba con una aliada allí dentro, y a juzgar por sus joyas y la pinta del hotel, una aliada adinerada y posiblemente influyente. Si le pillaban y le pedían el carné de socio, la usaría como coartada. Tras estos pensamientos, ni corto ni perezoso, enfundado en aquél albornoz el Dr. Oliver entró en la recepción.

Frente a la puerta de entrada, al fondo del lujoso recibidor había un recepcionista, un caballero muy estirado que vestía un elegante uniforme a medida.

— ¿Es usted nuevo aquí, señor...? —preguntó el recepcionista quedándose en suspense esperando el nombre del recién llegado.

— Obanon, Marino Obanon. —contestó Oliver satisfecho de su capacidad creativa.

— Sea bienvenido a nuestro Hotel, señor Obanon. En los folletos que encontrará en su habitación puede conocer la amplia oferta de baños termales de la que disponemos: Nuestras saunas y piscinas, masajes, barro y nuestros circuitos termales. —dijo desplegando un folleto sobre el mostrador. Oliver asentía dando su aprobación mientras escuchaba con atención.

— Pase por el mostrador que hay al fondo del salón y le darán una llave de taquilla con su número, hay taquillas en cada uno de los tratamientos que le he comentado. Es importante que no deje olvidada la llave de su taquilla, si no ha estado aquí antes debe saber que por motivos de seguridad no hay duplicados, ni llave maestra y si la pierde tardan mucho en darnos una copia,... es una molestia que queremos evitarle. —explicó con detalle el recepcionista.

— Sus taquillas son mas seguras que un banco. —exclamó con ironía el Dr. Oliver. El recepcionista acercándose a Oliver, abriendo mucho los ojos, le habló en un susurro.

— Ni se lo imagina. —después, recuperando el tono de voz normal y con una sonrisa terminó.— Disfrute de nuestras instalaciones. Espero que encuentre todo de su agrado.

Oliver le dio las gracias y guardó el folleto en el bolsillo de su albornoz. En ese momento pasaron a su lado dos señoritas enfundadas en dos brevísimos albornoces que se le quedaron mirando y se sonrieron maliciosas. Oliver les correspondió con otra sonrisa y ajustándose el cinturón con nudo firme decidió emprender la búsqueda de las taquillas para probar su llave.

Según caminaba por los salones del Hotel fue depositando su mirada sobre el aspecto de los clientes en su mayoría eran

hombres de edad avanzada, casi siempre acompañados de hermosas señoritas, todas cariñosas y mucho mas jóvenes que ellos, que no parecían ser sus esposas precisamente. A su vez comprendió el porqué de las miradas de las chicas, entre tanto vejistorio Oliver resultaba ser una ventana de aire fresco. Volvió a acordarse de Bond y se sonrió.

Cruzó una puerta con cristales que le llevó hasta una escalinata de mármol. Una vez que había bajado los escalones se encontró con el acceso al circuito termal, una serie de piscinas unidas por pasillos de aguas templadas donde se vertían chorros de agua de diversos anchos y grosores, aguas pulverizadas, zonas de burbujas subacuáticas, todo un universo de gorgojeos de agua. Todo el circuito estaba acristalado y se podía contemplar el interior en toda su actividad a través del baho. Los clientes del hotel entraban en el agua dejando atrás sus albornoces y bajando un par de escalones, caminando por las distintas piscinas de una profundidad de medio metro aproximadamente y debajo de cada chorro de agua se colocaban los bañistas, dispuestos a recibir en sus espaldas o muslos la dura caída del agua desde la altura. Oliver se quedó extasiado mirando a una mujer que se puso bajo uno de los chorros. Era un torrente de cascada de agua que hacía un ruido ensordecedor al chocar con la piscina, y la mujer parecía estar en trance bajo aquella paliza de agua sobre sus hombros. Oliver miraba el espectáculo fascinado y pensó que le gustaría probar aquello. Entonces recordó que bajo el albornoz no tenía un bañador precisamente y volvió a su misión. Siguió caminando y vio un cartel que anunciaba las saunas. Al llegar al final de un pasillo vio las puertas de madera de las distintas saunas y notó el calor que salía hacia el pasillo cuando abrían las puertas. En la pared había un cartel con las instrucciones de uso y donde se especificaba claramente que en la sauna no había taquillas para evitar pérdidas de objetos de valor, con lo que se invitaba al cliente a usar las taquillas de la zona de piscinas.

Una vez en el área de las piscinas buscó las taquillas, que estaban dentro de la zona de vestuarios de caballeros. Había varias taquillas cerradas y otras entreabiertas con la llave puesta, Oliver observó que cada llave tenía un llavero a modo de muñequera idéntico a la llave del Dr. Perk. Por un momento sintió una profunda alegría, pero no duró mucho pues enseguida advirtió que los números de las taquillas solo llegaban hasta el 12. Entonces a Oliver se le cayó el alma a los pies. Desesperado probó su llave en todas y cada una de las taquillas que permanecían cerradas, pero no consiguió abrir ninguna. Un empleado del hotel que salía de una sala de masajes que comunicaba con los vestuarios pasó por su lado y se le quedó mirando. Oliver se estremeció y pensó que quizá le hubiera visto realizar sus intentos y fuera a llamarle la atención. El hombre llevaba un polo de color blanco y el bordado del nombre del Hotel en su manga, pero no parecía decir la palabra seguridad por ninguna parte. Oliver se dispuso a inventar algo, pero no se le ocurría nada. El masajista se acercó y se colocó en silencio a su lado, miró la llave que Oliver tenía en su mano y sonrió.

— ¿Daltónico? —le preguntó de repente. Oliver se quedó sorprendido y contrariado a la vez. Pero en seguida reaccionó. Suspiró fingiendo que se rendía ante lo evidente y adoptó rápido el papel de alguien indefenso.

— Me temo que sí. —contestó esperando ver a donde le llevaba aquella conversación.

— Yo también. Al principio confundía los llaveros marrones con los de color morado. Estas son las taquillas de pulsera marrón. Su taquilla debe estar en la zona de vestuarios de detrás, donde las taquillas de pulsera morada, al volver el pasillo. —le explicó.

Entonces Oliver miró el color de su llavero. Pero no era morado, sino del mismo color que las pulseras de las llaves

que había puestas en las taquillas que tenía ante sí. Aquél hombre no podía verlo. Pues para él eran todas iguales. Él sí, pero no estaba dispuesto a confesarlo, con lo que se animó a preguntar:

— ¿Esas taquillas llegan hasta el nº 16? —preguntó Oliver aprovechando la amabilidad de aquel masajista que confundía los colores.

— Ah! Usted se refiere a las taquillas pequeñas. Esas están a la derecha, al final del todo, por este pasillo. Allí hay muchísimas mas taquillas que aquí. —respondió el hombre.

Oliver le dio las gracias y se dirigió hacia las otras taquillas por un largo pasillo alicatado y muy iluminado. El sonido de las aguas del circuito termal se iba atenuando hasta convertirse en un rumor lejano. No había nadie alrededor y caminaba con las manos metidas dentro de los bolsillos de su albornoz, mirándose los zapatos y pensaba que se encontraba en una situación nada usual. Desde luego nunca había imaginado verse de aquella guisa con una identidad falsa por los pasillos de unos baños termales. ¿Cómo había llegado hasta allí y por qué estaba haciendo esto?. Su profesión era la de científico, no la de detective, y lo más agitado de su rutina diaria era coger el metro y cruzar la ciudad en hora punta. Se empezó lamentar de lo arduo de su propia iniciativa, pero en realidad no podía hacer ninguna otra cosa que lo que estaba haciendo, y es que después del atentado toda su vida había cambiado de tal manera que todo lo que entonces sentía seguro y natural, se le antojaba ahora desconocido, inestable, como si su cuerpo y su alma hubieran sufrido un terremoto que hubiera puesto todo patas arriba. Sentía una gran impotencia por la ineficacia de la policía que eran quienes tenían que encontrar a los asesinos y su corazón le decía que si dependía de ellos nada se iba a esclarecer.

De repente vino a su mente el cuerpo del doctor Perk ensangrentado en sus brazos, y su pálido rostro diciendo que sentía frío. Oliver hizo un esfuerzo por olvidar aquella imagen, suspiró profundamente y siguió caminando decidido a buscar la ansiada taquilla. Estaba a punto de doblar la esquina cuando algo le hizo detenerse en seco. Desde el final del ancho pasillo que acababa de recorrer llegaban unas voces de alguien que increpaba con violencia, haciendo preguntas con agresividad. Oliver se arrimó a la pared ocultándose detrás de una planta enorme cuyas hojas llegaban hasta el techo. Asomo lentamente la cabeza para mirar. Al fondo pudo ver a dos hombres de aspecto atlético, vestidos con ropa deportiva que zarandeaban a un tercero, fuera de su campo de visión, pero que enseguida reconoció por la voz que era el masajista daltónico que había dejado atrás. Uno de de los dos hombres le tenía contra la pared y le preguntaba con insistencia, y aunque estaban lejos, Oliver pudo entender claramente lo que decían. El intimidador tenía cierto acento característico de los extranjeros de origen oriental, tragándose las erres.

— ¿Está “segulo”?, llevaba un pantalón “malón” y una camisa beige, pelo “osculo”, un metro ochenta...¡“lesponda”!. —gritó la voz. Oliver se dio cuenta de que esa era exactamente su descripción, esos hombres le estaban buscando por el Hotel.

— No ha pasado por aquí nadie vestido como usted dice, señor. —dijo el masajista con miedo.— Esta es la zona de baños y por aquí solo hay clientes con albornoz. Puede que en la parte de ocio y restaurante...—explicó el masajista tímidamente.

Con la espalda contra la pared Oliver comenzó de nuevo a caminar alejándose de las voces hasta que alcanzó la esquina a paso ligero. Enseguida estuvo frente a las otras taquillas, y encontró la puerta de la taquilla 16. Metió la llave y la giró. La taquilla se abrió, y Oliver sintió que su corazón latía con fuerza. En la oscuridad del interior Oliver no vio nada.

Desilusionado se quedó quieto frente a la taquilla, desplomó su mirada al suelo intentando entenderlo y comenzó a sentir un profundo desasosiego. Inconforme, miró otra vez dentro, metió la cabeza, con lo que tapó la luz por completo y aún vio menos. Nervioso finalmente pasó la mano por el fondo. Entonces notó algo al tacto. Había un papel, más bien un cartón. Garrapateó con las uñas hasta que la separó del metal y se hizo con ello. Era una tarjeta de visita de color canela. La leyó rápidamente: SANTERÍA Y LIMPIEZAS SAN LAZARO, y una dirección de una calle y su número de teléfono. Oliver se recuperó de su decepción y sintió que una nueva llama de esperanza le inundaba el alma. Guardó la tarjeta en el bolsillo y corrió hacia la salida del Hotel. Sus pies parecían tener alas y atravesó la extensa zona de los circuitos termales mirando atrás y adelante, deseando no toparse con aquellos individuos, y en un instante Oliver estaba cruzando el Hall. Apenas se percató de que iba corriendo cuando, a un paso de la puerta, alguien le llamó.

— ¡Espere!, Señor Obanon, me alegro de verle otra vez. — Solo una persona le llamaría así. Era la señora Ros Caberon con su perrito en brazos. — ¿A donde se dirige tan corriendo?, por dios bendito, ¡que este es un centro de relax! ¿Por qué no se viene conmigo a tomar el te?, podríamos charlar un poco. — Oliver la escuchaba pero sin dejar de mirar atrás. Enseguida le interrumpió.

— No puedo ahora, se lo agradezco mucho señora Caberon, me encantaría tomar el té con ustedes dos... —dijo inteligentemente refiriendo también al caniche, para adular a la señorita Caberon.— ...pero es que en este momento tengo un poco de prisa. — Oliver se volvió hacia atrás temiendo que los chinos aparecieran otra vez.

— ¿Le pasa algo?...caramba, joven, parece usted muy tenso... —decía ella sin querer soltarle.

— No puedo hablar de ello ahora, trabajo en un asunto de alto secreto.—le dijo en tono de confidencia bajando la voz y hablándole al oído.

— Ah!. —exclamo de sorpresa la señorita Caberon.— ¿Es usted detective?.

— Agente Secreto Obanon, para servirle. Espero que una mujer tan encantadora como usted sabrá guardarme el secreto. —dijo para dejarla impresionada.

— Por supuesto, mis labios están sellados. Antes de irse, por favor, tenga mi tarjeta. Si alguna vez necesita algo no dude en llamarme —y le extendió una tarjeta de color rosa con su nombre y teléfono. Oliver la guardó en el bolsillo contrario. Pensó que en unos segundos había recibido dos tarjetas de visita bien distintas, y que no podría confundirlas nunca, pero a pesar de todo viajarían mejor cada una en un bolsillo diferente del albornoz, al menos hasta que recuperase su indumentaria.

— La llamaré, se lo prometo. Que tenga un buen día. —dijo alejándose otra vez a la carrera. Atrás quedó la señora Caberon hablándole a su caniche, complacida por la promesa y la confidencia.

— Un tipo encantador, ¿No lo crees así Chiqui? —y acto seguido se arrebató en besos y cucamonas a su pequeño pequinés.

Oliver ya en el exterior miró una vez más hacia atrás y se alejó por jardín hasta que se deshizo del albornoz entre las flores y salió del recinto caminando. Estaba preocupado. Ahora sabía que había unos tipos que le estaban siguiendo por alguna razón. Empezó a sentir miedo, aquellos chinos tenían muy mala pinta y puede que estuviera en peligro, pero ignoraba la razón de que le siguieran y eso le mantenía nervioso.

Capítulo 5.—

Enseguida Oliver detuvo un taxi calle abajo, lo que le hizo sentirse mas seguro. y buscó la dirección de la tienda sobre un callejero, pero la tarde se le echaba encima y pensó que sería mejor ir a casa y seguir con sus indagaciones al día siguiente. Por desgracia se veía obligado a tomarse un descanso y permanecer alejado de la actividad del Montechoro, por lo que tenía todo el tiempo del mundo. Sin trabajo, solo podía dedicarse a buscar a Vicky y apaciguar sus ansias de conocer a los asesinos de Perk. Su recuerdo era doloroso, pero rememorar la mañana en que Marlon Perk fue asesinado le conmocionaba de una manera profunda y le bloqueaba. Se sentía abandonado y dolido, como si Perk se hubiera marchado por su propia iniciativa solo para hacerle sufrir, lo mismo que Mara, su bella Mara como Oliver le llamaba cuando estaban a solas. A veces, cuando necesitaba ardientemente hablar con alguien de algo que le mantenía preocupado o inquieto, lo hacía con Mara, una antigua novia, su único gran amor y de la que siempre estaría enamorado. Pero Mara se había marchado hacía mucho tiempo y solo le quedaba de ella un retrato sobre la mesilla de noche y muchos recuerdos. A Mara, mejor dicho a aquél retrato de la mesilla es con quien Marcus Oliver compartía todos sus secretos, sus temores y con la que brindaba por sus triunfos. En lo mas profundo de su alma sentía que algún día volvería a verla. Pero ella nunca conoció a Marlon Perk. Mara era una mujer muy inteligente y despierta, y seguro que le habría ayudado a desenredar la maraña de preguntas que bailaban en su cabeza, una detrás de otra, y todas sin respuesta lógica. ¿Por que matarían a Perk?, un hombre tranquilo e inofensivo, dedicado en exclusiva a su trabajo y ¿Por qué en la calle, de esa manera?, a la manera de la mafia, sin piedad, con prisas.

¿Por qué la policía iba a cerrar el caso sin pruebas?, eso no tenía ningún sentido, y sobre todo, ¿Quiénes eran aquellos tipos que le estaban siguiendo?... Al entrar en casa se descalzó lentamente, y se sintió cansado. Se quedó tirado en el sofá de su salón, mientras la luz del día se apagaba, y permaneció allí inmóvil devanándose los sesos hasta que apenas entraba claridad por la ventana. Encerrado en sus pensamientos la habitación se había quedado a oscuras. Hombre de ciencia acostumbrado a las premisas matemáticas no conseguía deducir nada de aquellas con las que contaba, mas que agrandar su tristeza. Pero no era tampoco un hombre acostumbrado a rendirse a las primeras de cambio, así que finalmente se levantó del sofá, no se podía quedar allí sentado, seguiría a delante hasta las últimas consecuencias.

A la mañana siguiente encontró la dirección de la tarjeta de color canela que había hallado en la taquilla. Era una tienda pequeña en el centro de la ciudad con un rótulo envejecido por el tiempo que decía un montón de cosas a la vez, santería cubana, limpiezas, mal de ojo, cartas, cascarilla, ... leído todo seguido parecía una rotulación sin significado alguno, pero al parecer era parte del vocabulario usado en magia, brujería y otros menesteres, con el que Oliver no estaba muy familiarizado. Miró a través del cristal tratando de ver algo en su interior, pero era una tienda oscura y estaba acolmatada de cosas, con lo que decidió entrar para conocer mejor de que iba todo aquello.

Sonó una campanilla al cerrarse la puerta. El Dr. Oliver se encontró en el interior de una tienda pequeña y antigua, un universo desconocido abarrotado de infinidad de colgantes, extraños amuletos que caían del techo a la altura de los ojos, infinidad de imágenes religiosas en las paredes, velas de colores, plumas de aves del paraíso, botellas de ron. Había cuadros de vírgenes y algunos retablos religiosos y junto a ello una estantería de libros con las pastas raídas. En una vitrina tras el mostrador se vendían algunos tarros con ungüentos

indicados para todo tipo de problemas del alma como el mal de amores o la envidia, y una especie de enciclopedia de magia estaba abierta apoyada sobre la caja registradora por una página que mostraba como realizar hechizos o encantamientos, con grabados de brujas y magos llevando a cabo sus filtros... Había música de fondo de tambores africanos, y se quemaba una varita de incienso sobre una vidriera del escaparate, dejando elevarse un hilito de humo. Enredado en este mar variopinto de soluciones mágicas, no se había percatado de la presencia, detrás del mostrador, de una anciana menuda t de cabello totalmente blanco, que le miraba entretenida sobre unos anteojos redondos que se apoyaban peligrosamente casi al borde de la nariz. Vestida con una bata de andar por casa, Oliver pensó que su atuendo era demasiado natural y poco acorde con el resto del decorado. Se imaginaba mas bien encontrar a alguien enfundando una saya de mago Merlín con un estampado de estrellas y cometas y un capirote en la cabeza o en todo caso, siendo menos científico, alguien con trazas de pitonisa, con esos pañuelos de zíngara de los que cuelgan monedas, y un mantón de mil flecos. En cambio a la anciana solo le faltaban los rulos y estar comiendo un yogur para ser la típica vecina que vino a pedir un ajo para el alioli.

— Camine sin miedo, caballero. Los espíritus que habitan esta tienda son todos bondadosos. —dijo la anciana animándole a acercarse, y en la que se adivinaba un fuerte acento latino. Oliver le sonrió, en realidad nada de aquello podía atemorizarle, no era creyente de ninguna religión, salvo de la prueba empírica. La anciana siguió hablando.— Includo el del señor Perk, que tristemente nos acaba de dejar... y de que manera mas violenta... una pena. —y meneó la cabeza con gesto de fastidio.

— ¿Se refiere al atentado de Marlon Perk? —pregunto Oliver sorprendido.

— Lo tiene que haber visto en las noticias. Le tirotearon en plena calle... iba caminando con un compañero de camino a su trabajo. Y así, sin más, le quitaron la vida en un suspiro. No sabe cuanto lamento su muerte,... —contestó la anciana con verdadero pesar.

— Yo también lo siento mucho, era amigo mío. Precisamente por eso he venido. Encontré una tarjeta de esta tienda entre sus cosas y me preguntaba si había estado por aquí en estos últimos días.

— Uy, no mi hijo. Hace mucho tiempo ya que no le vemos. Antes solía venir a saludar, por navidad, o si regresaba de algún viaje a Cuba y me traía algún paquete de allí. —explicó la anciana con cierto tono de nostalgia.

— No sabía que hubiera estado en Cuba. —afirmó Oliver. En realidad no podía creer que Marlon Perk, el científico, el hombre práctico y metódico, fuera amigo de una mujer de magia y brujería, ni siquiera se imaginaba a Perk pisando aquella tienda, ni mucho menos la isla de Cuba.

— Si, viajaba mucho, a distintos lugares. El Dr. Perk tenía amigos en cualquier parte del mundo, era un buen hombre. Yo le conocí hace muchos años, en su primer viaje a Cuba. Le gustaba mucho ir a allí, hasta sabía bailar salsa. En La Habana fue donde se hizo amigo de mi hijo... —la mujer salió de detrás del mostrador y señaló una foto que había colgada con un marco.— Ahí en esa pared está el doctor con mi Humbertico... —y apuntó con el dedo hacia una foto en la que se veía a Marlon Perk con otro hombre frente al Capitolio de la Habana.

Oliver no salía de su asombro. Quizá no conociera tanto como creía a su admirado compañero Marlon Perk, doctor y viajero, y a saber cuantas cosas mas. Ambos miraban la foto con

detenimiento, Marlon Perk se veía mas joven y vestía una camisa floreada de vivos colores y una sonrisa ancha.

— Este es mi hijo, Humbertico. Es músico, ¿sabe? Vive en La Habana. Yo me llamo Amelia de Jesús, para servirle. —dijo con simpatía.

— Encantado Amelia, yo soy Marcus. —dijo inclinando la cabeza con una leve reverencia.

Se detuvo un instante para examinar el rostro de aquella mujer. Tenía la cara rota de dolor, pero su sonrisa parecía limpia y sincera, y había algo en su mirada que le inspiraba confianza, pero las arrugas de su rostro no parecían ser causadas por el paso de los años, sino mas bien por malas experiencias vividas, épocas de tormentos y preocupaciones. Oliver quiso saber más. Comenzó a hacerle preguntas a esa mujer sobre Marlon Perk, y sus últimos encuentros, sus amigos de Cuba, todo lo que pudiera averiguar. Ella le contó que pasó unas vacaciones en La Habana, y allí conoció a su familia y otras gentes con las que desgraciadamente no conservaba contacto alguno en la actualidad. Pensó entonces en Vicky, tal vez fuese alguien que hubiera conocido a lo largo de sus viajes, o quizá fuese una mujer cubana, puede que incluso viviera aquí. Oliver estaba convencido de que el atentado de Perk no había sido un accidente, ni un atentado, ni un error. El Dr. Marlon Perk había muerto por alguna razón, quizá fuera testigo de algo que no podía ser revelado... y si Perk tenía algún problema era fácil pensar que buscase ayuda en alguien que estuviera alejado de su entorno cotidiano, una persona de confianza que conociera en el pasado... Finalmente se atrevió a preguntar a la anciana de Cuba.

— ¿Conoce usted a alguien que se llame Vicky, y que fuera amiga del Dr. Perk? —dijo esperanzado.

— Pues déjeme pensar... me parece que no. —dijo al fin. Oliver no supo que pensar y durante un instante se hizo un largo silencio. Luego la anciana le sonrió amablemente y le habló de nuevo.

— Los espíritus buenos cuando se marchan siempre nos dejan un vacío enorme... pero nosotros seguimos aquí, la vida no se detiene...perdóneme un momento, tengo una arroz en el fuego... —y la mujer desapareció tras una cortina que conducía a la trastienda. La cortina quedó algo abierta y dejaba entrever mucha claridad, como si diera al exterior de un patio o terraza. También llegaban voces y ruidos desde el fondo.

Oliver se quedó allí esperando a la mujer, y vio que había un cartel grande que enumeraba una serie de proverbios africanos y a continuación sus significados. Se entretuvo leyéndolos.

Si el propietario de la casa no te ha permitido dormir bajo su techo, no le digas que rincón de la casa te hubiera bastado para dormir. Traducción: SI RECHAZAN OÍRTE , INÚTIL HABLAR MÁS.

Acertado, pensó. Oliver siguió leyendo interesado, le parecieron consejos prácticos, no solo en Africa, sino también en cualquier otro lugar del mundo. Así era el género humano, desperdiciar la palabra era una verdadera pérdida de tiempo. Siguió leyendo:

El dedo que no está tenso coge la larva (EN LA VIDA HACE FALTA FLEXIBILIDAD PARA TENER ÉXITO).

También resultaba una enseñanza interesante, se dijo para sus adentros, aunque no imaginaba de qué larvas hablaba el proverbio, quizá fuese útil para obtener cebo para la pesca, lo

cierto es que le dio un poco de repelus. De repente pensó que los siguientes proverbios iban destinados precisamente a él:

El que es de baja estatura , cuelga y descuelga a su altura (NO HAY QUE EMPEZAR UN TRABAJO SUPERIOR A LAS FUERZAS).

De alguna manera se había embarcado en la empresa de encontrar a una desconocida solo por deseo de su amigo. Quizá estaba obcecado en hacer de detective y no estaba preparado para ello. A pesar de todo el empeño que pusiera en conseguirlo, tal vez nunca llegaría a conocer toda la verdad de la muerte de Perk, ni encontraría nunca a Vicky. Había un último proverbio que rezaba así:

Por mucho que llegue la noche, se hará de día. (TODOS LOS SECRETOS ACABAN POR SER DESCUBIERTOS).

Oliver que no era creyente al terminar de leer quiso confiar en la sabiduría de aquel panfleto como si de su propia Biblia se tratase, a fin de cuentas la búsqueda de la verdad es el fin de toda religión, y él deseaba intensamente llegar a conocer la verdad escondida tras la muerte de Marlon Perk. La anciana reapareció tras la cortina. Suspiró cansada y volvió a dirigirse a Oliver, con una leve sonrisa.

— Y dígame, ¿esta interesado en las cartas?, ¿quizá desearía hacerse una limpieza? aquí hay de todo, incluso le podemos hacer santo si lo desea, después de recibir un cursillo, claro. Le recomiendo que compre algunos collares, son buenos para alejar las malas intenciones y le darán salud.

— En realidad no he venido a comprar nada, lo siento mucho. —dijo Oliver disculpándose.— Solo buscaba información sobre el Doctor Perk.

— Está bien, de todas formas me ha gustado encontrarme con alguien que conociera al Dr. Perk, ya que ha venido hasta aquí..., hoy es 17 Fiesta de San Lázaro, le voy a invitar a que asista a un Bembé. Es una fiesta ritual cubana, que hacemos aquí mismo en el patio de la trastienda, le resultará muy interesante. —dijo descorriendo la cortina y mostrando un patio trasero.— Venga esta tarde a las ocho, cerraremos la tienda y haremos nuestra fiesta de Santos. Rogaremos por el alma de Marlon.

Eran las ocho y diez y Oliver llamaba a la puerta de la tienda de Santería. Enseguida de la oscuridad del interior apareció la sombra de una mujer, era Amelia, que sonriente le hizo pasar. Le acompañó hasta el patio trasero y le dijo que se acomodara en cualquier rincón. Era un patio grande, iluminado tenuemente con unos graciosos farolillos que colgaban de cordeles de lado a lado y que creaban un ambiente festivo y alegre. En un lado un grupo musical estaba cantando y tocando ritmos afrocubanos, con una base de percusión de timbales y congas que retumbaban por todo el patio. Había un gran número de invitados, hombres y mujeres vestidos casi todos con ropas blancas, y collares de cuentas de colores al rededor del cuello. Algunas personas estaban sentadas en círculo en cuyo centro dos mujeres también cubiertas de prendas blancas realizaban una danza ritual, sacudiendo sus espaldas como si no tuvieran columna vertebral y agitando las cabezas con energía al ritmo de los tambores. Un pequeño fuego sobre una barbacoa completaba el decorado. Oliver estudiaba con atención el transcurso de la fiesta, a simple vista era una ofrenda a los santos o espíritus buenos a base de Ron y baile. Casi lo mismo que ir de discoteca, pensó, solo que sin ligar. Había también un maestro de ceremonias que bailaba con un puro entre los dedos envuelto en una nube de humo. A ratos se daba un trago de Ron, bebiendo a morro de una botella y lo escupía como un surtidor sobre las bailarinas, el fuego e invitados indistintamente. Algunos se levantaban y bailaban, cada uno a

su aire, pero concentrados en alguna oración o súplica que repetían en una especie de salmo a coro, sacudiendo sus cuerpos sin parar. Sobre una mesa enfundada también de paño blanco habían colocado un icono de San Lázaro, con sus muletas y su perrillo, una figura que parecía estar castigada por los años y los golpes, a la que le faltaba pintura en las rodillas. Oliver pensó que aparte del desgaste ya en origen estuvo mal moldeada, pues no tenía el aspecto de ser una estatua la calidad. Tal vez solo importaba su representación y su presencia. A su alrededor habían colocado numerosas velas encendidas, pequeños vasitos con ron, algo que le pareció una patata con dos granos de café a modo de ojos, y una pequeña cestita de mimbre. Atraído por la curiosidad, Oliver se asomó a ver que contenía la cesta y vio que había depositadas algunas monedas y varios billetes grandes. Pensó que se trataría de aportaciones voluntarias a San Lázaro y a su vez a Amelia de Jesús o sus oficiantes. Oliver estaba absorto en la exploración de aquél extraño altar cuando alguien le dio un codazo, haciendo que se sobresaltara. Era un mulato de enorme barriga que estaba sentado a su derecha y sin mediar palabra le extendía una botella de ron para que bebiera un trago. Oliver sintió ganas de sumarse a la ceremonia, y empinó la botella con decisión, dándose un buen trago. No era un hombre religioso, pero en realidad todavía no había dado a Perk ninguna despedida oficial, ni siquiera había asistido a su funeral. Aquello podría servir de oficio personal y a la vez reconfortaría su alma. El sabor un tanto dulce del ron de caña de azúcar le recorrió la garganta y enseguida sintió calor. Poco después le ofrecieron mas tragos, y no los rechazó. Decidió que si le estaban buscando para matarle como a Perk, y no sabía por qué, lo mejor era darse un homenaje. Empinó la botella por segunda vez, y se la pasó de nuevo al hombre de su lado, que le sonrió en tono de aceptación. La música subía de ritmo y de intensidad, y las bailarinas se agitaban con mas rapidez. El Oficiante escupía a diestro y siniestro y Oliver tuvo que esquivar un par de veces aquel surtidor, lo que le hizo reír. Se

sentía relajado y por un momento llevó el ritmo con los pies, y dio palmas al compás de la música.

Después de casi una hora de agitación, la música cesó y el oficio se dio por concluido, pero no la fiesta. Las bailarinas y los músicos descansaron en unos bancos y Amelia les sirvió una bandejas con frijoles negros y arroz, filetes de cerdo asado y una especie de tubérculo blanquecino cocido, que Oliver después se animó a probar, era Yuca. El ambiente olía a ajo y a comino, a ramitas de romero que habían sido colocadas por todos los rincones, junto a algunas flores que adornaban el patio. Era un lugar muy bonito, a modo de claustro empedrado, pero con tres árboles repartidos por el patio cuyas raíces surgían sobre las piedras del suelo, árboles inmensos que tenían las ramas bajas y los troncos retorcidos. Comenzó a sonar música grabada de fondo, algún cantante latino que Oliver no había escuchado nunca. Pero los invitados a la fiesta se sabían las canciones y canturreaban las letras con alegría. Todos estaban comiendo, cada uno con un plato sobre el regazo, sentados en cualquier rincón. El mulato de la botella de Ron había apadrinado a Oliver y le había conducido hasta unas hamacas donde le había despachado un plato con una montaña de comida. Oliver amablemente le dio las gracias pero pensó que nunca sería capaz de acabarse tal cantidad de arroz y carne juntas, y comenzó a pensar en como evadir el hecho de tener que comerse aquel plato enorme. Entonces levantó la mirada del plato y vio a uno de los músicos que se acercaba hasta él. Llevaba en la mano un bulto, parecido a un maletín. Le hizo un gesto para que le acompañara y Oliver, dejando el plato de comida sobre su asiento, le siguió. El músico le condujo hasta una esquina del patio, apartada del resto de la fiesta.

— Me ha dicho Amelia que usted vino hoy preguntando por Vicky. —dijo el hombre hablando en voz baja. Oliver mudó su rostro. Era la primera vez que alguien pronunciaba ese nombre.

— Así es. ¿Sabe donde está? —preguntó Oliver ansioso.

— No señor, no conozco a esa señora, pero hace tiempo que guardo en mi casa este maletín. Me lo dio un amigo, de parte del Dr. Perk, para que se lo guardara y se lo entregara a quien viniera preguntando por ese nombre. Yo pensaba que sería el doctor quien me lo pediría, pero lo hablé con Amelia y me ha sugerido que se lo diera a usted. —dijo el músico encogiéndose de hombros.

— ¿Qué amigo era? —preguntó Oliver mirando el maletín. pero el músico se había dado media vuelta y se marchaba sin responderle.

Oliver lanzó un gran suspiro, lo recogió y allí mismo lo abrió. En el interior había una carpeta con un álbum de recortes de periódico, que Oliver se detuvo a leer.

DIARIO LA NACION

EL MULTIMILLONARIO FEDERICO RIVERO VENDE GRAN PARTE DE SUS ACTIVOS EN ASIA

Abandona los negocios por su hija. “ Deseo dedicarle todo el tiempo

que le queda , que solo Dios sabe cuanto será.” Esas eran las declaraciones de Rivero a la salida del Hospital de la Fundación que lleva su nombre, y donde se encuentra su hija enferma terminal... “

LA CRÓNICA.- “**IMPORTANTE DEPARTAMENTO GENÉTICO: INAUGURADO EL HOSPITAL DE PEDIATRIA FEDERICO RIVERO**“ *Con un presupuesto de 25 mil millones de dólares, se sitúa en la sureña región de La Vega, y ha generado muchos puestos de trabajo favoreciendo a muchas personas de pequeñas poblaciones colindantes, y es dependiente de la recién creada Fundación Rivero, para ayuda a niños con problemas de riñón.*

INFORMACION HOY .-EL MULTIMILLONARIO RIVERO TRASLADA SU RESIDENCIA A LA VEGA PREOCUPACIÓN POR LAS FUERTES INVERSIONES DE RIVERO EN EL CAMPO DE LA MEDICINA A RAÍZ DEL EMPEORAMIENTO DE SALUD DE SU HIJA JANET, EL MULTIMILLONARIO ABANDONA SUS EMPRESAS PARA DEDICARSE A LA NIÑA EN EXCLUSIVA.

FUENTES EMPRESARIALES ACUSAN A RIVERO DE IMPRUDENCIA FINANCIERA. LLEVADO POR LO QUE LLAMAN LA OBSESIÓN FAMILIAR DEL RICO EMPRESARIO POR CURAR A SU HIJA, AFECTADA DE QUISTES MÚLTIPLES DE RIÑÓN Y DESAHUCIADA POR LOS MÉDICOS.

Oliver se quedó perplejo. Comenzaba a estar un poco harto de tanto misterio, pero lo único que podía hacer era seguir pacientemente aquel juego retorcido. Era evidente que alguien quería darle pistas sobre como encontrar a Vicky, y cuando preguntaba por ella parecía que nadie la conocía salvo Marlon Perk. Ahora tenía en sus manos esos recortes de prensa que hablaban de un tal Federico Rivero, padre de una niña enferma, famoso y rico... ¿Acaso Perk tenía relación con ese Federico Rivero?. Los recortes hablaban de una fundación y de un hospital con un importante departamento de genética. Oliver pensó que Perk podría haber trabajado allí, por su especialidad. Puede que encontrara mas respuestas a sus preguntas hablando con ese tal Rivero. De repente sospechó que la invitación de Amelia era intencionada, y no pudo evitar sentirse un poco manipulado, pero no quería confesarlo por precaución. Cerró el maletín y se acercó a Amelia para despedirse, que le acompañó hasta la puerta.

— Espero que lo haya pasado bien, no le quepa duda de que sale de aquí fortalecido por el santo. —dijo sonriente.— Ya vi que le dieron eso. —dijo señalando el maletín.

— Muchas gracias, Amelia. Ojalá me sirva de algo.—dijo Oliver agradecido.— Necesito un golpe de suerte que ayude a seguir adelante.

— Nunca se sabe de donde te va a venir la ayuda de los espíritus. Siempre hay que estar receptivo y ser muy positivo, como dicen ustedes en España, la vida da muchas vueltas.— decía con cierto retintín.

— Y que lo diga. Gracias otra vez.—y se fue.

Oliver se marchó hacia su casa con un par de tragos de ron de más y tratando de imaginar a Marlon Perk bailando salsa de la mano de alguna bella mulata por las calles de La Habana. Le resultaba casi imposible hacerse a la idea, el Dr. Perk, hasta donde Marcus alcanzaba a saber, a lo sumo había llegado a aceptar una invitación para una celebración del Montechoro, cuando los médicos decidieron tomar una copita en el Pub de la esquina el día del aniversario de la Institución. Lo cierto era que Marlon Perk no aguantaba las reuniones sociales y en aquella ocasión buscó alguna excusa para escabullirse y marcharse al poco rato de estar allí. Tampoco le conocía ninguna relación, siempre fue un hombre solitario, dedicado en cuerpo y alma al estudio y a su trabajo. Según el mismo Perk le contó, eran muy escasas las ocasiones en las que se reunía con algún familiar, no salía a la calle los domingos, apenas seguía los eventos deportivos, ni tampoco iba al cine. A veces hablaba con Oliver de algún libro que había leído recientemente y que le había gustado mucho y entonces lo comentaba con entusiasmo y se le recomendaba ardientemente. Aunque a Oliver siempre se extrañaba de que a Marlon Perk le quedara tiempo libre para leer novelas. Siempre estaba estudiando, trabajaba en el Montechoro hasta altas horas de la noche y casi siempre era el primero en llegar al Laboratorio por la mañana. Pero lo de bailar salsa... eso era mucho decir de Marlon Perk. Después de pensarlo mucho,

para Oliver solo quedaba una opción, que su amigo tuviera algún problema de doble personalidad. Mientras pensaba en todas estas cosas caminaba hacia la parada de autobús haciendo zig-zag peligrosamente al borde de la acera, llegando a resbalar y meter el pié en un enorme charco junto a un árbol. Entonces se dio cuenta de que estaba ebrio. Como se suele decir, no estaba acostumbrado a beber alcohol, quizá él también era un poco como Marlon Perk, encerrado en sus cálculos de genética hereditaria, sin apenas amigos... solo compañeros de trabajo, y solo uno muy admirado y querido, el Dr. Perk.

Aunque Perk nunca estuvo enamorado, en cambio él perdió a Mara. Llegaron a amarse profundamente, y Oliver solo recordaba de ella tiempos de felicidad, hasta que un día le dejó. Quizá solo era él quien daba amor. Ella escogió marcharse cuando le ofrecieron la oportunidad para trabajar en una empresa multinacional alimentaria, con un contrato que nadie podría despremiar, y la oportunidad de dirigir el laboratorio mas importante de producción y comercialización de trasgénicos de Europa. Oliver asumió la marcha de Mara como un golpe de mala suerte, un accidente inesperado y sin solución, y con el tiempo dejó de sufrir, aunque no de recordar. En el fondo lo que Oliver le molestaba no era la oportunidad de Mara de trabajar en un gran proyecto, sino que se trataba de manipulación trasgénica. En este tema de los trasgénicos había ciertas diferencias entre Mara y él desde que estudiaban en la universidad. Oliver trataba de convencer a Mara de que la creación de trasgénicos no garantizaba el sostenimiento y por otro lado se sabía que los cultivos trasgénicos polinizaban los cultivos no trasgénicos, los contaminaban genéticamente y así como a sus semillas. Estaba generalmente aceptado que era imposible evitar la contaminación genética y, por tanto, cultivos trasgénicos y no-trasgénicos no podían coexistir. Mara aceptaba el hecho de que la contaminación genética de cultivos era irreversible, pero no imposible de controlar. Oliver le discutía este punto

pues para él significaban que las semillas a partir de estos cultivos serían transgénicas y así se podría perder, para siempre, la opción y el derecho a consumir alimentos libres de transgénicos. Pero a pesar de ello, Mara se sentía profundamente atraída por la idea de manipular la genética vegetal, y cuando le hicieron aquella oferta no la rechazó.

En una ocasión le hablo de ella a Marlon. Su amigo le pidió que no sintiera mal porque Mara hubiera escogido su camino. Desde luego, Marlon Perk no quería entrar en el debate, porque según había confesado albergaba la esperanza de que el estudio sobre transgénicos permitiera avanzar en la línea de investigación de la selección de genes, dando un paso más allá de la selección natural, con el fin de dar lugar en el futuro a cosas como la creación de alimentos nuevos de alguna manera mejorados, donde por ejemplo se mezclaran las vitaminas, o fueran adaptados medios hostiles como el paisaje lunar, mas resistentes a las plagas, y quien sabe si eso se traduciría al mundo animal algún día. Solía zanjar el tema preguntándole a Oliver si no sería un gran avance crear cerdos con ocho patas, lo que supondría la gran revolución del jamón de Jabugo, eso sin pensar en como serían los seres humanos de poder alcanzar la salud total. Marlon Perk soñaba en definitiva con el elixir de la eterna juventud, y cualquier medio de llegar a ella no lo censuraría, si acaso y como mucho, lo sometería a juicio con tribunal, contando con un buen abogado defensor. Perk era un soñador y eso le enternecía a Oliver, que consideraba a la experimentación científica la mas creativa de las obras humanas, por encima de las artes, pues no podía existir el científico que no poseyera una imaginación sin límites. Mara también había sido muy imaginativa. A veces Marcus Oliver, se le llenaba el alma de todos estos recuerdos de Mara y le dedicaba una mirada de soslayo antes de acostarse. Le hablaba sin tapujos a aquel retrato que a veces se veía tentado de guardar en su cartera, para llevar mas cerca de su corazón. Pero como Oliver se repetía a menudo, ella hizo su elección, y no se

podía tener todo en esta vida, así que dejándola apoyada en la mesilla sentía que la castigaba un poco. En realidad la echaba mucho de menos. Quizá más ahora, mucho mas que nunca, pues le faltaba a su lado su amigo Marlon y se sentía solo. Solo y borracho, y tan pronto pudo abrir la puerta de su casa, no sin dificultad, se tiró de cabeza a la cama, con ropa y todo. Mañana sería se sentiría mejor, pensó, quizá el bembé sería de efectos retardados.

Capítulo 6. —

A la mañana siguiente Oliver se preparó para su entrevista con Federico Rivero. Tras algunas llamadas al hospital pediátrico de la fundación que llevaba su nombre había conseguido el teléfono de la secretaria personal del mismísimo Rivero, y poco después de identificarse como un amigo del difunto Dr. Perk le fue concedida una cita con el multimillonario esa misma tarde, en su residencia de La Vega. Para entonces Oliver había consultado toda la información que había disponible en internet sobre Rivero, su hija, sus empresas, y sobre la Fundación Federico Rivero. Este rico empresario, que aparecía en los recortes de prensa, se había hecho muy popular y contaba con el cariño del público. Era un hombre viudo con una hija de nombre Janet, de seis años de edad, que estaba muy enferma. Su esposa había muerto años atrás cuando estaba dando a luz a Janet, su única hija. Rivero quedó muy desconsolado al quedarse viudo, así que al enfermar la niña, Rivero había decidido renunciar a su trabajo y pasar con ella el mayor tiempo posible, pues la esperanza de vida de la pequeña era muy corta, según vaticinaban los médicos. Fue muy criticado en los medios financieros, pues vendió gran parte de sus empresas y abandonó la vida social que frecuentaba. Dedicado en exclusiva a buscar una cura para su hija, había renunciado a codearse con los grandes empresarios del país y parte de la clase política, rompiendo ciertas alianzas empresariales que había mantenido con ellos durante años, y de ahí que se hubiera quedado solo.

Rivero había buscado por los cinco continentes riñones compatibles para un trasplante para Janet, pero todos sus esfuerzos no habían servido de nada, y la niña se estaba muriendo. Por un momento Oliver pensó que por muchas

cosas que pudiera comprar el dinero, lo único que podía ofrecer Rivero a su hija era compañía, y para ello había comprado todo el tiempo posible. Por encima de todo, Federico Rivero era padre.

En los últimos años había creado una fundación para ayudar a los niños con la misma patología que padecía su hija, quistes múltiples de riñón, una enfermedad difícil, cuyo último recurso era el trasplante, con el gran inconveniente de las incompatibilidades. Había mandado construir un hospital pediátrico, próximo a la zona donde residía en la actualidad, donde se ocupaban además de tratar su hija.

Oliver sentía deseos de desconfiar de una actitud tan bondadosa viniendo de un hombre multimillonario. Padre o no, una riqueza tan grande no se conseguía amasar con buen corazón, de la noche a la mañana, por muy duro que se trabajase. Además, para Oliver los poderosos no podían ser buenos por definición. Recordó la ambición de su querida Mara, la mujer mas dulce del mundo, pero que no había dudado entre crear y destruir, y solo para ganar el maldito dinero. Marcus Oliver creía firmemente en que un científico debía trabajar por el bien de la humanidad, no al servicio de los más poderosos, sino de los más desprotegidos. Y también el Dr. Perk era de la misma opinión, quien solía decirle a Oliver que si alguien podía acabar con el hambre y la pobreza en el mundo eran ellos. Era una obligación moral que estaba en la base de sus experimentaciones, y que en definitiva era la razón de su trabajo. Aunque era evidente que no todos los científicos pensaban de igual manera.

Oliver había reflexionado mucho sobre la actitud del millonario. Le llamaba la atención la popularidad que había alcanzado con sus acciones entre el pueblo llano. Si Federico Rivero hubiera buscado la discreción, seguro que la habría obtenido. Un hombre poderoso como él habría sabido como contener a los periodistas y evitar la publicidad de cualquiera

de sus actos. Por lo tanto, de alguna manera esas noticias habían sido publicadas o con el permiso, o incluso por deseo de Rivero. Quizá intentase manipular la opinión pública creando la idea de que Federico Rivero ya no era un hombre rico y famoso, sino un padre que, movido por la desesperanza, había creado una fundación para ayudar a curar a los hijos de otros.

Todo eso era bastante sospechoso. Dar una buena imagen solo es necesario cuando tienes mucho que ocultar. Como buen científico matemático, Oliver comenzaba a considerar la posibilidad de que Marlon Perk tuviera mucho que ver con aquél hombre millonario, para bien o para mal. Si Rivero estaba metido en algo turbio, puede que Perk se viera envuelto también en ello. En el fondo, la forma de morir de Perk había sido violenta y sucia, en plena calle a tiro limpio, al uso de alguna mafia o de terroristas. Cada vez se detenía a pensar en ello se le ocurrían cosas espantosas. Finalmente llegó a la conclusión de que si descubría que el Dr. Perk era un mafioso, o un terrorista, no tendría sentido que él buscara a ninguna Vicky, ni siquiera que le guardara un recuerdo entrañable. Pero lo cierto es que por muchas cosas que se le ocurrieran, en el fondo sentía una profunda añoranza y el recuerdo imborrable de un hombre íntegro. Perk no podía ser mas que lo que había sido siempre para él, un gran tipo. Y así decidió pensar en adelante. Oliver tomó un taxi que le llevó hasta la puerta de la casa de Rivero, un bellissimo palacete de estilo colonial, con un amplio porche soportado por cuatro columnas de gran altura y con un portón de una madera oscura y brillante que dejó a Oliver totalmente deslumbrado. Descendió del taxi y al subir los dos escalones que había frente a la entrada, la puerta se abrió rápidamente. Un mayordomo vestido con un discreto uniforme le recibió con una ancha sonrisa.

- Sígame por favor, el señor Rivero le recibirá ahora mismo.
- le dijo en tono muy cordial.

Oliver no podía evitar cierto recelo ante tanta amabilidad para con él, un completo desconocido. El mayordomo le condujo por un ancho pasillo lleno de ventanales, todo cubierto con varias alfombras persas, tan mullidas que Oliver sentía como se le hundían los zapatos, con dibujos muy pequeños de colores brillantes. Caminaron por el luminoso pasillo dejando subir a la izquierda una escalinata de mármol rosa con el pasamanos mas ancho que Oliver había visto jamás. Del techo bajaba una inmensa lámpara de cristales de diseño modernista, y en las paredes colgaban grandes cuadros que Oliver situó rápidamente en el impresionismo, y previsiblemente serían auténticos. A Oliver le daba la impresión de haber entrado en un gran templo de dinero y lujo, lejos de ser de hogar, donde hacer una vida normal. El techo estaba tan alto que Oliver se quedó boquiabierto contemplándolo. El mayordomo le abrió una puerta doble y le hizo entrar en un saloncito. Esta estancia estaba decorada con muebles mas modernos y funcionales y mucha luz natural, que entraba por un amplio ventanal. Allí, de pié junto a los cristales, le esperaba el señor Rivero.

— Osea que usted es Marcus Oliver el hombre interesado en hablar conmigo por el asesinato del Dr. Perk. Yo soy Federico Rivero, encantado. —dijo estrechándole la mano con un fortísimo apretón.

— Gracias por recibirme tan rápido. —dijo Oliver.— Cuando supe que había conocido al doctor Marlon Perk, pensé en venir enseguida a hablar con usted. —se explicó rápidamente con el fin de aparentar dinamismo de ejecutivo que pensó que le ayudaría a conversar con aquél hombre acostumbrado a hacer negocios. Rivero le invito a tomar asiento en un formidable sofá blanco, y enseguida Oliver rompió el hielo.

— Su muerte nos ha dejado a todos perplejos, sin mencionar la forma en que ha pasado todo.—Oliver miraba con atención

la reacción del rostro de Rivero, que no mostraba ninguna afectación. Era extraño estar allí sentado hablando de la muerte de Perk con aquel hombre, pero eso no le amedrentaba. Preocupado por encontrar una excusa para su visita, había pensado hacerse pasar por periodista o por escritor. Incluso por agente de una compañía de seguros. Pero en realidad había sido bastante sencillo llegar hasta Rivero.

— Desde luego que es un hecho inexplicable a todas luces. — dijo Rivero.

— Seré sincero. Estoy intentando averiguar lo que la policía parece no tener intención de buscar. Y por eso he venido. — dijo Oliver con decisión.

— Le escucho. — dijo Rivero mostrando atención.

— El Dr. Perk era mi compañero de trabajo y mi amigo, e intento saber algo que me sirva para comprender el porqué de lo ocurrido. Usted le contrató para trabajar en su fundación, así que le conocía bastante...—dijo Oliver dejando la frase en suspense.

— En efecto llegué a conocerle, pero lamento decirle que no le seré de gran ayuda pues apenas tuve contacto con él. Me lo presentó el Dr. Li en una visita al hospital de la Fundación, ... se que colaboraban juntos en un proyecto. Pero el Dr. Li dejó de trabajar para mí hace algún tiempo... lo cierto es que le he perdido la pista. —dijo haciendo un largo silencio.— ¿Le importa si seguimos charlando en el Jardín? hace un día espléndido, y he comenzado unas reformas en el exterior que me gustaría observar mas de cerca. —dijo Rivero con simpatía.— Acompáñeme, visitaremos mi casa, poseo algunas maravillas de las que me gusta presumir, y alguna joya sobre cuatro ruedas en mis cocheras, de las que estoy muy orgulloso. ¿le gustan a usted los coches?—Le preguntó

mientras abría una puerta hacia el jardín y salía sin esperar respuesta.

Oliver se encogió de hombros y salió detrás de él. Rivero salió con paso ligero hacia el jardín y comenzó a caminar por un camino empedrado bajo unos frondosos arboles que daba paso a una explanada con altos setos. Oliver se detuvo y se quedó mirando. El jardín era muy hermoso y guardaba cierta armonía entre plantas y flores, pero frente a los ventanales de ese ala de la casa había plantados unos altísimos setos, que parecían estar fuera de lugar. Rivero vio la extrañeza en el rostro de Oliver y rápidamente le explicó.

— Es un laberinto de setos, lo mandé hacer para mi hija, le encantan los juegos. —dijo Rivero sonriente.— Ahora está en el hospital ingresada, pero pronto la traeré de vuelta a casa conmigo. —y diciendo esto llamó a gritos a un hombre vestido con un mono de labor que estaba junto a otros operarios. Habían levantado una zona del jardín con excavadora y parecían ocupados en algún trabajo de canalizaciones. Oliver permaneció de pie bajo uno de los árboles lejos de la obra mientras Rivero hablaba con aquellos hombres.

La entrevista con Rivero parecía infructuosa, si bien Federico Rivero se había mostrado como un hombre accesible, agradable, cortés y atento. No sabía si debía marcharse en ese momento, le incomodaba la idea de estar perdiendo el tiempo. Luego pensó que mucha gente querría estar en su pellejo por diversas razones, buscando una oportunidad de hablar con ese hombre poderoso para pedirle favores o solamente para presumir luego de haber estado en su casa o en su compañía. Tener amigos ricos suele abrirte puertas, pero el no quería más que información, y sospechaba que Rivero tendría muchas más cosas que decirle, aunque sería difícil sacarle de las pocas frases que ya había pronunciado. Dejaría que la conversación siguiera su curso con calma, para ver si el tiempo corría a su favor, y conseguía ganarse la

confianza de Federico Rivero. Habló con unos operarios en el jardín y luego regresó hasta donde le esperaba Oliver.

— Bien , ¿por dónde íbamos?

— Me iba a enseñar usted sus coches, creo. —dijo Oliver sonriendo. Luego retomó la entrevista.— ¿Quién es el Dr. Li? —preguntó sin miramientos.

— Cuando creé la fundación hice llamar a los mejores médicos pediatras en la especialidad de riñón, para que mi hija fuera tratada por las mejores manos posibles. El Dr. Li era uno de ellos, quizá el mas reputado. No fue fácil convencerle, pero finalmente vino desde china para trabajar con la condición de hacerlo con cierta independendencia y creando su propio equipo de médicos. En cierta ocasión convocó al Dr. Perk para asesorarle, que es cuando mantuve contacto con él. —Rivero hablaba mientras caminaba por un pequeño paseo que conducía hasta el garaje. Apretó un mando remoto que sacó de su bolsillo y una gran puerta metálica se apartó hacia un lado dejando ver en el interior una enorme cochera iluminada donde había varios modelos de lujo aparcados: porche, mercedes, jaguard, chrysler, BMW, Oliver pensó que los tenía todos.— Venga conmigo, le enseñaré algo... —y se encaminó directamente al final de la cochera. Andando hasta el fondo encontraron un modelo antiguo de Pontiac, brillante desde las llantas hasta los mandos del interior. Descapotable, con un volante enfundado en una fina piel blanca así como los asientos, y el cambio de marchas. El salpicadero tenía adornos en maderas nobles y hasta Oliver que no era experto en vehículos antiguos reconoció que era hermoso. De tener carné, desde luego le hubiera gustado poder conducir aquello. No se atrevió ni a acercarse por temor de contaminar con sus huellas aquel brillo deslumbrante de la carrocería, que imaginó costaría una millonada. Los dos permanecieron en silencio contemplando aquél coche. Se apoyó contra la puerta del coche, cruzó los brazos y las piernas y alzó la vista hacia

Oliver, mirándole fijamente. De repente Rivero suspiró y comenzó a hablar en un tono intimista.

— Verá...Sr. Oliver... mi hija se muere. Nada de lo que tengo a mi alrededor tiene alguna importancia para mí. Mi esposa, a la que yo adoraba, murió en el parto de Janet, y aquello se me hizo insoportable, me hubiera quitado la vida de no ser por mi hija.— Se quedó mirando a los coches que le rodeaban, buscando quizá consuelo, o esperando que aquellas máquinas sin vida le hablaran de algún tiempo pasado mejor, le aportaran un alivio que no llegaba por más que las mirase. El hombre rico y poderoso que hablaba con Oliver parecía mas bien un niño sin amparo, y su mirada se tornaba lánguida y pequeña, allí rodeado de todas sus cosas caras, pero sin valor. El dolor de Rivero había dado paso a la resignación, a la espera y a más dolor.— Ahora,... me esfuerzo por seguir adelante, por darle sentido a mi vida, y lo único que se me ocurre es que Dios me eche una mano, y obre un milagro. ¿Es usted creyente? —le preguntó por sorpresa para cambiar de tema.

Oliver, desde su propia tristeza por la pérdida del Dr. Perk, se sentía conmovido por todo aquello. Pero no era un buen momento para caer en flaqueza y sentirse cercano a Rivero.

— Señor Rivero, si he venido hasta aquí es porque busco respuestas como usted, y tengo la esperanza, o mejor dicho, estoy poniendo todo mi empeño en averiguar porqué mataron al Dr. Perk. Si pudiera darme una pista del paradero del Dr. Li, quizá podría hablar con él, y saber más acerca de este misterio. —Rivero le escucho hasta el final y luego hablo con serenidad.

— Como le he dicho anteriormente, el Dr. Li hace tiempo que se marchó del Hospital, aunque es posible que le interese visitar su laboratorio. Todavía tendremos alguna documentación sobre su dirección o algún teléfono. Yo llamaré

más tarde y pediré que le atiendan en lo que puedan. Pero antes comeremos algo, si me acepta la invitación.

— Será un placer. —dijo Oliver satisfecho.

Salieron de la cochera y regresaron al interior por otro ala de la mansión. Oliver deslumbrado reconoció varios cuadros colgados en las distintas paredes de las estancias que iban atravesando de camino al comedor, Picasso, Mondrian, Magritte, Hopper, cuanta maravilla expuesta para quedarse allí horas contemplando. El dinero estaba asociado al placer en aquellas paredes. Oliver se sintió afortunado al verse rodeado de aquellas grandes obras de arte, y pensó que cualquiera se apuntaría a pasar horas allí, aunque el precio de aquella contemplación pasase por escuchar las lamentaciones de la desdicha personal de un multimillonario.

Rivero caminaba ahora por un saloncito de billar, que desembocaba en otra salita hacia el fondo con un piano de cola y señala varias fotos de su hija que había colocadas con bonitos marcos de plata sobre el piano. En las fotos se veía a una niña delgadita, de unos siete años, con el rostro sonriente y rosado y una larga melena rubia. Tenía una mancha de nacimiento en el pómulo derecho, pequeña y rosada con forma de corazón. Rivero miró de soslayo las fotos.

— Llevo tanto tiempo buscando una solución... desde que Janet enfermó. Ya casi cinco años. Tiene quistes múltiples en el riñón, y desgraciadamente rechaza los trasplantes. Acabamos de celebrar su séptimo cumpleaños. —después de decir esto le mostró una mesa preparada para dos.

Oliver se acercó a uno de los retratos y lo contempló con detenimiento. A decir verdad era una niña de gran belleza, con grandes ojos azules y largas pestañas. Se parecía muy poco a su padre, y supuso que su madre debía haber sido una mujer hermosa. Buscó entre los otros retratos y allí estaba, un bonita

foto de boda, con Rivero y su mujer, realmente bella, de la que había heredado Janet sus pómulos y sus ojos, lo que le hizo pensar nuevamente en el dolor de Rivero al quedarse viudo. Seguramente habría sentido que la vida era injusta con él al tener que perderla. Comprendió que para Rivero, apoyar la investigación en busca de una solución para Janet era la única esperanza que le quedaba.

Al otro lado de la ciudad, en un lugar oculto entre los muelles de carga del puerto, tenía lugar una reunión a escondidas. Los dos hombres orientales que habían seguido a Oliver desde la casa de Perk hasta el balneario se encontraban ahora en una fábrica de hielo abandonada, en un viejo despacho de pie frente a un tercer hombre sentado tras la mesa, el Doctor Chung. Detrás de él había un hombre más, aparentemente un guardaespaldas que permanecía en silencio, de pie con los brazos cruzados y actitud desafiante. Todos eran de origen chino y hablaban en su idioma. El hombre que estaba sentado, de clara autoridad sacó un sobre que contenía un fajo de billetes y lo arrojó sobre la mesa. Era un pago acordado previamente. Les pagaba por sus servicios pero no se mostraba en modo alguno satisfecho. Uno de los dos hombres cogió el sobre y contó el dinero. No era lo acordado.

— ¿Y lo que falta? —reclamó enfadado.

— Les pedí información sobre el trabajo del Dr. Li, y solo han conseguido hacer que desapareciera. No fue una buena idea entrar por la fuerza en su laboratorio con lo que además de llamar la atención no consiguieron nada. Por su estúpida forma de actuar Li ha huido y se ha llevado con él todos sus trabajos. —dijo enfadado.— Les daré el resto del dinero cuando terminen el trabajo que les encargué. —El hombre se puso en pie y dio un puñetazo sobre la mesa lleno de ira.— ¡Quiero que lo encuentren!, necesito saber hasta donde ha llegado en sus investigaciones. Es preciso saber si soy el

primero o ese perro de Li se me ha adelantado. Le quiero aquí. —dijo señalando el suelo a sus pies.

Los otros hombres intentaban excusarse intentando no mostrar el miedo que nacía en su interior.

— Eso no es nada fácil ahora, Señor Chung. El acuerdo era seguir la única pista que nos dio para encontrar al Doctor Li: esperar a que el Dr. Perk contactara con él. Y eso es lo que hemos hecho. Hemos seguido a Perk y vigilado su casa, día y noche, a la espera de que se produjera algún contacto que pudiéramos rastrear. Ahora está muerto y no tenemos hay seguimiento posible. —se explicaba el sicario agitando las manos con gran aspaviento sin soltar el sobre del dinero. El otro hombre junto a él fruncía el ceño y permanecía en silencio mientras dejaba que su compañero hablase por los dos, justificando el desarrollo de su trabajo realizado.— Ni su familia en China, ni ninguno de nuestros contactos aquí ha podido averiguar donde se esconde. pero no hemos estado con los brazos cruzados y hemos conseguido infiltrar a uno de los nuestros en el Instituto Montechoro. Está empleado en el servicio del mantenimiento técnico de informática, y tiene acceso a todas las redes internas. Si hay alguna nueva pista sobre Li puede estar seguro de que la rastreamos.—explicó el chino con seguridad.

— Eso es muy interesante, bien hecho. —dijo sentenciando satisfecho. Los dos hombres frente a él respiraron con cierto alivio.

— Esperamos que pronto nos de información sobre el otro doctor, el compañero del Dr. Perk que estaba con él cuando le mataron.—dijo con firmeza.— Se llama Marcus Oliver, estuvo en la casa de Perk después que nosotros. Luego le seguimos hasta un balneario a las afueras, pero allí desapareció. Pronto conseguiremos la dirección de su casa. Gracias a nuestro contacto hemos sabido que en este momento no está yendo a

trabajar, tiene un permiso especial y desde la muerte de Perk no ha vuelto por el Instituto Montechoro.

— Espero que tengáis un poco mas sutileza que en el pasado. Esas tácticas de violencia gratuita no nos conducen a nada, y nada es lo que tenemos desde que mataron a Perk, que por cierto, no acabo de entender quién demonios ha podido haberlo hecho. — dijo quedándose pensativo.— Mantenedme informado, quiero conocer cualquier movimiento de ese tal Oliver. —reclamó finalmente el Dr. Chung.— Maldito John Li, está escondido en alguna parte, pero por muy bien que se oculte, tarde o temprano le encontraré, como sea.—se dijo en voz alta. Los otros hombres se despidieron y se marcharon.

El hombre que le guardaba las espaldas al doctor chino se acercó y le dejó caer con suavidad un abrigo sobre los hombros. Chung se lo agradeció y él inclinó la cabeza. Entonces se atrevió a preguntar.

— ¿Confía en ellos?, no han demostrado hacer gran cosa.— recriminó el guardaespaldas.

— No podemos hacer nada más. Al menos no están fichados y la policía no les tendrá en cuenta si se pasan de la raya. La muerte de Perk nos ha hecho mucho daño, parece que lo hayan hecho a propósito para fastidiarme, pero la verdad es que sin Perk me va a ser casi imposible dar con ese perro ladrón de Li. Pero no descansaré hasta encontrarle y hacer que me devuelva lo que me robó, mi supremacía. Ahora volveremos al laboratorio, tengo trabajo que hacer. Vámonos. — y con esta voz salieron de aquella fábrica abandonada, en penumbra, como dos sombras anónimas que se alejaban en la oscuridad de la noche hasta desaparecer.

Capítulo 7.—

Oliver se encontraba sentado en una acogedora sala de espera frente a la recepción del elegante Hospital Pediátrico de la Fundación Federico Rivero. Una joven enfermera le había conducido amablemente hasta allí. Le había pedido que aguardara unos minutos y enseguida sería atendido. Al poco rato apareció otra muchacha, esta vez sin bata blanca y Oliver interpretó que sería personal de las oficinas o alguna secretaria. Se dirigió a él con simpatía, asomando medio cuerpo por la puerta:

— ¿Señor Oliver?, el señor Rivero me ha pedido que le atendiera en cuanto llegara, y estoy buscando la documentación del Dr. Li para usted pero he pensado que quizá le interesara hablar con el Dr. Nieto, es el actual responsable del departamento que dirigía el Dr. Li. Estoy tratando de localizarle, no puede andar muy lejos. Además, creo que es justo la persona indicada para informarle de todo aquello cuanto desee sobre el Dr. Li.

— Muchas gracias. —respondió Oliver correspondiéndole con otra sonrisa pues se sentía bien tratado. El hospital en el que se encontraba era de dimensiones incalculables, solo el inmenso aparcamiento de los empleados parecía el de un parque de atracciones, y al llegar le había llamado la atención que todo lo que abarcaba la vista era muy nuevo y moderno. Nada se parecía al Instituto Montechoro, donde las paredes acusaban el paso del tiempo, y los estantes acumulaban archivos centenarios, y donde las enfermeras, nada que ver con la Fundación, pues parecían también centenarias. Desde su mullido sillón de la sala de espera escuchó los altavoces

que llamaban por megafonía al Dr. Nieto. A los pocos minutos apareció presentándose con una sonrisa.

— Me han pedido que le trate muy bien, así que sea usted bienvenido a la fundación, Dr. Oliver. El mismísimo Federico Rivero me ha llamado a mi móvil y me ha pedido que le de toda la información que precise. —dijo abriendo mucho los ojos, expresando admiración por Oliver.

— Y eso no es muy corriente, ¿Verdad? —preguntó con cierta sorpresa Oliver.

— Desde luego que no. Bueno, en honor a la verdad, debo decir que cuando le interesa Don Federico desciende de su nube al planeta tierra y pone las manos directamente sobre lo que le interesa. Me dijo que usted era amigo del Dr. Perk. —le comentó el Dr. Nieto con cierta camaradería, haciéndole una seña para que le acompañara, mientras salían de la sala de espera hacia un pasillo muy transitado de personal del hospital.

— Trabajábamos juntos en el Instituto Montechoro, y sí, también era amigo mío. —respondió Oliver con reservas.

— Ya veo, una lástima. Yo tuve la suerte de conocerle cuando vino aquí hace ya tiempo. Un hombre magnífico. Su fama le precedía y fue todo un acontecimiento tenerle en la Fundación. Vino a este hospital para trabajar en un proyecto sobre herencia genética, ¿lo sabía? selección genética de genes patógenos mas concretamente. El Dr. Li fue quien le hizo venir, dicen que le llamó a través de sus contactos en el extranjero.

Oliver sabía que Nieto no mentía. Era cierto que Marlon Perk no solo era un buen científico sino también un hombre con muchos amigos expertos en genética avanzada. “Y según parece también algunos enemigos”, pensó.

De repente algo cambió en la actitud del doctor que le guiaba. El Dr. Nieto miró a ambos lados con cierta inquietud, parecía incómodo hablando en el pasillo y miraba con recelo a la gente que pasaba alrededor. Se escuchó de nuevo la voz de megafonía haciendo otros llamamientos, y con la excusa del ruido, el Dr. Nieto abrió una puerta que daba a un despacho y le invitó a pasar dentro.

— Pase, por favor, hablaremos más tranquilos... —dijo Nieto.

El Dr. Nieto cerró la puerta y se sentó. Con mucha calma comenzó a hablar a Oliver en tono de confianza sin dejar de mirarle a los ojos.

— Créame lo que le voy a decir, me alegra saber que al menos hay alguien que siente curiosidad y llega hasta aquí a preguntar, porque a pesar de todas las cosas que han pasado, nadie, ni la policía se ha molestado en averiguar nada por aquí. — Oliver le miró con cautela y Nieto prosiguió. — Es muy extraño que el Dr. Li desapareciese sin que nadie hasta la fecha sepa nada de su paradero, es como si se lo hubiera tragado la tierra, y luego está el asesinato del Dr. Perk... —

El Dr. Nieto comenzó entonces a relatarle la historia de cuando entró a trabajar para el Hospital de la Fundación Rivero, contratado para ocuparse del departamento de compras. Muchas veces encontraba grandes lagunas en los presupuestos sobre las que le advirtieron que no debía preocuparse, ni siquiera hacer preguntas. Y casi siempre se trataban de partidas sin especificar para el laboratorio donde trabajaban el Dr. Li y el Dr. Perk. Ambos trabajaban juntos en el más estricto secreto y solo tenía acceso a su laboratorio un grupo escaso personal autorizado. La colaboración del Dr. Perk con el Dr. Li duró varios meses y luego, sin más, dejó el laboratorio.

— Me consta que el mismo Federico Rivero supervisaba el proyecto en persona y puedo asegurarle que no escatimaba en gastos cuando se trataba del trabajo de Li. En aquella época había orden de realizar escaso control de los gastos, y eran usuales las maniobras extrañas de personal y de los recursos que utilizaban. A veces subían cajas cuyo contenido no era revisado por seguridad, material clasificado, y un sin fin de cosas que escapaban a mi control por deseo expreso de Li y Perk, siempre con la supervisión de Don Federico en persona. Además, pasaron algunas cosas que para mí eran inconcebibles en un Hospital.—seguía contándole al sorprendido Oliver.

El Dr. Nieto le contó como un día el laboratorio fue asaltado por parte de un grupo de hombres que entraron violentamente en el Instituto con la intención de derribar la puerta de acceso al área restringida del laboratorio del Dr. Li. Eran cinco hombres de raza asiática, y estaban liderados por un tal Dr. Chung. Se identificaron como eran un grupo independiente de médicos expertos en medicina celular en su país, China, aunque por su comportamiento parecían un puñado de matones. Insistían en que Li les conocía y que tenían que verle. Ante la negativa del Dr. Li a recibirles, acusaron al Dr. Li de estar realizando prácticas ilegales, amenazando con entrar por la fuerza en el laboratorio, pero afortunadamente la Fundación poseía un departamento de seguridad bien preparado que acudió enseguida, les redujo y les echó a la calle. No se volvió a comentar aquél incidente, se clausuró el laboratorio y el Dr. Li y todo su equipo desapareció de la faz de la tierra. Ahora el laboratorio del Dr. Li era una zona prohibida. Millones de euros de inversión permanecían allí intactos, cogiendo polvo en un laboratorio que se encontraba cerrado a cal y canto. Ni siquiera Nieto había obtenido permiso para ponerlo otra vez en funcionamiento. Finalmente le dieron las llaves de acceso, y eso fue todo. Cada vez que Nieto se atrevía a preguntar por aquel área restringida, Rivero insinuaba que no era el momento para hablar del tema o que

tendrían que elaborar presupuestos y esperar a hacer una reunión... Rivero siempre ponía algún impedimento para tratar el tema. El Dr. Nieto se mostraba en cierto modo dolido por el silencio que se había decretado en torno al suceso, y desde entonces todos sus intentos por contactar con el Dr. Li habían sido inútiles. Pensó en llamar al Dr. Perk por su cuenta, pero nunca llegó a hacerlo, pues tampoco tenía tanto grado de confianza con él y temía por su puesto en la Fundación. En el interior del laboratorio había ciertas curiosidades, que no sabía como explicar a Oliver.

— Usted es científico, seguro que le interesará verlo. Acompáñeme a la última planta, y saque sus propias conclusiones. —dijo con intriga.

Capítulo 8 .—

Ambos se trasladaron en ascensor a la última planta. Se abrió una puerta de doble hoja que tenía un cartel colgado con el rótulo de Area Restringida. Allí no se veía trasiego alguno de personal. Cruzaron la entrada y atravesaron una sala de trabajo solitaria, un espacio amplio y bien iluminado con varias mesas con ordenadores y algunos de los aparatos con los que Oliver estaba familiarizado por ser los que él usaba para sus ensayos, y que se veía que estaba totalmente abandonada. Al fondo había otra puerta doble, Nieto miró a Oliver y la abrió cediéndole el paso cortésmente. Al abrirla se encontraron con algo totalmente diferente, un espacio muy grande y nada parecido a un laboratorio sino mas bien se asemejaba a un plató de cine. Con un techo muy alto, paredes y suelos estaban decorados igual que una vivienda, pero sin ventanas al exterior. Las estancias estaban separadas por paneles finos dejando un gran espacio para el paso que carecía de puertas. Adornado con motivos infantiles, constaba de diversas dependencias como una cocina, un baño, un dormitorio con un montón de juguetes tirados por todas partes... era una casa completa, y a simple vista se observaba que había estado habitada. Oliver golpeó la pared con los nudillos, notando la fragilidad de la estancia, y en su rostro se reflejaba la sorpresa.

— Curioso, ¿no? ¿Es un laboratorio o una broma?... instalación completa de fontanería y red eléctrica. Y sin embargo no hay cámaras de seguridad, ni siquiera circuito cerrado de televisión, como en el resto del edificio. En mi opinión esta vivienda estaba habitada y fue abandonada precipitadamente, sin hacer mudanza. Nadie ha reclamado nada de lo que hay aquí, y como puede ver hay muchísimas

cosas sobre los muebles, dentro de los armarios, y en los estantes. Aún quedan alimentos en la cocina... y ropa en los cajones. —Oliver seguía con atención las explicaciones de Nieto mientras caminaban por las habitaciones. Llegaron hasta el dormitorio y Oliver se sentó en una pequeña camita. Se entretuvo vaciando el contenido de un gran cajón de plástico de color rosa que había en el suelo, rebosante de juguetes, casi todo eran muñecas, cuentos de hadas y princesas, claramente eran de género femenino.

— Sé lo que está pensando, Dr. Oliver. Podría ser alguna niña enferma, que permaneciera aislada para evitar contagios, yo también lo pensé, pero si se fija bien este hábitat no está preparado para una niña burbuja, ni siquiera está cerrado, ni mucho menos podía estar esterilizado. He revisado los archivos y no ha habido ningún traslado de pediatría hacia el laboratorio, ningún dato de ingreso en urgencias, ningún informe médico, ni historial, nada.

Oliver contemplaba aquél espacio con sorpresa. Efectivamente había indicios de que había estado habitado por una niña, la cocina estaba sucia con platos usados, la cama tenía sábanas y toallas en el toallero. En el baño había frascos de champú para niños a medio usar, y un cepillo del pelo con cabellos rubios enredados, junto a unas horquillas del pelo de fantasía. El doctor Nieto miraba a Oliver esperando una reacción a tal hallazgo, pero Oliver no podía hablar, no salía de su asombro.

— Ignoro por completo lo que harían aquí con esa niña, pero si que se que después de aquél incidente del intento de asalto al laboratorio, el Dr. Li se marchó, y desapareció sin dejar rastro. Es posible que aquellos hombres representaran una amenaza real para Li y para lo que hubiera aquí y por eso decidiera huir. A la vista de los hechos, yo desde luego me iría muy lejos. —concluyó Nieto.

Sonó entonces el busca del Dr. Nieto desde el fondo del bolsillo de su bata blanca. Lo miró unos segundos y suspiró.

— Lo siento pero me reclaman abajo. Si quiere puede quedarse y seguir mirando. Yo volveré en unos minutos. —dijo a Oliver. Oliver asintió con la cabeza y Nieto le dejó en aquella estancia llena de juguetes. Se levantó y visitó toda la casa, sobre un taburete había unas zapatillas y un albornoz chiquititos, de la talla de una niña de unos cuatro o cinco años. Pensó que su dueña estaría en edad escolar. Recordó las palabras de Rivero hablando de su hija enferma, y pensó que posiblemente hubiera estado allí, pero ya había cumplido los siete años, y además sabía que estaba en estado grave, en cuidados intensivos, varias plantas mas abajo, bajo tratamiento y con un seguimiento riguroso, según los datos del doctor Nieto, así que no podía ser Janet.

Llegó hasta una habitación que parecía un saloncito de estudio, con una mesita pequeña llena de rotuladores de colores, y muchos dibujos realizados por una mano infantil colgados de las paredes. Había varios puzzles a medio hacer y algunos folios garrapateados con letras sueltas del abecedario. En la pared también había un mapa mundi, y alguien había hecho un círculo con un rotulador grueso sobre la isla de Cuba. Oliver frunció el ceño, ya eran muchos los tropezones con respecto a esa isla caribeña. Perk había ido a Cuba en más de una ocasión, así que era probable que el Dr. Li también hubiera tenido la misma idea, sobre todo si Perk le ayudaba con algunos de sus contactos. Además era un buen lugar para esconderse en caso de que le estuvieran persiguiendo. Como había dicho el Dr. Nieto, de estar en su pellejo se habría ido muy lejos.

Merodeó por todos los habitáculos y llegó hasta la cocina, en la que había mucho polvo y algunas manchas de grasa. Abrió uno de los armarios que contenía latas de sopa, galletas, azúcar... la nevera estaba encendida, la abrió y vio que

dentro había bricks de zumo y yogures. Oliver permanecía extasiado intentando aplicar algo de lógica a todo lo que tenía ante sus ojos. Cerró la puerta de la nevera de un portazo y algo se desprendió de la puerta y cayó a los pies de Oliver. Se trataba de una letra con imán de color verde, igual que otras letras de distintos colores que encontró pegadas en la puerta al incorporarse, y que formaban una frase. Oliver la leyó: “Vicky estuvo aquí”. Oliver se estremeció. De repente sintió un estremecimiento, pero se quedó allí de pie inmóvil con la vista fija en aquellas letras imantadas. Lo repitió en voz alta varias veces. Era ella, Vicky, la misma que había estado buscando desde que Marlon murió, había estado allí y era una niña. Nunca imaginó que estaría tras la pista de una niña, siempre había pensado que se trataba mas bien de alguna persona de la edad de Marlon, pero la había encontrado, aunque ahora nadie sabía donde estaba. Era una gran contradicción que a su vez le llenaba de emoción y esperanza al saber que Vicky existía, por un lado pero le inundaba de tristeza por otro.

Todavía nervioso por su reciente descubrimiento regresó al dormitorio, entonces reparó en algo que no había visto antes, había una maleta pequeña, como de juguete, asomando abierta una esquina bajo la cama. Tenía dentro algunas muñequitas y un osito marrón de peluche. Oliver lo cogió con la mano y las yemas de sus dedos tropezaron al tacto con una cremallera en la espalda el osito. Parecía guardar algo en su interior. Al abrirlo, metió la mano y cogió una memoria USB que se guardó en el bolsillo y también sacó una cápsula muy pequeña como un tubo de ensayo fino cuyo contenido le era extraño. Se le resbaló de las manos y cayó al suelo provocando una pequeña nube de polvo que al respirarla aturdió a Oliver. Comenzó a sentirse muy mal y las piernas le temblaron, lo que le hizo agarrarse a una cortina, pero enseguida sintió que todo se volvía borroso alrededor y perdió el conocimiento, cayendo desmayado al suelo.

LABERINTO DE PUERTAS: VERDADERO O FALSO

Oliver quedó tendido sobre los juguetes totalmente inconsciente. Pero su mente caía en un profundo sueño lleno de imágenes recientes que se sucedían a toda velocidad y le deslumbraban a su paso. En un segundo se hizo la oscuridad total, pero sonaban de fondo los tambores cubanos del Bembé. Sintió que abría los ojos y se incorporaba pero ya no estaba en el laboratorio sino perdido en el interior del laberinto de setos que Rivero había ordenado plantar para su hija Janet. Comenzó a caminar por aquellos pasillos de hojas verdes perfectamente podados y llegó a una pared sin salida en la que colgaban dos letreros. Al acercarse y leerlos vio que un cartel decía la palabra Verdadero y otro cartel que decía falso. Oliver sintió que debía encontrar la salida escogiendo alguno de aquellos dos carteles, pero ignoraba cual era el enunciado a valorar. Se miró las manos, en una de ellas tenía la llave de la taquilla 16 y en la otra el osito de peluche. De repente el suelo empezó a temblar, se le cayeron las cosas de las manos y Rivero apareció a bordo de su maravilloso coche descapotable gritándole y gesticulando, diciéndole que se tenía que marchar, irse rápidamente, o Janet moriría. Luego desapareció acelerando y levantando una enorme nube de polvo. En ese momento los tambores cesaron de tocar, solo se escuchaba el silencio absoluto y todo se quedó a oscuras otra vez. De pronto estaba descalzo, caminando sobre la arena blanca a la orilla del mar, en una playa idílica, bajo un cielo azul que asomaba entre altas palmeras, y las olas se acercaban a mojarle hasta los tobillos y se iban arrastrando consigo arena y conchas marinas. El sol le deslumbraba y caminaba con la mirada baja, se sintió muy cansado, como que se ahogaba y no podía respirar, alguien gritaba su nombre a lo lejos.

— ¡Dr. Oliver! Despiértese, vamos Oliver, reaccione! —gritaba el Dr. Nieto dándole palmaditas en la cara. Nieto llamó por su teléfono móvil al personal de urgencias y enseguida subió un equipo a la zona restringida. Mientras le tendían en una camilla Oliver abrió levemente los ojos.

— ¿Dónde estoy? —pregunto confuso y aturdido.

— Está en el Hospital de la Fundación Rivero, soy el Dr. Nieto, ¿me recuerda?. Espero que sí o esto me costará el empleo. ¿Pero que le ha pasado?. —decía el Dr. Nieto mientras subían la camilla al ascensor y lo sacaban de allí.

Oliver fue llevado a la planta de urgencias y allí le hicieron todo tipo de análisis. Oliver había respirado el polvo tóxico que estaba en el interior de aquél tubo de ensayo. Según los análisis había inhalado cianuro de hidrógeno, un líquido incoloro con un olor característico a almendras amargas, que en contacto con el aire produce la muerte en minutos si es inhalado. Nieto le explicó que no sabía como había llegado hasta allí el cianuro de hidrógeno, pues se usa en cosas tales como la fabricación de fibras, plásticos, tintes, pesticidas, y otros productos químicos y también como fumigante para matar ratas, incluso para fabricar películas fotográficas. Tras los análisis y conociendo el causante de su mal, el hospital le había administrado rápidamente un antídoto específico para el cianuro de hidrógeno, y pronto se encontraría bien. Pasó la noche ingresado en cuidados intensivos y pensando que quizá todo aquello se le escapaba de las manos. No estaba dispuesto a morir por encontrar a una niña, ni siquiera sabía que tenía que hacer cuando la encontrara. Tampoco estaba seguro de que el cianuro estuviera destinado a su persona, quizá estaba oculto en el osito como arma defensiva, pero un juguete era el lugar mas retorcido para ocultar un gas letal. Recordó entonces el pincho USB que había guardado en su bolsillo.

Su ropa estaba guardada en un armario de la misma habitación a la que había sido trasladado. Tan pronto comenzó a sentirse con fuerzas y pudo levantarse de la cama del hospital buscó el pincho en el bolsillo del pantalón temiendo que lo hubiera perdido o se le hubiera caído. Pero seguía allí. Una noche se levantó de la cama y caminó por el pasillo hasta una pequeña recepción que había en esa misma planta. Por las noches se quedaban un par de enfermeras de vigilancia y Oliver entabló conversación con ellas. En seguida le dejaron un ordenador con la excusa de consultar su correo. En dos clics de ratón ya estaba abriendo la memoria. Contenía un archivo de texto titulado ENMA, con un gran número de cifras y letras, que parecían ser claves y contraseñas de acceso a archivos. El nombre de ENMA lo conocía Oliver muy bien, era el apodo cariñoso que el Dr. Perk usaba para llamar a su ordenador portátil, aquél que le había prestado el mismo día en que le asesinaron. En ese momento Oliver se dio cuenta de que había sido Perk quien había escondido la memoria flash y el veneno dentro del osito de Vicky quizá para que alguien lo encontrara después de su muerte. Al ver aquél archivo bajo el nombre de ENMA se encogió. Era como si Perk desde el mas allá le mandara un mensaje para recuperar el ánimo y darle aliento para continuar con su empresa. No sabía que hacer. El propio Marlon Perk casi le mata por hacerse con las contraseñas de su portátil. Al verle tan trastornado las enfermeras le preguntaron si todo iba bien, a lo que Oliver respondió que quizá no debía haberse levantado de la cama.

De regreso a su habitación, se quedó tendido boca arriba pensativo. Le vino a la mente la imagen de Mara. Ella siempre solía decirle que las ideas deben reposar sobre la almohada, porque es cuando, mirando al techo, la maquina de la cabeza comienza a cavilar sobre lo acontecido durante el día, y si no se le frena te sobreviene el insomnio. Oliver le dio la razón a Mara, se dio media vuelta y se durmió.

A la mañana siguiente recibió la visita del Dr. Nieto, preocupado por el estado de salud de Oliver, y con el encargo de informar a Rivero de su mejoría tan pronto como le dieran el alta. Pero al verle a los pies de su cama, Oliver tuvo un presentimiento. Aquél hombre casi le causa indirectamente la muerte, le había mostrado el laboratorio secreto que nadie podía conocer y en cambio no le había nombrado ni una sola vez el nombre de Vicky, así que decidió que no se fiaría de él. Parecía que solo fuera un emisario de Don Federico, como servilmente le llamaba Nieto. Oliver volvió a sentirse inseguro y decidió salir de allí en seguida.

Capitulo 10

Era importante ir a su casa y encender a ENMA, el portátil de Marlon Perk, y probar aquellas claves. Oliver estaba seguro de que aquellos números le abrirían algunos documentos que le encaminarían de nuevo en sus investigaciones. Había renovado la esperanza de encontrar a la niña Vicky, y su miedo a morir se había convertido en cierto rencor hacia todo, lo que le hacía sentirse mas osado. Marcus Oliver estaba encerrado dentro de un enigma, una historia que aún estaba por terminar de escribirse, y aunque lo intentaba, el recuerdo de Marlon no le dejaría vivir tranquilo el resto de su vida, que a ese ritmo pensó que podía ser muy corta. Lo que le pasó a Marlon Perk pudiera sucederle a él también, solo por estar en el secreto de la existencia de Vicky y sin saber la razón. Tenía que tratar de impedir que le mataran. Tenía que seguir adelante por su propio bien. Con las energía renovadas y sin esperar a que le dieran el alta, se escapó del Hospital de la Fundación.

Pero al llegar a casa le estaban esperando. Los hombres de Chung se habían apostado en el portal y Oliver los reconoció de lejos. Afortunadamente no se habían percatado de su llegada. Por un momento no supo que hacer, y pensó en como entrar en su casa sin que le vieran, y no solo entrar sino, luego salir. Aquí no le serviría de nada un albornoz, ni posiblemente ningún otro disfraz. Decidió esperar un poco, quizá en algún momento se marcharan pero el tiempo pasaba, y la marcha de aquellos dos hombres se hacía poco probable. Pensó que solo bastaría con que se alejaran del portal unos metros y él corriendo alcanzaría la puerta sin ser visto. Buscó en sus bolsillos y miró a su alrededor, pero no se le ocurría nada que consiguiera distraer la atención de aquellos hombres hacia

otro lado. Se quedó agazapado en una esquina próxima contemplándolos con detenimiento. Parecían estar relajados, incluso se gastaban bromas entre ellos, quizá aburridos de esperar, puede que llevasen horas allí. Uno de ellos tenía un cucurucho de papel en la mano con ciruelas maduras, y comía con disfrute. Una ciruela parecía estar mala y decidió arrojarla con fuerza mandándola lejos, al otro lado de la carretera, siguiendo con la mirada su trayectoria, para ver hasta donde había llegado en su disparo. Oliver se inspiró. Corrió a la frutería de la esquina donde con toda seguridad aquél matón había comprado las ciruelas y se hizo con un cucurucho de buen tamaño, escogiendo las mas blandengues y gruesas. Cucurucho en mano se apostó en la esquina de su casa, a pocos metros de los dos hombres, a la espalda de estos. En cuanto vio la ocasión, Oliver disparó una ciruela blanda con todas sus fuerzas a la nuca del hombre sin cucurucho. Le acertó de lleno en la coronilla, dándole un buen golpe que sonó como un capón. El pelo se le levantó de atrás hacia delante, y haciéndole que el hombre se enfureciera. Se volvió enfadado hacia el que tenía las ciruelas y le increpó. El otro hombre no sabía de que le hablaba con lo que le dio una mala contestación y tras cuatro improperios a gritos, ambos se callaron y siguieron a lo suyo, aunque de peor talante. Oliver esperó unos segundos a que el afrentado se relajara y tan pronto le dio la espalda a su compañero, Oliver volvió a arrojarle otra ciruela con todas sus fuerzas. Esta vez el impacto fue tremendo, acertándole dolorosamente en plena nuca. Todo el pelo quedó teñido de un zumo granate que le chorreaba por la espalda, decorando su camisa con varios chorretones. Se dio la vuelta muy despacio caminó con sigilo hacia su compañero. Oliver pudo ver su rostro inflado por la ira. El otro hombre ajeno a todo comía una ciruela sin inmutarse cuando de repente al girarse recibió un puñetazo en la mandíbula que le hizo caer de espaldas. Las ciruelas se derramaron por el suelo, y la acera se hizo resbaladiza, pero comenzaron a darse golpes uno a otro sin mediar explicación, momento que Oliver aprovechó para colarse dentro del portal

sin que se fijaran en él y subió a toda prisa. Cuando llegó arriba todavía se oían golpes en la calle que entraban por la ventana abierta de su habitación, mientras se escuchaba a una vecina del piso de arriba gritar a los asiáticos que parasen, que estaba llamando a la policía. Oliver pensó que a pesar de su logro debía darse prisa pues tarde o temprano se darían cuenta de su presencia allí.

Buscó a ENMA, que estaba sin batería, nervioso le conectó un cable de corriente y finalmente arrancó el ordenador portátil. Estaba nervioso y le temblaban las manos. A pesar de encontrarse en su propia casa no se sentía seguro allí, debía marcharse rápidamente. El ordenador tardaba mucho en encenderse y el miedo se apoderó de él. Cogió algo de ropa y la metió apresuradamente en una mochila, junto con algo de dinero y documentos. Desconectó el portátil sin esperar a que se encendiera del todo y bajó las escaleras de su casa. Un coche patrulla de la policía estaba aparcando en la acera de enfrente y varios vecinos hacían círculo rodeando a los dos luchadores, que ahora estaban en el suelo, embadurnados de jugo de ciruela de pies a cabeza, sin aliento casi, pero aún dándose golpes, ya casi sin fuerzas. Los agentes de policía llegaron hasta el corro para disolver el tumulto y engancharon por la ropa a los dos hombres poniéndolos en pie para llevárselos. Oliver que esperaba escondido en el portal aprovechó a salir sin que le viera nadie y se alejó por la acera, cargando con ENMA y su mochila, sin rumbo fijo.

No sabía a donde dirigirse y caminó largo rato en busca de un lugar tranquilo donde pensar. Se le ocurrió ir hasta el centro comercial, donde hubiera mucha gente y poder pasar desapercibido. Hasta que pasaron un par de horas no se percató de que no tenía ni un sitio seguro donde dormir. Tampoco disponía de mucho dinero para quedarse en hotel mucho tiempo, así que tenía que pensar en algo.

Sentado en una terraza abarrotada de gente sacó su móvil. Rastreó la agenda buscando a alguien a quien llamar y pedir ayuda, pero no se fiaba de ningún nombre. Estaba al borde de la desesperación. Miraba hacia todos lados nervioso, y pensaba que no podría contar a nadie todo lo que le había pasado, pues sonaría como la paranoia de un loco. Enfrente de la cafetería en la que se encontraba había un bar de conexión a internet y se decidió a entrar. Allí abrió el portátil y le enchufó la memoria flash. Los archivos de Marlon se empezaron a abrir como por arte de magia. Uno de ellos era la agenda personal de Marlon con varias anotaciones en los días anteriores a su muerte. Leyó palabra por palabra aquellas notas sobre la agenda pero nada resultaba relevante para él. Cuando llevaba leídas páginas de dos semanas atrás encontró una que le llamó la atención. Se trataba de un envío por mensajería privada de un historial médico, perteneciente a un paciente de la fundación Rivero, con destino a La Habana, a nombre de un tal Alcides Castellano, en el ministerio de la salud, en Cuba. Buscó entonces en la agenda de teléfonos de ENMA. No había ningún número a nombre de Alcides Castellano, pero sí aparecía el dato de que era jefe del departamento de pediatría del Hospital de La Habana. Buscó también algún número del Dr. Li, pero no encontró nada en la agenda.

Miró el reloj, estaba anocheciendo y aún no había decidido a quién le pediría refugio en su casa. Pero de repente una idea cruzó por su mente, y saltó del asiento como por un resorte. Tenía que entrar en acción, no podía quedarse allí esperando. Ya le habían seguido en dos ocasiones y no estaría a salvo en ningún lugar. Tenía que marcharse de allí, lejos de aquellos hombres, para poder encontrar a Vicky, así que se dirigió hacia el aeropuerto. Estaba claro a donde había huido el Dr. Li con la niña, y él haría lo mismo. Se marcharía a Cuba.

Capítulo 11

El avión aterrizaba dando tumbos en el aeropuerto internacional José Martí de La Habana, había salido de noche desde Europa y aterrizaba todavía de tarde, una tarde de calor. La voz de una azafata daba la bienvenida a la isla, la temperatura en el exterior era de 38 grados centígrados y el cielo estaba despejado, con la previsión de que continuase así en los próximos días, la moneda nacional era el dólar convertible, y recomendaba con entusiasmo degustar la gastronomía, el ron y tabacos de fama mundial, productos que también se podían adquirir en la tienda libre de impuestos. Oliver no notó que estuviera en otro lugar, hasta que encendió su teléfono móvil, que parecía totalmente muerto. Sentirse incomunicado no era mala cosa, dada su situación, pensó.

Al descender por la escalerilla del avión recibió en la cara un golpe de calor húmedo que casi le deja fuera de combate al no esperárselo. Oliver salió del aeropuerto y tomó un taxi, un automóvil de la década de los cincuenta, de los que todavía ruedan alegremente por el centro de la ciudad. El mismo taxista le recomendó una habitación de alquiler de una vecina suya. Incluso le confesó que se llevaría comisión si le llevaba clientes a dormir. Oliver tras tantas horas de viaje no se resistió. Se alojó sin pensárselo dos veces en una casa muy vieja de estilo colonial, sin cristales en las ventanas, pero con una sólida reja de hierro, forjada con dibujos muy rebuscados, que según le explicó la dueña, era todo lo que un turista precisaba en La Habana, para que no le robaran sus pertenencias. Oliver se lo agradeció y pensó que eso sería ya lo último que podría pasarle para colmo de males.

Abrió de par en par la ventana y se apoyó en el quicio. Pues bien, allí estaba. Ni él mismo se lo podía creer. Desde su habitación escuchaba los sonidos de la calle. Comenzaba a anochecer y la luz del día se apagaba poco a poco. La Habana no era una ciudad luminosa de noche. No había grandes rótulos de neón, ni farolas de alumbrado público en las plazas y cruces. Apenas las luces de los vecinos, desperdigadas y tenues. Lo que si que había eran los ruidos urbanos, no de una ciudad tumultuosa, sino mas bien sonidos de barrio, música cubana que salía de algún aparato de radio del vecindario y el grito de una vecina llamando al niño a casa, una moto solitaria que se acercaba ruidosa y se alejaba después sin llevar prisa, y el tintineo metálico de un barril de cerveza vacío rodando sobre la calzada, que empujaba sin esfuerzo un repartidor.

Estaba en Cuba. En algún rincón desconocido se encontraría la respuesta a todas sus preguntas. A la mañana siguiente buscaría al destinatario del correo de Marlon Perk, un hombre llamado Alcides Castellano, de la Oficina de Sanidad, pues ese era el único punto de partida con el que contaba. Cansado por el viaje se tumbó sobre la cama y sin darse cuenta se quedó profundamente dormido.

Dos días después de su llegada a la capital apenas había conseguido hacer nada y comenzó a sentirse inquieto. Tras conseguir llegar hasta el ministerio de salud, en lo que empleó toda una jornada, solo le habían permitido rellenar una solicitud para buscar al pediatra Alcides Castellano, la persona a la que Marlon Perk había mandado aquel historial médico. A pesar de su insistencia, la funcionaria que le había atendido le recalca que no tenían un registro informatizado de todos los funcionarios, ni de donde se encontraban trabajando. Podía iniciar por su cuenta una peregrinación de hospital en hospital en la provincia de La Habana buscando, o dirigirse a cada uno de los hospitales provinciales donde hubiera un departamento de pediatría y preguntar por el doctor Castellano, a ver si tenía

suerte. O bien rellenar una planilla solicitando la información y esperar a que por teléfono se le intentara localizar. La funcionaria le dijo que eso llevaría algún tiempo y le mostró en la pantalla de un ordenador la lista de Hospitales que había en toda Cuba. Oliver le pidió el listín de los teléfonos, si era posible, para llamar él mismo, a no ser que no tuviera impresora. Esto pareció ofender mucho a la funcionaria que le replicó con sorna que por supuesto que tenía impresora, lo que no tenía era papel donde imprimir. Desolado salió de las oficinas y caminó hasta la Habana vieja para tomar un bocado. El resto del día lo había pasado encerrado en su cuarto esperando respuesta de la funcionaria, sin albergar muchas esperanzas. Y así transcurrió otro día completo, sin obtener ninguna información.

Al día siguiente Oliver se había levantado con más optimismo, y sentía que el efecto del cambio horario se le estaba pasando. Eran casi las once de la mañana y el calor era agobiante. El Dr. Oliver se encontraba en la habitación cuando sonó el teléfono en el recibidor, y una voz le llamó a gritos desde el pasillo, la llamada era para él. Era la funcionaria del ministerio de sanidad, que le dijo que atendiendo a su solicitud de información no habían encontrado a ningún médico que respondiera al nombre que Oliver le había dado, Alcides Castellano. Tras colgar el teléfono decidió salir a la calle y pasear para despejarse y pensar.

A paso lento llegó hasta la plaza de la Catedral. Era una plaza amplia, cerrada a los lados por varios edificios como si fuera un patio, de suelo empedrado, frente a la fachada principal de la Catedral de la Habana, una bellísima edificación de estilo colonial y muchos años de antigüedad. Había mujeres ataviadas con atuendos típicos como reclamo turístico, que se dejaban fotografiar por los extranjeros. A mano derecha había un restaurante de lado a la plaza con una terraza llena de mesitas, abarrotada de turistas. Un septeto de músicos estaba actuando en la terraza del restaurante, amenizando a los presentes con música tradicional cubana. Oliver se quedó

mirando la plaza y echó de menos tener a mano una cámara de vídeo para guardar aquella imagen que contemplaba sus ojos. La música era la banda sonora ideal para aquel entorno y al acabar la canción los turistas aplaudieron con satisfacción. El calor hacía que la camisa se le pegara al cuerpo y empezó a sentir mucha sed, así que decidió que aquél era un buen sitio para descansar y planear lo siguiente que haría, dado que había fallado en su única empresa en Cuba. En realidad no estaba convencido de la eficacia de la búsqueda de aquella funcionaria, a la que juzgó como perezosa desde que puso la vista en ella. Era muy probable no hubiera realizado las llamadas pertinentes, pero lo que sí era seguro era que Marlon Perk había enviado esa documentación a La Habana, posiblemente para que llegara a manos del fugado Dr. Li.

Se sentó en una mesa que estaba vacía en la misma terracita frente a la fachada de la catedral. Desde allí le miraba una mujer mayor. Estaba sentada en las escaleras del pórtico. Era una anciana mulata vestida de blanco con montañas de collares alrededor de su cuello y un turbante blanco elevado sobre su cabeza. Oliver cruzó la vista con la anciana y esta se levanto como movida por un resorte y se dirigió hacia donde estaba él, contoneándose, caminando con lentitud, mientras el aire movía su larga falda blanca de encaje con cintas de colores a un lado y a otro.

— Deje que le lea las cartas, caballero... —Oliver no estaba interesado en conocer el futuro que le dictaban unas cartas, pero aún así le preguntó a la anciana.

— ¿Cuanto me va a costar? —dijo sonriente.

— La voluntad, nada más. —y se sentó con rapidez a su mesa. De debajo de un mandil sacó un montón de cartas viejas. Comenzó a barajar y a esparcir sobre la mesa el futuro de Oliver. En unos segundos estaba hablándole con la

seguridad de un oráculo sobre un montón de tonterías, como que tenía un vecino que le odiaba, y un familiar con problemas de salud. De repente, el tono de su voz se hizo más profundo y empezó a hablar muy lentamente, como si estuviera en trance.

— Veo que tiene una poderosa razón para haber viajado desde tan lejos, pero no se preocupe está usted en el buen camino... —Oliver la miraba con recelo, pero se acercaba a la verdad peligrosamente.— Veo a un hombre de rasgos asiáticos, lleva de la mano a una niña europea, ...humm... no se si quiero seguir ...

— ¿Un hombre con una niña?¿De donde ha sacado eso?.— exclamó Oliver indignado, con lo que llamó la atención de una pareja de turistas que se acababan de sentar en una mesa próxima. La exposición de la anciana pitonisa parecía una gran tomadura de pelo hasta que mencionó aquellas palabras. La mujer le miró amenazante y Oliver se vio tentado de interrogarla a puñetazos para saber de donde provenía toda esa información.

— Lo dicen las cartas, mi hijo. Es lo que veo, yo no se más que lo que veo. Claro que si no le interesa... —dijo haciendo ademán de levantarse. Oliver la sujetó por un brazo y decidió cambiar de actitud. Aquello era mas de lo que podía aceptar pero si no le seguía la corriente corría el riesgo de perder una buena pista.

— Se lo ruego, no se detenga ahora, dígame que más le dicen las cartas... —dijo Oliver con impaciencia.

— No se di debo decirle esto, veo a la muerte detrás de ellos, y también veo un gran deseo, es una fuerza muy grande, sobre esa niña...

— ¿Donde puedo encontrarles?.—preguntó Oliver con ansia, que comenzaba a creer en cualquier cosa.

— Siga a la música, la música le guiará.... —terminó la mujer saliendo de su trance.

— La música. —repitió Oliver estupefacto.— ¿No puede decirme nada más? —dijo enfadado.— El nombre de un hotel, alguna dirección...

— Eso es todo. —dijo ella muy convencida y extendió la mano exigiendo el pago. Oliver le dio unos dólares y ella después de agradecerlo mucho se alejó.

Oliver se quedó mudo. De todas las cosas que le habían pasado hasta la fecha esta era con diferencia la más singular. No sabía como aquella mujer se había sacado de la manga aquellas previsiones, que eran imposibles de inventar. Un hombre asiático, que sin duda sería el doctor Li, con una niña de la mano, Vicky, y lo que era peor, lo de la muerte detrás de ellos. Un gran deseo, una fuerza muy grande... ahora si que se sentía desconcertado. Y en cuanto a lo de seguir la música, ¿A qué demonios se estaba refiriendo?, Miró al grupo que estaba tocando en el restaurante y pensó. ¿Buscar músicos?, De repente se acordó de Amelia de Jesús, la mujer de la tienda de santería, cuyo hijo había conocido a Marlon Perk. Era obvio que alguien le estaba mandando un mensaje a través de aquella mujer, y lo que debía hacer era buscar a Humbertico, el músico de la foto. Él sí que podría ayudarle en su búsqueda. Al final, tendría que creer en lo que le había dicho aquella bruja, y como había anunciado Amelia en Madrid, nunca se sabe de donde te puede venir la ayuda.

Dándose un paseo por la ciudad de La Habana descubrió que había varios restaurantes con música en vivo. En cada rincón de la zona antigua de la ciudad, llamada La Habana Vieja, surgía una terracita con música de fondo, grandes maceteros

desbordados de naturaleza tropical y notas musicales de pequeños grupos que cantaban a pelo sin micrófono, a guillotina como le dijeron más adelante, por ser la peor forma de cantar, ya que se destrozaba la garganta al desgañitarse al aire libre.

Uno de los más famosos era la BODEGUITA DEL MEDIO, restaurante al que habían acudido en su tiempo clientes ilustres como Agustín Lara, Pablo Neruda, Nicolás Guillen y Ernest Hemingway. Según le explicaría el camarero, antiguamente las bodegas de La Habana solían ubicarse en las esquinas o extremos de una calle. Curiosamente este local originariamente Bodega, a diferencia de las demás se encontraba en mitad de una calle, y cuando pasó a ser restaurante, su dueño decidió conservar el nombre con el que todos los clientes la identificaban, La Bodeguita del medio. También le dijo que muchos cubanos discuten que La bodeguita del medio sea la cuna del mojito, bebida a base de ron y hierbabuena típica de la isla caribeña. Pero lo que Oliver pudo comprobar más tarde es que era el lugar donde más caro salía tomarse uno, y tampoco resultaba ser el de mejor factura. Tras conocer los ingredientes que contenía, se lo tomó de un solo trago y el camarero se quedó de piedra. Pasó unos minutos escuchando al grupo que amenizaba desde una de las esquinas, un quinteto muy simpático llamado eco caribe, que le hizo sonreír con sus letras y sus sones, hasta llegó a comprarles un disco como recuerdo. Animado siguió su ruta hacia otro bar con música. Paseó por las callejuelas de la Habana Vieja, y lo de vieja lo encontró muy apropiado como adjetivo, pues muchas casas parecían a punto de derrumbarse. Sin embargo debían de haber sido muy bellas, algunas solo padecían algunos desconchados en la pared y otras, con las rejas de las ventanas pintadas de distintos colores, blancas, verdes, rojas, negras, azules... hacían tal barriga en sus muros que los transeúntes se apartaban rápidamente al verlas. Un bicitaxi se detuvo justo a su lado ofreciéndole sus servicios de transporte y Oliver le interrogó

sobre a donde se podía dirigir, siguiendo su ruta musical. El hombre de la bicitaxi le propuso ir hasta El Floridita. Entró dentro y se sentó cerca de los músicos. Las paredes estaban cubiertas de fotos de cantantes: Celia Cruz, Benny Moré, Rubén Blades, Willy Chirino, Compay Segundo... Las melodías de las canciones cubanas le resultaron embriagadoras, así como la tremenda cantidad de ron que acumulaba en la sangre después de recorrer media ciudad a golpe de mojitos. Debía notarsele bastante, pues mas de una mujer de la calle se le arrimó para ofrecerle el disfrute de sus encantos caribeños, pero a pesar del calor y el mojito, Oliver seguía el rumbo trazado, seguir la música como le dijo la anciana de los collares, sin salirse de la ruta.

En aquel lugar tampoco encontró nada revelador. Un poco cansado se acercó a uno de los músicos para preguntarle si había muchos sitios con música en La Habana, y después de una larga explicación resumió que le quedaban aún un par de sitios conocidos entre los que se encontraba el conocidísimo Tropicana: un espectáculo musical famosos en todo el mundo por su colorido y espectacularidad, con un cuerpo de baile único y una gran orquesta, con un repertorio de carácter folklórico cubano, al modo de los grandes musicales y cabarets de Las Vegas. Oliver pensó que ya no tenía el cuerpo para una cosas así, pues el ron comenzaba a hacerle mella. En su lugar decidió encaminarse hacia un lugar mucho mas modesto y menos conocido, que además estaba muy cerca que se llamaba EL BOSQUECITO. Era una terraza pequeñita con una barra, y un grupo modesto que tocaba canciones tradicionales, pero con muy buen gusto, interpretando los temas a varias voces que hacían graciosos juegos rítmicos mientras la gente bailaba suave alrededor. Con el final de la canción se aceleraba el ritmo y las voces se cargaban de intensidad, haciendo subir el ánimo del público que daba palmas y se levantaba del asiento para seguir el compás. La percusión se crecía y todos jaleaban al grupo. Un final apoteósico hizo a todos romper en un caluroso aplauso,

que lentamente fue cesando. Comenzaba el descanso de los músicos.

Uno de los componentes del grupo se acercó a la barra vendiendo discos. Oliver decidió comprar uno de recuerdo, al fin y al cabo en el peor de los casos no se volvería a casa con las manos vacías. El músico le explicaba el contenido del disco, canciones de distintos géneros musicales, todos del repertorio tradicional cubano: Cha cha cha, bolero, merengue, son tradicional, salsa. Aquél músico que se acercaba a venderle un disco tenía un rostro que le resultaba familiar. De pronto Oliver cayó en la cuenta y se sobresaltó. Era el hijo de la anciana de la tienda de santería. Se trataba de Humberto, el músico que aparecía junto a Marlon Perk en la foto que Amelia de Jesús tenía en la pared, pero el paso de los años le había hecho perder el pelo y engordar hasta el punto de que casi Oliver no lo reconoce.

— Espere un momento, ¿es.. usted Humbertico el hijo de Amelia, Amelia de Jesús, que vive en España?

— ¿Conoce a mi madre? —preguntó Humbertico mientras se le iluminaba el rostro.

— La conocí recientemente por causa de un amigo común, ya fallecido. Se llamaba Marlon Perk, era médico...—no pudo terminar la frase, pues Humbertico le interrumpió.

— ¡Marlon, el doctor!, ¿Ha muerto?,¿Y cuándo fue eso? —preguntaba el músico ansioso por saber mas.

— Hará cerca de un mes, le dispararon cuando iba caminando por la calle, y no se sabe quién, ni por qué. —explicaba Oliver, que se encontraba bastante ebrio. A continuación, se presentó formalmente e invitó al músico a sentarse con él y tomar una cerveza, pues el pobre hombre se había quedado petrificado en pié al conocer la noticia. Después de un rato en el que

Oliver le contó como estuvo en la tienda de su madre y luego asistió al Bembé, ya mas calmado Humbertico le contó a Marcus algunas cosas de Perk.

— Somos amigos desde el 90. Un hombre de pies a cabeza, compadre. ¡Qué pena! —decía mientras meneaba la cabeza con pesar.— Pues lo último que supe de él fue hace mucho tiempo, cuando recibí una carta suya en la que me pedía que me ocupara de buscar alojamiento y cuidar de un colega amigo de él, otro médico, que vendría a verme aquí a La Habana, el Dr. Li. Era un médico de la China, pero no vino solo, viajaba con una niña pequeña, muy linda, pero para mí que no era hija suya, porque no parecía china, era así rubita y con los ojitos claros,... El Dr. Li me dio mucho dinero a cambio de que fuera discreto y no hablara con nadie de esto, pero como ya está muerto... —tuvo que dejar la frase a medias pues en ese momento avisaban a Humbertico para que regresara al escenario y comenzara otra sesión de música.— Ahora tengo que empezar otro pase, pero espere hasta el final y le contaré el resto de la historia. —dijo levantándose rápidamente y ocupando su puesto, instrumento en mano, entre los músicos de la banda.

Oliver se quedó pensativo. El Dr. Li ha muerto, pero, ¿y la niña?. Mientras estaba allí pensando, un camarero se acercó a su mesa y le ofreció una carta con una lista de diversos cocteles y combinados. Oliver la tenía abierta frente a sus ojos y su mirada pasaba por encima de las líneas escritas, pero no se podía concentrar en la lectura, aún seguía tratando de digerir lo que Humbertico el músico le acababa de contar. Estaba claro que Perk, después de contactar con sus amigos en la Habana, había ayudado al Dr. Li a ocultar a la niña, nada mas y nada menos que a diez mil kilómetros, en un país con un bajo nivel de desarrollo, sin un sistema informático eficaz, y una red de comunicaciones nefasta, en definitiva era el lugar ideal para desaparecer. Pero si el Dr. Li había muerto, ¿Dónde estaba Vicky?, Oliver esperaba con impaciencia a que llegara

otra vez el descanso de Humbertico y poder saber más cosas sobre la muerte del Dr. Li.

Por fin leyó la carta y se dio cuenta de debía comer algo, pues llevaba varios tragos de ron entre pecho y espalda, y eso sumado al calor húmedo de la isla, le empezaba a causar un estado de embriaguez que temía se convirtiera en algo lamentable. Pidió unas chicharritas, que eran unas rebanadas de plátano muy finas fritas en sartén con aceite y sal, al modo de las patatas fritas, cerdo asado y yuca frita con ajo y limón, que le supo a gloria. Reconoció algunos sabores de los que había probado en la tienda de Amelia el día del Bembé, como el gusto a comino del arroz con frijoles. No había pasado mucho tiempo desde aquella reunión en la trastienda de Amelia, pero a Oliver se le antojaba que hubieran pasado meses. A continuación y aunque no tenía costumbre de ello, decidió completar la velada fumando un puro habano, de los que siempre llevaba entre los labios el famoso escritor norteamericano Ernest Hemingway. Oliver no sabía si su fama le venía de sus libros o de sus juergas en todo tipo de festejos populares. Como rezaban algunos bares del centro de Madrid, era un punto de distinción el cartel de Hemingway no estuvo aquí.

Casi al mismo tiempo se agotó el puro y llegó el final de la actuación musical. El grupo descansó y Humbertico dejó su instrumento apoyado en la pared. Se sentó de nuevo al lado de Oliver y cogiendo aire comenzó a hablarle del Dr. Li y de Vicky.

— Cuando llegaron a La Habana, les llevé a la casa de una amiga mía que se llama Grisell, y allí se quedaron en una habitación que preparó para la niña y para el doctor. Pero dos días después, el Dr. Li fue atropellado por un turista borracho. Fue terrible. Había dejado a la niña en la casa, con mi hermana, para ir a una casa de cambio, una cadeca*, y al

cruzar la calle, ... ya. Ahí mismitico murió. De esto hará mas de un año.

Humbertico se encendió un cigarrillo y bebió un trago de un nuevo botellín de cerveza que el camarero había dejado sobre la mesa. Continuó hablando con Oliver y le contó que en seguida la policía se hizo cargo de la niña, un agente de los servicios sociales la vino a recoger a la casa, y desde aquél día no habían sabido más de ella.

Oliver se quedó pensativo. Debía investigar que es lo que hicieron los servicios sociales con la niña. No era probable que la hubieran deportado a su país de origen, pero seguramente se habrían puesto en contacto con la embajada española y habrían buscado a algún familiar que viajara desde España a por ella.

— Antes de morir, Marlon Perk me pidió que buscara a Vicky, y por eso he venido hasta Cuba.— le explicó

— Ese era su nombre, Vicky. Siempre nos hemos preguntado si alguien vendría a por ella. A mi hermana y a mí nos dio muchísima pena lo que pasó. —dijo con sentimiento.— Una niña tan pequeña sola, sin sus padres, no es fácil, compadre.

— ¿Conoce usted al doctor Castellano?, Marlon Perk le mandó un informe médico, y estoy buscándole por si supiera algo que me ayudara a encontrar a la niña.

— No, lo siento mucho. A lo mejor le podría servir de ayuda lo que se dejó el Dr. Li en la casa de mi amiga, se quedó una maleta con sus cosas que aún está allí. No la hemos tocado, ni siquiera la hemos abierto, al ser de un hombre que falleció no la hemos querido tocar. A veces esas cosas traen mala suerte.

— ¿Vive muy lejos su amiga de aquí? —preguntó Oliver con curiosidad interesado en aquella maleta.

— No señor, su casa está muy cerca de aquí, caminando es un ratico pero coja un bicitaxi.

NOTA: *CADECA.- Casa de cambio de moneda en Cuba.

La pena es que yo no puedo irme ahora, porque no puedo dejar el trabajo, pero Grisell a esta hora estará en la casa. Hable con ella, le contará mejor lo del accidente, y dígame que va de mi parte, que ya hablé yo con Usted. —Humbertico anotó la dirección en un papel y se la entregó a Oliver, que rápidamente se despidió y se encaminó rumbo a la casa de Grisell. Comenzaba a caer la tarde y corría algo de brisa. Oliver se acercaba a la casa de Grisell por entre las callejas de piedra, emparedadas por bellísimas fachadas de la época colonial, con rejas enrevesadas y adornos en los capiteles de las finas columnas que soportaban los porches. Deseaba con impaciencia llegar y abrir aquella maleta. Por fin parecía que la suerte estaba otra vez de su lado, justo cuando pensaba que no iba a conseguir alcanzar su meta. Además, el hecho de que el Dr. Li hubiera muerto en aquél accidente le facilitaba su búsqueda. Ya no sería tan complicado dar con el paradero de Vicky, cuya situación había cambiado. Se encontraría en algún lugar desconocido, pero ya no estaba siendo ocultada intencionadamente por nadie. Por un momento le vino a la mente la cansina funcionaria del ministerio de sanidad con la que había tropezado a su llegada a La Habana y se le erizó la piel. Solo pensar en contar con la colaboración de la administración pública cubana le desmoralizaba, pero era la única posibilidad que tenía.

Capítulo 12

Tras un corto paseo, el bicitaxi de Oliver dobló una esquina y entró en una calle ancha llena de baches, urbanizada con casas bajas a ambos lados. Todas ellas tenían un pequeño porche con columnas frente a la entrada, cada casa estaba pintada de un color diferente, pero la sensación era de penetrar en una calle porticada a ambos lados. Grisell se encontraba en uno de estos soportales frente de la casa, sentada en una gran mecedora de mimbre. Oliver se detuvo en la acera y le preguntó si esa era la casa de Grisell la amiga de Humbertico el músico. La mujer se levantó y se acercó a donde estaba Oliver mirándole con curiosidad, y allí mismo le contó la conversación que había tenido con el músico en El Bosquecito. Amablemente Grisell le invitó a entrar en la casa y sentarse en un modesto saloncito. El suelo de baldosas, en su día debía haber sido muy bonito por el dibujo que trazaba a lo largo de la estancia. Ahora muchas de aquellas maravillosas losas estaban rotas y gastadas y el dibujo se perdía a tramos. El techo era muy alto y las puertas que daban acceso al resto de la casa eran grandísimas, con cristales de colores de diseño modernista también muy dañadas y a falta de muchos de los cristales que en su día la habían decorado. Oliver no dejaba de pensar que era una pena que todo estuviera en tan mal estado de conservación, por la belleza de aquella casa que seguro en su día había sido una residencia de lujo. Lo que pasó con aquel señor fue una desgracia terrible, pero lo que yo no he dejado de preguntarme es por la familia de la niña. Yo no se muchas cosas pero si se que esa criatura parece que no tenía padres y el doctor la estaba cuidando. Pero tendría algún tío o quizá abuelos, no sé, según me dijo un compañero de asuntos sociales nadie la reclamaba en ninguna parte, era una niña desconocida y sin documentos.

Grisell parecía muy afectada por el caso. Suspiró y siguió hablándole.

— El doctor chino la protegía mucho, ¿sabe usted?, aunque no era demasiado cariñoso con ella. Al principio yo no sabía que pensar, se oyen tantas cosas... pero esa niña era una delicia, caballero. Bien educada, bonita, graciosa, y nunca sabré a donde se la llevaron. Yo pregunté si sabían de su familia, pero no hubo manera, y la niña solo tenía cuatro años, la pobrecita. No sabía donde vivía y decía que no se acordaba de sus papas.

— ¿Le dijo el Dr. Li a donde se dirigía con la niña, o que planes tenía? ¿o si tenían intención de quedarse en la Habana?. —interrogó Oliver intentando descubrir el propósito del viaje de Li.

— Apenas crucé tres palabras con él. Lo que sí le puedo decir es que fue muy generoso con el dinero, aquí nos resolvió mucho, pues no estábamos muy bien, lo que sí que dijo era que para él lo mas importante era la discreción, y si alguien venía por aquí y preguntaba por él que se lo dijéramos de inmediato. —explicó Grisell con mucho aspaviento.

— Humbertico me habló de una maleta que se quedó en su casa. ¿Podría echarle un vistazo?. —preguntó Oliver con cautela.— Si señor. La policía vino a darnos la noticia del accidente y se llevaron el pasaporte de la niña, pero resultó ser falso, o al menos eso dijeron. Después se la llevaron los servicios sociales. Pase por aquí, señor, la maleta del doctor Li está en la otra habitación.

Allí, sobre un armario muy antiguo había una gran maleta de piel negra, llena de polvo, sin cierre. Oliver ayudó a Grisell a bajarla y después la depositaron en el suelo. Como si de un gran cofre del tesoro se tratase, los dos abrieron lentamente la maleta y posaron su vista sobre el contenido sin tocar nada.

Contenía gran variedad de cosas entre ellas una gran cantidad de ropa de niña que Oliver enseguida asoció las prendas que se usan en su país en esta época ya de invierno, por ser prendas de lana y de abrigo en general. Había zapatos, una bolsa con cosas de aseo masculino, un sobre con un resguardo de un extracto de una tarjeta de crédito, donde se reflejaban varios gastos de los preparativos del viaje. Se quedó leyendo el extracto y Grisell le interrumpió animándole a seguir mirando el contenido de la maleta, con curiosidad. En el fondo aún estaban los dos billetes de avión usados, solo ida, con la fecha del vuelo. Y debajo de toda la ropa había un CDROM.

— ¿Eso es de una computadora? —preguntó Grisell no muy segura.

— Eso parece. —contestó Oliver.

— No hay mucha gente que tenga una computadora, la internet está limitada acá. Hay algunos que tienen correo electrónico, pero solo los turistas pueden conectarse a internet. Algunas veces yo he ido a una oficina que está en esta misma calle. Es una agencia de viajes y conozco al muchacho que trabaja en el despacho de billetes de Cubana de Aviación, que es hijo de una vecina mía. Si quiere le puedo llevar hasta allí.

Ambos salieron con decisión hacia la agencia de viajes de la compañía aérea Cubana de aviación con el CD en la mano. Al llegar a la puerta vieron que estaba cerrada. El muchacho de la agencia de viajes estaba a punto de salir. Oliver y Grisell le hacían gestos desde la acera para que se apiadara de ellos y abriera la puerta, pero estaba precisamente poniendo el cartel de cerrado y negaba con la cabeza con tozudez desde el otro lado. Grisell se volvió rápidamente hacia Oliver y le susurró al oído que sacara un dollar. Oliver obedeció raudo y Grisell aporreó el cristal con la mano que sostenía el dollar, bien a la

vista. Enseguida el muchacho les hizo pasar hasta adentro del mostrador, mientras se guardaba el dinero y refunfuñaba que era muy tarde, con lo que no podía quedarse mucho tiempo.

Se sentó frente al ordenador y puso el disco en la bandeja. Al abrir el disco apareció un informe médico detallado, sobre la niña a la que le llaman Vicky. Describía sus características físicas, y hablaba del último periodo de su desarrollo, crecimiento, vacunas, etc. Todos los resultados eran normales. Vicky era una niña completamente sana.

— Por otro dollar se lo saco por la impresora. —dijo el joven interesado en hacer negocio.

Oliver accedió con presteza y enseguida tuvo los papeles del informe en la mano. Oliver leyó el contenido de aquellas hojas con detenimiento. Después de los primeros detalles personales sobre la niña, habían ciertas pruebas específicas del riñón, que habían dado resultado negativo. Pudiera ser que estuvieran buscando alguna patología que finalmente no se había dado en la niña. Pero entonces ¿ qué hacía una niña totalmente sana en un hospital? ¿Estaban experimentando con ella?, se preguntaba Oliver para sus adentros, sospechando toda clase de barbaridades que le alarmaban profundamente. Todo aquello empezaba a revolverle las tripas. Siguió buscando mas información pero no aparecía ningún dato personal salvo el nombre de Vicky, ni el nombre de sus padres, ni su dirección, eso sí, todas las pruebas realizadas a la pequeña Vicky estaban autorizadas y firmadas siempre por Federico Rivero.

— Hay algo que no me han contado. —dijo pensando en voz alta Oliver, que se mostraba muy enfadado mientras salían de la tienda.

— ¿De qué habla?. —pregunto Grisell asustada al verle la cara.

— No es con usted, Grisell. Perdóneme. Es que por alguien que yo conozco. —Oliver se quedó pensativo. Estaba claro que Federico Rivero sabía mucho más de lo que le había contado. Seguro que Rivero sabía que el Dr. Li había viajado a Cuba con esa niña, y también sabría que era lo que estaban haciendo con ella. Una niña sin padres, sin enfermedades, encerrada en un laboratorio en manos de un genetista... algo se le escapaba y no sabía que era.

— Debería Usted ir a preguntar al PNR que hicieron con la pequeña Vicky. —le dijo Grisell con gesto serio.— Yo misma me he visto tentada varias veces de ir y preguntar, pero no es un sitio al que una quiera ir de buen grado, usted ya me entiende.

Oliver no le entendía muy bien, pero haciendo un esfuerzo podría figurarse como sería la policía en un país como Cuba, donde se impone el mercado negro y la escasez. De todas formas era la única pista que podía perseguir. Se hacía muy tarde y había sido un día agotador, así que pensó que para atacar la empresa de acudir a la policía era mejor dejarlo para el día siguiente e irse a descansar. Se despidió de Grisell y volvió a su habitación alquilada. No dejaba de pensar en Rivero, y de como le había tratado en su casa, invitándole a almorzar, abriéndole las puertas de la fundación para que fuera bien atendido, y como el Dr. Nieto le había conducido hasta el laboratorio para que viera todo aquello. Comenzó a sospechar que todo podría haber sido un plan de Federico Rivero para que sacara sus propias conclusiones. Puede que incluso estuviera enterado de su viaje a Cuba. Entonces cayó en la cuenta de que se había marchado sin decir nada a nadie. Si le pasaba algo parecido al Dr. Li, nadie sabría que estaba en el Caribe, aunque pensándolo bien, ¿A quién le importaría?, se preguntó. Solo había un amigo que seguro le echaría de menos, y ese era Marlon Perk. Pero ya no estaba en este mundo, así que ya no habría nadie más preocupado

por él. Mayor razón para seguir hacia adelante en busca de esa niña, se dijo. Siguiendo parada, la policía.

Capítulo 13

El Dr. Oliver entró en la comisaría local de la policía de La Habana. Era un edificio un poco destartado, con lo antaño debían haber sido jardineras frente a la puerta de entrada y con las paredes desconchadas a trozos, mostrando el ladrillo bajo el repello. La sala a donde le condujeron estaba subiendo una tortuosa escalera de madera, vieja y desgastada. En el piso superior entró en una especie de despacho que conjugaba unos muebles muy viejos, con unas mamparas de separación de color gris, al modo de las oficinas modernas. El Dr. Oliver tomó asiento frente a una mesa de despacho. Con una placa que decía YIRSI en la solapa, un sargento de piel negrísima y enorme corpulencia que vestía de uniforme verde descolorido por el uso, le hablaba desde el otro lado de la mesa.

— Si desea alguna información que puede estar en nuestros archivos deberá rellenar una planilla, entregarla en aquella cola de allá y aguardar a que sea atendido. Luego le advierto que el proceso es muy lento, le puede tardar de quince a veinte meses. Esto se debe a que el sistema informático ha caído y no puedo decirle donde está el archivo que busca. — le dijo con cierto soniquete monótono y sin mirarle ni una vez a los ojos.

— Pero no puedo permanecer aquí tanto tiempo, y he venido desde España exclusivamente para esto, se me acabaría el visado y tendría que regresar sin haber podido hacer nada. — se excusó Oliver con insistencia. Esa era la primera lección que había aprendido en La Habana, el ponerse pesado daba sus frutos, sobre todo si se acompañaba de algún dólar para adornar la insistencia.

— ¿Es usted familiar de la niña que busca? —dijo La funcionaria Yirsi con un poco más de interés.

Oliver no tenía la respuesta preparada.

— No señora. —dijo serio mientras intentaba ganar tiempo y pensaba algo.

— Pues entonces... —Ya negaba con la cabeza la policía, cuando Oliver inspirado le interrumpió.

— No me he explicado bien. Trabajo para un bufé de abogados que busca a una joven heredera de cierta fortuna, que en caso de ser ella la niña que estamos buscando, se mostrarían verdaderamente agradecidos con su departamento, y especialmente con usted. —dijo satisfecho de su invención.

— Este departamento funciona de manera rigurosa y seguimos un estricto orden de solicitudes, comprenda que no podemos hacer diferencias con nadie, y hay muchos expedientes esperando antes que su solicitud. —dijo con el mismo soniquete lastimero de aquella otra funcionaria que recientemente le había atendido, y no había podido olvidar. Comenzó a preguntarse si los funcionarios en general pertenecían a un único orden genético universal, que en todas partes era del mismo pelaje. La sargento le miró y siguió hablando.— Otra cosa sería que se tratara de una solicitud especial, entonces quizá yo misma podría ayudarle.— dijo finalmente.

— Eso es justo lo que iba a añadir, que se trata de una solicitud especial. —dijo Oliver entrando en el juego de cabeza.

— Si sabe exactamente la fecha o el lugar... puedo intentar buscárselo en los registros, a fin de cuentas tomamos nota de ellos a mano. Es detrás de aquella puerta, por el pasillo al fondo. venga por acá. —dijo levantándose.

— Se lo agradeceré muchísimo. —dijo Oliver dejando la silla de un salto y acompañándole por el pasillo. Su mano nerviosa revolvía en su bolsillo sin saber exactamente cuantos dólares debía darle, ni en qué momento.

Los dos entraron en el Registro, una única habitación donde había varios muebles grandes de madera de enormes cajoneras, con viejas etiquetas adheridas que decían 2006—2007.

Lentamente la sargento empezó a buscar entre varias fichas sobre la fecha que anunció Oliver. Este intentaba mirar por encima del hombro de aquella enorme mujer cada vez que se detenía en alguna ficha, pero por mucho que se encaramase a su espalda no podía ver nada y optó por sentarse en una vieja silla que estaba contra la pared. La sargento empezó a menear la cabeza con desaprobación y cerrar y abrir los demás cajones sin mucha gana.

— En los archivos aparece una ficha de un tal Dr. Li que falleció en un accidente de coche, y fue incinerado después en el cementerio de la Habana. Pero no están las fichas adjuntas, así que tendré que buscar en los centros de otras informaciones para completar los archivos.

Oliver no podía creer ser depositario de tan mala suerte, y tan seguida. Pensó que el lenguaje de la “ayuda” con una propina o “regalo”, o lo que en cualquier parte del mundo se llamaba soborno en dólares le impulsaría a buscar con cierto ahínco.

Mientras Oliver cavilaba el momento adecuado para soltarle un billete bajo mano, la sargento Yirsis le explicaba que a la policía no les constaba que el Dr. Li viajara con una niña, pero

reconocía que aquél registro tenía muchas deficiencias, estaba incompleto y con muchas lagunas, pues hubo un ciclón en aquellos días y la oficina quedó destruida. Muchos informes se mojaron y los demás salieron volando por los aires, y por eso había muchos informes que faltaban.

— Le suplico que haga lo que pueda, mi puesto de trabajo está pendiente de un hilo, y si no encuentro a esa niña puede que despidan. — Oliver comenzaba a desesperarse y su súplica sonó muy creíble a la mujer, que le miraba extasiada. Enarcó las cejas y se giró de nuevo hacia otro armario viejísimo que había al fondo de la habitación. En la parte inferior había tres cajas de cartón llenas de polvo y de papeles muy deteriorados y desparramados. La sargento Yirsi dobló el espinazo y alzó una de las cajas hasta una mesa, dejándola caer a plomo, armando un estruendo horrible.

— No se quede ahí mirando —le dijo a Oliver enfadada.— Saque las otras dos cajas y empiece a rebuscar. —ordenó con muy mal temple. Oliver se sacudió de golpe la desesperanza del cuerpo y como si hubiera sido atacado por un impulso eléctrico se puso en pie y obedeció. Los papeles estaban en muy mal estado, eran en ocasiones ilegibles, con las fechas borrosas, las esquinas dobladas o desaparecidas, y ni siquiera estaban clasificados, tan solo arrojados a la caja unos encima de otro. Allí dentro no había aire acondicionado y el calor de la estancia hacía que le sudaran las manos. Pronto las tuvo negras de tanto hurgar entre las hojas de tinta negra y papel carbón, bañadas en toda calidad de polvo, reciente y con telarañas. Miró su reloj, ya llevaban dos horas revolviendo papeles cuando la sargento dio un grito de alegría.

— ¡Lo tengo!. — exclamó aquella sargento y por primera vez la vio sonreír. Oliver soltó su caja y se arrimó a su lado.

— Una funcionaria de los servicios sociales le buscó plaza en un hogar infantil, un orfanato situado en Guaimaro, provincia

de Camagüey. La asistente social ...llevó allí a la niña, que responde al nombre de Vicky, donde permanece aún bajo la tutoría de la compañera Kendra González. En La Habana a 20 de marzo ...

Oliver apuntó los datos en una hoja y le dio un billete de 20 dólares, que rápidamente se guardó la mujer en un bolsillo.

Por fin la había encontrado, y sin pensárselo ni un segundo, Oliver se encaminó hacia Camagüey para buscar a Vicky.

Capítulo 14

Oliver bajó de una guagua destartalada en la plaza del centro que hacía las veces de estación de autobuses, en la población de Guaimaro. Durante los últimos kilómetros de viaje en autocar Oliver había hecho amistad con el conductor, un simpático mulato cuyo único tema de conversación eran las mujeres y su forma de ser. Parecía criticarlas constantemente, pero en realidad era un fan incondicional de las féminas y sus encantos. Oliver se rió a placer cuando después de explayarse sobre los problemas que traen las mujeres, le había confesado que tenía tres, y que a las tres las quería con locura, todas sus cosas. Antes de alejarse del autocar el conductor le llamó y le preguntó si tenía alojamiento reservado. Oliver negó desde la acera, y el hombre que permanecía sentado al volante le gritaba por encima del estruendoso motor diesel.

— Muy cerca de aquí por esa calle de enfrente está la casa de alquiler de Luis y Maybi. Solo tiene que caminar un poco y doblar la esquina.

Oliver llegó caminando hasta la casa de alquiler. Al llamar al timbre le abrió la puerta Luisito, un hombre amable y atento que enseguida le dio la bienvenida y una habitación en su casa. Charlaron mientras tomaban una cerveza bucanero negra, de marca cubana y sabor fuerte, en el porche de la casa. Oliver encontró a la gente de provincias mucho más amable y relajada que en la ciudad de La Habana, donde los oportunistas acosaban a los turistas y las jineteras abundaban en cada rincón. En Camagüey parecía estar en otro mundo, y dejándose llevar un poco por la amabilidad con la que se sentía tratado tomó confianza, y enseguida estaba explicando

a Luisito que su viaje tenía un claro motivo, visitar el Orfanato provincial en busca de una niña desaparecida.

— El Orfanato queda un poco apartado, a unos 20 kilómetros por la carretera general. —dijo Luisito con seriedad, como si eso fuera un problema grave.— Lo bueno es viajar con la luz del día, porque la carretera es muy peligrosa. Este es un pueblo pequeño, y no hay apenas taxis turísticos. Yo tengo un primo con carro, Diego, que podría llevarle, pero tengo que localizarle primero, porque regresaba hoy de un viaje a la capital de la provincia. Venga conmigo a ver que puedo encontrarle para ir al Orfanato.

Oliver comenzaba a familiarizarse con el lenguaje cubano y sabía que un carro era un automóvil con motor, si bien se usaban mucho los carros de caballos por aquella zona de hombres de campo, o guajiros, como les gustaba que les llamaran. Solo imaginarse hacer varios kilómetros a bordo de un carruaje le ponía el vello de punta, y se preguntaba cuanto tiempo le llevaría alcanzar el Orfanato a paso de caballos. Salieron a la calle principal donde estaba la plaza de los comercios. Allí se convocaban los transeúntes en busca de cualquier oportunidad y algunos vecinos de la localidad ofrecían diferentes transportes, de manera oculta, cada uno con diferentes destinos, coches de aspecto destartado echando negras bocanadas de gasoil por sus tubos de escape, algún carro de caballos, aunque la mayoría de la gente utilizaba las conocidas como bicicletas chinas para desplazarse por la ciudad. En las calles colindantes a la plaza había ríos de ciclistas circulando en ambas direcciones, sin semáforos ni señales de circulación, y apenas se veía alguna camioneta de vez en cuando abriéndose paso entre los ciclistas y los baches.

— Espere aquí, voy a preguntar por alguien que le pueda llevar al Orfanato. A veces no quieren por temor a la policía. — le dijo Luisito dejándole en una esquina. Antes de salir de casa

le había explicado que era conveniente que no vieran que el viajero que buscaba transporte era un Yuma o extranjero, pues estaba terminantemente prohibido que los turistas utilizaran los medios de transporte cubanos, de propiedad nacional como todo en la Isla, así como también era ilegal cobrar por llevar a un pasajero en el coche propio, así que Luisito debía preguntar con mucho tacto a los que habitualmente hacían de taxistas ilegales en el pueblo, y que se apostaban discretamente en una calle cercana para buscar pasajeros.

— La cosa está mala hoy. No ha llegado el gasoil a la gasolinera y hay escasez. Hasta mañana o pasado no tendrá coche. pero aquí eso es normal, a veces hay que esperar una semana para hacer algún viaje. Encontré uno allá que dice que le puede llevar, pero que tiene antes que arreglar un ponchazo de una rueda. Yo no me fiaría. —dijo negando con la cabeza.

— Aquí todo el mundo va en bici, podría buscar una para llegar hasta allí. —dijo Oliver con inocencia. En ese momento Luisito miró hacia el cielo que empezaba a nublarse, y puso muy mala cara. El hombre intentaba buscar solución para Oliver con todas sus fuerzas, pero se le hacía una empresa imposible.

— Si empieza a llover será mejor que no vaya en bicicleta, pues está un poco lejos, y le pillaría la tormenta. —explicó Luisito.

— Y eso no sería bueno. —dijo Oliver pensando en voz alta y cayendo en la cuenta de que se trataría nada menos que de una tormenta tropical.

— Sobre todo por los charcos, que aquí son muy peligrosos. —añadió Luis.— Lo que yo haría sería botella. —dijo finalmente.

Hacer botella en el modo de hablar cubano era hacer autostop. Luisito indicó a Oliver dónde estaba la carretera que conducía al Orfanato Provincial. Y ambos acordaron que esperarían a la mañana siguiente para dirigirse allí.

Al regresar a la casa, Maybi, la mujer de Luisito había preparado algunos platos y cenaron al aire libre en una mesa del porche. Luisito explicó que ese era uno de los pocos pueblos donde no se los comerían los mosquitos. En tiempo de recolección de la caña de azúcar, se arrojaban al río los desechos de las centrales azucareras y crecían mosquitos como elefantes. Luisito le explicó que en Cuba había muchos ríos y muy grandes, y en tiempos eran lugares ideales para el baño y la pesca, pero ahora con los desechos de las azucareras estaban muy contaminados. Hablaron durante mucho tiempo, sin tocar el delicado tema de la política y la duradera resistencia de Fidel Castro. Solo de refilón, y sintiéndose muy relajado, Oliver preguntó a Luisito sobre la coyuntura económica y el bloqueo de los Estados Unidos a Cuba. Fue entonces cuando Luis le comentó que la supervivencia del cubano era un tema a estudiar en las universidades mundiales, y su propia casa de alquiler era un claro ejemplo de ello. Había obtenido licencia para alquilar pero debía pagar una gran cantidad de dinero al estado para sobrevivir. No les daban suficiente dinero para ahorrar, aunque no se quejaba, pues había mucha gente que querría llorar por sus ojos. Maybi cariñosa, le acariciaba la calva a Luisito para consolarle, mientras Oliver percibía cierta añoranza en la mirada de Luisito, que para cambiar de tema, tras la caricia de Maybi, le sacó otra lata de bucanero. Después se fueron a dormir.

Después de un fuerte desayuno a base de jamón cocido, batido de fruta bomba, y una deliciosa tarta recién hecha, todo ello preparado con mucha dedicación por la alegre esposa de Luisito, Oliver con su mochila al hombro se encaminó a la salida del pueblo que le habían indicado el día anterior. Hacía un calor pegajoso, pero en ningún momento se hizo ilusiones de parar con su pulgar a nadie que llevara aire acondicionado, que después de la rueda, era el mejor invento que había creado el hombre.

La carretera estaba muy poco transitada por vehículos a motor, eso sí había grandes mareas de gente a pie, con bolsas de plástico en las manos, algunos con chiquillos pequeños en brazos, que seguro irían cerca, o al menos la idea de que fuera así le reconfortaba. Su aspecto de extranjero le delataba a distancia como forastero. Su pantalón corto de algodón y sus zapatillas de deporte de marca europea era un claro impedimento para compartir vehículo con la población local. Después de caminar durante unos veinte minutos su suerte cambió. Apareció un motorista en el horizonte, y Oliver sacó alegre su pulgar al viento. Al acercarse vio que se trataba de una motocicleta con dos pasajeros a bordo y un sidecar. Se detuvo a la orilla de la carretera y Oliver le ofreció dinero al conductor para que le llevara. El motorista le aceptó tres dólares y le explicó que no podía llegar mas lejos de unos pocos kilómetros, pues tenía a su mujer de parto y la moto era prestada por un vecino para llevar a la parturienta a la maternidad. Oliver lo comprendió y pensó que al menos se iría acercando. El viaje fue un terremoto de fuerza siete para su trasero durante al menos cinco kilómetros. Con las rodillas plegadas como un fuelle,

apenas podía enfocar el camino con la vista, pues los baches se lo impedían. Después de unos minutos de intenso traqueteo y chocar de huesos sobre las paredes del sidecar, la motocicleta bajo la velocidad. Al llegar a cierta curva donde desembocaba un caminito de tierra, la moto se detuvo. Debajo de un árbol enorme había un grupo de varias personas a la sombra, rodeando a una mujer embarazada, a la que ayudaron a levantarse y ponerse en pié. Estaba tan redonda que Oliver pensó que no entraría en el sidecar, 860 posiblemente al sentarse dentro, diera a luz allí mismo por la estrechez. Al menos se alegró de bajarse y tocar el suelo, pues los baches de la carretera habían acabado con su trasero. Ahora entendió aquello que le dijera Luisito sobre el peligro de los charcos después de la tormenta, ya que ocultarían la profundidad de los baches, que seguro eran los mas grandes del mundo. Después de que la mujer lograra entrar en la moto, y tras un montón de gritos de despedida por parte de familiares y parturienta, la multitud se disolvió, y Oliver siguió su camino a pie al borde de la carretera. No había caminado ni cincuenta metros cuando de sorpresa salió un hombre de detrás de un árbol dándole un susto de muerte. Era un hombre de campo, un guajiro como los llamaban allí, que llevaba en los brazos un racimo de plátanos gigante. El hombre le ofreció todo el racimo por muy poco dinero, pero Oliver se conformó con unos pocos, que le costaron una minucia. Comiendo plátanos y pensando en el retorno siguió caminando, pero a los pocos pasos oyó a un camión detenerse a la altura del árbol donde se escondía el guajiro. El conductor ya estaba preguntándole cuanto pedía por el racimo al hombre, y Oliver retrocedió a todo correr, aún con un plátano en la boca, sujetándose la mochila que llevaba a la espalda. Jadeante alcanzó la ventanilla del camionero y le preguntó por su destino. Era un repartidor de verduras y resultó que se dirigía al mismo lugar que Oliver, así que como si le hubiera tocado la lotería se subió al camión. El conductor que le llevaba era un hombre muy risueño y parlanchin. Desde el primer momento entabló conversación con Oliver y

hablando se le hizo el viaje mucho mas llevadero que el anterior.

— Hace años que hago este mismo camino. Me conozco cada bache de la carretera. —dijo el conductor.

— Eso es una ventaja para cuando llueve. —dijo Oliver que empezaba a ser un entendido en baches.

— Figúrese, caballero. En realidad hay muy pocos kilómetros, unos venticinco mas o menos, pero está muy malo el camino. Por eso siempre vengo de día. Y a veces me lleva una hora el llegar hasta acá, eso si no llueve, claro.

— En España se tardan quince minutos en hacer esos mismos kilómetros. —dijo Oliver impresionándole.

— ¡Oye pa' ya eso! —dijo admirado el hombre.— Eso lo da el desarrollo, compadre. —dijo reafirmando con la cabeza.— Mi mujer tiene una sobrina en España. Se casó con un español que estuvo aquí de vacaciones y se enamoró de ella. Siempre que nos escribe nos cuenta muchas cosas bonitas que hay allá, aunque dice que donde vive hace mucho frío en invierno, y que es verdad lo de las cuatro estaciones del año.

— Pues sí, el tiempo cambia con las estaciones. —Era una ovbiedad lo que acababa de decir, pero para alguien que vivía en el Caribe, el clima solo cambiaba de húmedo y caluroso en invierno a más húmedo y mas caluroso en verano. Oliver se quedó callado. A su mente vinieron como en una ráfaga de viento las imágenes del invierno y del frío de aquella mañana de diciembre en la que Marlon Perk había muerto en sus brazos, viendo la sangre sobre su abrigo, manchando los guantes de piel y la bufanda. Pareció sentir el frío que les rodeaba, el que sentía Perk antes de morir, y que precedió al amargo desenlace de su muerte. Recordó también el contenido de la maleta de Li, con ropa de invierno que dejó

atrás por inservible, y la ropita de Vicky. Estaba muy cerca de conocer a aquella niña, y deseaba hacerle mil preguntas, pero sobre todo deseaba poder decirle a Perk que la había encontrado. Después no sabría que hacer, tendría que meditarlo. Pero lo primero era cumplir con la última voluntad de su amigo y después evitar que él mismo estuviera en peligro. Tenía la sensación de que encontrado a Vicky todo se solucionaría y su búsqueda cobraría sentido, porque cada vez que se detenía a pensarlo, el sentido de las cosas estaba muy difuminado en su interior, y necesitaba respuestas.— Está un poco apartado pero a mi no me importa llegar hasta aquí, pues alguien les tiene que traer la comida y las medicinas. Ya tu sabes... —dijo el conductor sacando a Oliver de sus reflexiones.— ¿Viene a hacer una visita?

— Busco a una niña, es pariente de una amiga mía.— dijo Oliver inventado sobre la marcha.— Me dijeron que la trajeron desde la Habana, porque no había plaza en ningún otro lugar. Espero encontrarla, porque llevo mucho tiempo buscándola sin éxito.— resolvió.

— Pues la deseo que tenga usted mucha suerte. El personal que atiende a los niños del orfanato son personas un tanto especiales, me refiero que muchos tienen algún problema de discapacidad. ¿Lo sabía usted? hacen una labor increíble. — continuó el conductor.— Están muy orgullosos de como sacan el trabajo adelante. Algunos son minusválidos que utilizan silla de ruedas, otros tienen algún problema de visión, audición o del habla. Yo los conozco a casi todos. La que mas conozco es la señorita Kendra, que es hija de una vecina de mi madre en el pueblo. Mire, ya hemos llegado.

La animada charla del camionero le distrajo hasta que sin darse cuenta habían cogido el desvío a su destino. El camionero le condujo hasta la misma puerta principal del Orfanato, una edificación antigua de estilo colonial. Había sido la residencia de un rico propietario de varias plantaciones de

azúcar, y el camino de entrada estaban abrigado por un frondoso bosque a ambos lados. El final del camino de tierra desembocaba en una explanada redonda y daba a la fachada principal del edificio. Había una palmera ancha en el centro, justo frente a la entrada, con las ramas secas y sin podar. A pesar del abandono, Oliver podía apreciar que allí hubo en tiempos lejanos un bonito jardín, con árboles de distintas variedades, y plantas de hermosas hojas verdes muy verdes, completamente diferentes a la naturaleza que se había acostumbrado a ver a lo largo del camino. Un cartel de hierro oxidado al flanco derecho daba la bienvenida al Orfanato de Guaimaro.

Capítulo 16

Oliver cruzó la puerta de entrada y se vio envuelto en una nube de niños corriendo por el pasillo, montando una gran algarabía. Detrás de ellos apareció corriendo una muchacha, era la asistente Kendra González, como podía leerse en una pequeña placa que lucía en su solapa. Oliver se acercó a saludarla.

— Perdone, ¿podría hablar con usted? me llamo Marcus Oliver y ...— pero la muchacha alargó su mano y le puso el dedo índice en los labios para que no siguiera hablando. Con el lenguaje de signos de los sordomudos le hizo entender que no sabía leer los labios. Oliver se quedó allí parado sin saber que hacer ni que decir, pero ella le sonrió y le tomó de la mano, guiándole por el pasillo hacia el exterior, a la parte posterior del edificio donde los niños jugaban en un jardín grande y donde había un viejo banco de madera para sentarse bajo un frondoso árbol. Le explicó con gestos que esperara allí. Se alejó caminando hasta la otra punta del jardín, donde había otra muchacha cuidando de los niños que jugaban en el patio, correteando por los alrededores sin parar. Oliver observó que dialogaban con el lenguaje de signos y reían con picardía. Luego las dos se acercaron hasta el banco donde estaba sentado.

Kendra era sordomuda de nacimiento, y para hacerse entender con rapidez solía buscar a una compañera que trabajaba con ella en el orfanato y hacía las veces de interprete, según le explicó su compañera.

— Yo me llamo Jesica, y ella es Kendra. ¿En que podemos ayudarle? —preguntó la otra muchacha.

— Soy Marcus Oliver, trabajo para una compañía de seguros española que busca personas desaparecidas. Mi cliente me envía desde allí con la esperanza de encontrar a su sobrina que desapareció hace unos meses, y creemos que fue traída a Cuba con identidad falsa. Desgraciadamente no tengo ninguna foto actualizada, espero que me llegue en estos días por fax. — Oliver sacó de su bolsillo los documentos que había imprimido en La Habana. — La descripción que me han proporcionado es que tiene unos cuatro años de edad, rubia y ojos claros, de habla española. — según Oliver se explicaba, Jesica traducía a Kendra las palabras al lenguaje de signos. Kendra abrió mucho los ojos y enseguida sacudió la cabeza para asentir. Ante la reacción de Kendra, Oliver comenzó a ponerse nervioso y a notar que se le secaba la boca. Casi se atraganta cuando pronunció el nombre de la niña.

— Responde al nombre de Vicky y no recuerda a sus padres. — añadió. La intérprete traducía rápidamente al ver el nerviosismo de Oliver, y a la vez hablaba por las dos.

— ¿Saben si está aquí? — inquirió con impaciencia mientras Jesica traducía con agilidad.

— Kendra es la que se ocupa de recibir a los niños que llegan nuevos, así que los conoce a todos. — dijo Jesica intentando ayudar, mientras traducía con sus manos las palabras de Kendra. — Dice que hace meses llegó una niña extranjera que hablaba muy bien el español. No habían recibido noticias de sus parientes y estaba asignada de manera permanente en el Orfanato a la espera de respuesta de las autoridades españolas, pero no habían tenido noticias aún del Consulado, y podría pasar mucho tiempo hasta que supieran algo. — Kendra seguía hablando con sus manos, dibujando con rapidez palabras en el aire que Oliver se desvivía por entender sin conseguirlo.

— La recuerda claramente, pero Vicky ya no está aquí. Ahora se encuentra bajo la custodia del Doctor Roberto Castellano— dijo Jesica sin dejar de leer en los gestos de Kendra, que sonreía con ternura.

— ¿Quién es el doctor Castellano?, ¿Saben donde vive? —dijo Oliver impaciente.

— Castellano es el pediatra que asiste el orfanato desde hace años, pero no es parte del personal fijo del Orfanato. Suele venir a menudo, realiza las campañas de vacunación y se acerca si hay algún niño enfermo. Pero no tenemos su dirección. Le recomiendo que vaya a verle al Hospital Provincial, donde tiene su consulta diaria, en Guaimaro. — terminó Jesica

Kendra se sonrió, y le dijo algo a la intérprete con su lenguaje de sordomudos. Jesica le correspondió a la vez y comenzó a explicarle que Castellano había solicitado la adopción de esa niña, pero los trámites normalmente podían llevar muchísimo tiempo, años incluso, y mientras tanto había conseguido que le permitieran llevársela a su casa para que la niña pudiera vivir con su familia. No era habitual que alguien se interesase por los niños del Orfanato, mas bien todo lo contrario. Así que la idea de llevarse a Vicky para mejorar su calidad de vida había sido bien recibida por todos en el centro, y de alguna manera lo habían celebrado. No era un procedimiento muy regular pero todos estaban de acuerdo en encubrir el hecho de que Vicky ya no permaneciera allí. Oliver quedó en silencio reflexionando sobre sus palabras y mirando a los niños que corrían a su alrededor. No eran muchos, pero si que había niños de distintas edades, los mas mayores se habrían criado allí, olvidados del mundo. A pesar de las diferencias físicas y de edad todos parecían tener en común las mismas miradas, ausentes de esperanza, mezcla de desconfianza y silencio, a pesar del alegre bullicio de sus juegos.

Kendra llamó la atención de la interprete cogiendo su brazo para que se girase a mirarla mientras seguía haciendo gestos. Jesica su interprete personal espero a que terminara de hablar antes de dirigirse a Oliver para explicarle lo que estaba diciendo.

— Dice que el Dr. Castellano debe estar ahora en su trabajo, en el hospital Pediátrico Regional. Dice que Vicky era una niña muy dulce y estaba bien cuidada, seguramente alguien que la quiere la estará echando mucho de menos en su casa.— añadió.

— Me han servido de mucha ayuda. No se como recompensarles... — dijo Oliver sacando un par de billetes de su cartera, pero ambas muchachas se negaron en redondo a aceptar un dolar. Con aquella valiosísima información, Marcus Oliver abandonó el Orfanato lleno de satisfacción.

Capítulo 17

Oliver consiguió enganchar por los pelos al transportista de las verduras que ya salía de regresó a Guaimaro en muy poco tiempo le dejó justo en el cruce de la entrada del Hospital, que se encontraba a las afueras del núcleo de población. Era un edificio muy pequeño, apenas una casita de una sola planta, sin puerta de entrada ni apenas suelo, solo algunos trozos de lo que debía haber sido pequeñas losas de color gris. En las ventanas habría habido alguna vez cristales, pero solo quedaban los ventanales y algunas persianas de madera, con las tablas descolgadas y sin apenas restos de pintura, por donde los mosquitos entraban a sus anchas. Había mucha gente haciendo una larga cola bajo los arboles a la espera de ser atendido, y Oliver posó su mirada con tristeza en las personas que allí esperaban, en los atuendos y los aspectos, los apaños y moños en el pelo de las mujeres a base de pinzas imposibles, las arrugas de las caras y las mellas de los ancianos... Era todo un universo de gente despeluchada. No había nadie que no tuviera algo roto, o descosido, o descolorido, eso sin contar con los increíbles calzados reparados por procedimientos rústicos, para ir tirando, y todo tipo de figuras desgarradas por la mala alimentación.

En un arrebató se saltó la fila y avanzó con decisión hasta la entrada. Vio un corcho que indicaba las consultas y caminando de frente se encontró con una enfermera que taponaba un oído con un trozo de algodón a un paciente que estaba frente a ella sentado sobre una silla rota, en el mismo pasillo. Le preguntó por el doctor Castellano y ella le respondió con muy mala educación y sin mirarle a la cara que fuera a la consulta número 3. Atónito ante aquél talante se giró y por suerte sus ojos tropezaron con una hoja manuscrita

colgada en la pared con una chincheta roñosa, con un número tres escrito. La puerta estaba entreabierta y Marcus se asomó con timidez. Entonces una voz masculina le invitó a pasar.

— Pase y siéntese.— dijo sin levantar la mirada. Oliver se sentía un poco irritado por los malos modales con los que había sido tratado al preguntar, y habló con sequedad.

— Me llamo Marcus Oliver y estoy buscando a una niña que se llama Vicky, y según me han dicho usted la ha sacado del Orfanato Provincial y la ha llevado a su casa.— y tras decir esto se quedó allí de pié esperando la reacción del doctor.

Entonces aquél hombre seco levantó la cabeza y le miró. Un atisbo de tristeza apareció en sus ojos pero permaneció callado unos segundos sin dejar de mirar a Oliver. Respiró hondo y por fin habló.

— Cierre la puerta por favor.— dijo a Oliver que obedeció con la misma seriedad que estaba siendo tratado.

— ¿Es usted familiar de Vicky?— preguntó el pediatra con desconfianza, temiendo una respuesta afirmativa por parte de Oliver, como si se es— tuviera atrincherando antes de una batalla que se sabe perdida de antemano.

— Lamento decirle que no. Ni siquiera la conozco. Solo sé que mi mejor amigo el doctor Marlon Perk murió pronunciando su nombre y me ha costado mucho encontrarla.— dijo Oliver con firmeza.

— ¿El Dr. Marlon Perk ha muerto?— exclamó sorprendido Castellano.— Ahora entiendo muchas cosas.— ¿Le conocía usted?— preguntó extraña— do Oliver.

— Era un buen amigo de mi padre. Lamento mucho la muerte del Dr. Perk. de corazón.— dijo Castellano con sentido pesar.

— Nos visitó hace muchos años y desde entonces mi padre y él mantenían una buena amistad. Que en paz descanse.— y se quedó pensativo. Oliver que ya había recorrido mucho camino no estaba para sentimentalismos y decidió hablarle con claridad.

— La muerte de Perk no fue fortuita. Le dispararon varios tiros en la calle y aún no se sabe ni la causa ni quienes son los autores del asesinato. Yo estaba con él cuando pasó todo.— explicó Oliver con cierta inquietud.— Su último deseo fue que buscara a Vicky y por eso he venido. En cuanto a la muerte de Marlon Perk necesito hablar con su padre cuanto antes.— inquirió Oliver.

— Pues eso ya no es posible. Murió hace solo unos meses, pero el hombre estaba muy enfermo y es lo mejor que le pudo pasar.—dijo Castellano con sentimiento. Oliver se quedó esperando a que castellano continuara hablando.— Salgamos afuera. Charlaremos mas tranquilos.— dijo en un tono mucho menos tenso que el del principio.

Castellano se levantó de su mesa y antes de cruzar la puerta buscó en un cajón de una cómoda, sacando una carta de un sobre de correo aéreo, y lo guardó en el bolsillo de su bata blanca. Caminaron juntos bajo una frondosa arboleda. Castellano se encendió un cigarrillo y tras una larga bocanada comenzó a hablar. — Mi padre pertenecía a una especie de círculo privado de amigos, que estaba formada por médicos de todas las partes del mundo, en la que estaba también metido el Dr. Perk. Se intercambiaban cartas con descubrimientos científicos y tenían una red de colaboración entre ellos, escribiendo artículos para sus propias publicaciones internas y todo ello lo hacían de manera muy discreta, a espaldas de las instituciones para las que trabajaban. Según he sabido tras la muerte de mi padre se trataba de una práctica secreta entre científicos, para evitar que descubrimientos de interés general para la humanidad

podieran caer en poder de quienes solo buscan su propio beneficio, empresas farmacéuticas sin escrúpulos, laboratorios ambiciosos...

— Yo también me dedico a la investigación y puedo imaginar a lo que se refiere.— dijo Oliver que empezaba a sentirse mas confiado y relajado.

— Entre las cosas de mi padre encontré esto.— dijo sacando el sobre de su bolsillo y entregándoselo a Oliver. — No se porqué confío en Usted, pero ya no se que hacer, me encuentro en un callejón sin salida. Es una carta del Dr. Marlon Perk, dirigida a mi padre, debió llegar en los días previos a su fallecimiento, ya le digo que estaba muy enfermo. En ella Marlon le pide ayuda con desesperación. Habla de la necesidad ocultar a un tal Dr. Li que llegará a La Habana acompañado de una niña,... dentro del sobre venía una foto de los dos.— El doctor Castellano tenía la foto en la mano y la miraba con ternura. En ella aparecían una niña muy pequeña y un adulto de raza oriental, se trataba de Vicky y del Dr. Li.

Oliver leyó la carta mientras Castellano apuraba su cigarro. Marlon Perk, en su carta, hablaba de que había ciertos intereses en juego y le pedía al padre de Castellano que extremara el cuidado, pues debía mantener a la niña oculta a toda costa. Al parecer era depositaria de un secreto muy valioso.

Sin darse cuenta se habían detenido bajo la sombra de un árbol. El silencio se hizo entre los dos hombres. Uno leía con detenimiento la carta que tenía entre las manos, y el otro dejaba volar su pensamiento lejos. El aire movía las ramas dejando caer alguna hoja reseca por el calor a los pies de Oliver. Levantó la mirada dejando la carta en las manos de Castellano que aún tenía la foto. Los dos miraban al horizonte en silencio.

Castellano siguió fue el primero en hablar casi con la voz quebrada. En sus ojos había un brillo de tristeza que no pasó inadvertido para Marcus.

— Reconocí a Vicky en cuanto la vi en el orfanato, sin documentos, ni pertenencias personales, nada. Intenté establecer contacto con Marlon Perk. Así que envié un correo electrónico a todos los nombres que aparecían en la agenda de mi padre, con el fin de encontrar a alguien que me dijera que debía hacer para devolver a la niña a casa con su familia. Pero hasta la fecha no he conseguido ninguna respuesta. De todas formas no tengo mucha suerte con el correo electrónico, funciona día si y día no, y es muy difícil establecer contacto desde aquí con el exterior...— comenzó a lamentarse Castellano, pero Oliver le interrumpió bruscamente.

— El doctor Li sufrió un accidente y murió atropellado hace meses en La Habana.— dijo en tono seco.

— ¿Como lo sabe?— preguntó Castellano.

— Hablé con la policía. Los servicios sociales recogieron a Vicky de la casa donde se estaban alojando, y al no disponer de plazas en la capital la mandaron al Orfanato de Guaimaro.

— explicó Oliver. Castellano resopló y se quedó pensativo.

— La niña nunca habla de sus padres, ni nos da pistas sobre donde vivía, su colegio o amiguitos. Me he sentido responsable de cuidarla por la memoria de mi padre, pero siempre he pensado que alguien la estaría echando de menos al otro lado del Atlántico. Por la foto no parece que Li y la niña fueran parientes, no se parecen en nada, además la carta diría algo al respecto. Si al menos supiéramos de donde procedía...

— Li dejó atrás en La Habana una maleta en la que encontré un disco con un historial médico completo de la niña, pero no había información de su lugar de nacimiento.

— ¿Está enferma?— preguntó Castellano con cierta inquietud.

— Todo lo contrario. Se puede asegurar que la niña está totalmente sana. Le habían realizado innumerables pruebas de todo tipo de enfermedades, y no había nada anormal. Hasta un análisis genético de su ADN y varias pruebas de riñón.— Oliver se quedó pensando en sus propias palabras. Castellano interrumpió sus pensamientos.

— Mi mujer y yo no pudimos tener hijos, y hemos cogido cariño a la pequeña. Mi padre hubiera disfrutado con una nieta, ¿sabe usted?— dijo en un tono más familiar.— Siento mucho la muerte del Dr. Perk. Debía confiar mucho en usted para mandarle a buscar a Vicky...

— Nos hicimos amigos trabajando juntos en el Instituto Montechoro.— dijo Oliver con tristeza.

— ¿En el Montechoro? Allí trabajó mi padre también.— exclamó con sorpresa ante la coincidencia.

— ¿En serio?, ¿En que departamento?— dijo Oliver sintiendo una gran curiosidad.

— Estuvo precisamente con el doctor Marlon Perk, llevando a cabo varias pruebas de clonación genética, a partir de células madre. De esto hace ya muchos años.

— ¿Clonación?— preguntó extrañado Oliver.— No sabía que Perk hubiera...— no pudo terminar la frase porque Castellano le interrumpió.

— De eso se trataba. Nadie estaba enterado, salvo unos pocos. Pero lo cierto es que mi padre dedicó toda su vida al estudio de la clonación en secreto, y compartía muchas experiencias al respecto con el Dr. Perk. Llegaron a crear auténticas maravillas en el laboratorio, células epiteliales, de estómago, incluso células de corazón, corazón humano por supuesto.— explicó Castellano con cierto tono de orgullo sobre las proezas de su padre y de Perk.

Una vez más Marlon Perk volvía a sorprenderle. Oliver se dio cuenta de que en realidad no conocía en absoluto a su amigo y compañero. De pronto una idea cruzó por la mente de Oliver haciendo que se estremeciera. Hasta ahora no se había dado cuenta pero lo evidente estaba ante sus propias narices. Le pidió a Castellano que le dejase mirar la foto de Vicky. Aquél rostro angelical guardaba un impresionante parecido físico con el rostro de otra foto que había visto no hacía mucho tiempo. Podría decirse que las dos niñas eran iguales, o para ser más exactos, eran idénticas.

— Esta niña me recuerda mucho a la hija de un mecenas de la investigación de nombre Federico Rivero. ¿Le suena de algo?— Castellano negó tímidamente con la cabeza y Oliver prosiguió explicándole.— Es un hombre muy rico. Ha creado una famosa fundación con su nombre donde se realizan importantes estudios de medicina y ha construido un hospital pediátrico propiedad de la misma fundación Rivero en el que tiene ingresada a su hija. Se llama Janet, es una niña de unos siete años de edad, y padece una enfermedad sin solución, quistes múltiples en el riñón, y con rechazo a los trasplantes. Rivero ha invertido todo su dinero en buscar una cura para Janet y precisamente había contratado al Dr. Li y a Marlon Perk, y estaban juntos trabajando a su servicio en secreto, ocultos en un laboratorio dentro del mismo Hospital.

— Espere un momento... si trabajaban en secreto para curar a la hija de ese hombre, es muy posible que Marlon Perk

intentara crear un riñón compatible a partir de células madre y del ADN de ella. Desde luego era muy capaz de conseguirlo. ¿Cree que intentaban clonar un riñón para la hija de ese hombre?— preguntó Castellano intentando extraer alguna conclusión lógica. Pero Marcus Oliver tenía otra idea en la cabeza que iba mas allá de lo que Castellano proponía. Con temor a como iba a ser recibido por su interlocutor se atrevió a soltarlo.

— Puede que fueran aún mas lejos. ¿Y si no solo se tratara de clonar un órgano?, ¿Y si estuvieran intentando clonar a un humano?— dijo Oliver haciendo aflorar sus sospechas. Se hizo un breve silencio. Miró a Castellano por si fuera a reprocharle la insinuación pero se sorprendió al ver que la reacción de Castellano era todo lo contrario, éste tenía su mirada fija en él y permanecía atento con todos los sentidos. Oliver pensó que aunque su teoría pareciese descabellada podía confiar en Castellano, así que comenzó a desarrollar aquella idea que flotaba en su cabeza y a sacarla afuera tal cual la iba concibiendo.

— Créame Castellano, yo vi aquel laboratorio y era muy extraño, parecía una casa habitada por una niña. Estaba totalmente aislado del exterior, nadie tenía acceso, ni se sabía lo que estaban haciendo allí dentro. Allí encontré este muñeco...— dijo revolviendo en su mochila hasta sacar el osito de peluche que había encontrado en la Fundación y que le provocó la intoxicación.— Dentro llevaba una memoria de ordenador, con claves para acceder a la agenda del doctor Perk, donde encontré la anotación sobre una carta que el Dr. Perk había mandado al doctor Alcides Castellano, al ministerio de la salud en La Habana.

— Ese era el nombre de mi padre.— dijo Castellano afirmando.— pero no entiendo muy bien a donde quiere llegar.

— Meses antes de mi visita al laboratorio, unos asaltantes intentaron entrar en donde trabajaban El Dr. Li y Marlon Perk, y estuvieron a punto de desvelar su trabajo, con lo que Li desapareció y lo siguiente que sabemos es que llegó a Cuba trayéndose consigo a una niña, sin identidad, sin familia y a la que le han realizado infinidad de pruebas para conocer el estado de sus riñones. Por cierto, siempre con la supervisión de Federico Rivero.— Oliver se le quedó mirando esperando a que reflexionara.

— A mi padre le hubiera gustado escuchar tantas tonterías juntas. La idea de conseguir un clon de un ser humano a partir de su ADN es algo que siempre le fascinó, como a todo buen científico celular.— dijo con cierta sorna, pero sin dar mayor importancia a las suposiciones de Marcus Oliver.

— Piénselo bien, es lo único que realmente encaja.— dijo Oliver.

— No puede ser, es totalmente imposible.— dijo Castellano con enojo.— Hasta hoy no hay conocimientos suficientes para llevar a buen término un clon humano. Pensar que Vicky es un ser clonado es absurdo... — exclamó Castellano con indignación.

— La descripción física que aparece en el informe médico de Vicky es exacta a la de Janet, solo que tiene menos edad. Yo vi las fotos de Janet, y es idéntica a Vicky.— Oliver trataba de convencer a Castellano mientras pensaba en voz alta y descubría sobre la marcha como encajaban las piezas del rompecabezas que comenzaba a armar.

— Es lógico que una vez que hubiera nacido Vicky, tuvieran que esperar a que sus órganos madurasen para poder realizar el trasplante, y por eso mantenían a la niña oculta en un laboratorio, donde ha crecido y su cuerpo ha desarrollado, lejos de los ojos de la gente.— resumió Oliver.

— Vicky lo dejó escrito sobre una nevera con imanes de colores, ella estuvo allí, y yo pude leerlo después.

— Vale, salió de allí, pero nada prueba que Vicky tenga que ser forzosamente un producto de laboratorio. Solo es una niña más, que puede que viviera allí o la tuvieran encerrada para llevar a cabo algún estudio...— las palabras de Castellano iban perdiendo fuerza según hablaba.

En el fondo algo le decía que Oliver estaba en lo cierto.

— ¿Que haría usted si fuera inmensamente rico y fuera a perder a su hija?— dijo Oliver para terminar de convencerle.

— Pero es que...De ser así...Vicky es...— Castellano se quedó súbitamente en silencio como si una mano invisible le hubiera tapado la boca de golpe para que no hablara. Pero Oliver concluyó la frase mentalmente, y de repente ambos se sintieron unidos como cómplices, los únicos conocedores del gran secreto de Vicky. Oliver estaba seguro.

Aquella teoría increíble realmente daba sentido a su búsqueda. Sus ojos se quedaron pegados a la foto, era la única verdad posible, aunque sin duda le iba a costar mucho trabajo asumirlo con naturalidad. Vicky era una niña clon de Janet, la hija enferma de Federico Rivero, engendrada en un laboratorio con el único fin de salvarle la vida con un trasplante de riñón que sería cien por cien compatible.

Y a mí me ha tocado venir a buscar ese riñón, pensó, en menudo lío me has metido, querido Marlon.

— Esto es verdaderamente increíble. Es una proeza maravillosa, es...es...— decía tartamudeando Castellano caminando de un lado a otro. De repente se paró en seco y se volvió hacia Oliver.— ¿Cómo vamos a mantenerlo en secreto? Alguien más podría venir, como usted e intentará llevársela,... Ese Rivero, o como se llame, la estará buscando y entonces será tratada como un experimento,...—

Castellano mostraba cierta desesperación que hacía que subiera el tono de su voz. Finalmente cogió a Oliver por los hombros y exclamó— ¡tenemos que evitarlo a toda costa!.

— De hecho hay alguien más que me ha estado siguiendo.— dijo Oliver mientras recordó a los hombres que le habían estado siguiendo.— Los mismos tipos que asaltaron el laboratorio y buscaban a Li han estado siguiendo mis pasos antes de llegar a Cuba. Dudo que sepan que estoy en aquí, pero no se como podré regresar a mi casa. La última vez que fui por allí me estaban esperando, y me sentí en peligro. Creo que fueron ellos los que mataron a Perk.

— Por lo que me ha contado esos hombres iban detrás del Dr. Li. Lo más probable es que ambicionasen robar los conocimientos de Li y Perk en sus ensayos. En este mundo de ciencia desconocida la información vale mucho dinero, que es lo único que interesa a esas mafias. Puede que no sepan nada de la existencia de Vicky.— dijo Castellano.

— Debemos devolver la niña a Federico Rivero.— dijo Oliver con decisión.— Necesitamos su ayuda.

— ¡De eso ni hablar!, Vicky no le pertenece.— respondió Castellano con energía.

— Piénselo Castellano, tarde o temprano vendrán a por ella. Es la única alternativa que tiene Vicky. Por otro lado, podría salvar una vida y a la vez conseguirse un hogar seguro y lleno de futuro. Federico Rivero es un hombre muy rico, y quiere mucho a su hija. Estoy convencido que adoptaría a Vicky bajo su techo, es un seguro de vida andante, y enterraría el asunto por los siglos de los siglos, por propio interés. Pero sin su ayuda no hay nada que podamos hacer.

— ¿Qué garantía tenemos de que eso sería así?— dijo Castellano comenzando a ablandar su postura.— y si solo la quiere para el trasplante y luego ...

— La única garantía que da la confianza. Le recuerdo que yo también me he visto perseguido así que depende de como juguemos nuestras cartas. Marlon Perk murió preocupado por Vicky, y no creo que tuviera jamás intención de hacerle daño. Yo tampoco podría, y creo que por eso Marlon confió en mí para que la encontrase.— Oliver veía como aquella discusión estaba tocando fondo.

— Me está hablando de confianza y resulta que usted y yo no nos conocemos de nada. Hace solo unos minutos que ha cruzado la puerta de mi consulta y ya quiere que le entregue voluntariamente a la niña.— dijo cerrándose en banda.

— Eso es verdad, pero no intento convencerle de nada que usted no sospeche ya que es cierto. Así que busque dentro de su corazón y déme una razón para confiar en la bondad humana.— dijo Oliver apelando a su sentido humanitario.

— No me haga reír...— dijo indignado.

— Su padre la dejaría vivir.— dijo Oliver con firmeza. Aquellas palabras hicieron callar a Castellano de manera abrupta. Oliver había conseguido atrapar lo mas hondo del corazón de Castellano, y al verse acorralado, rompió a llorar.

Los dos hombres permanecieron bajo aquella realidad durante un largo silencio. Oliver sabía que estaba en lo cierto y Castellano también.

Comenzó a soplar una leve brisa que agitó las ramas del árbol que les cobijaba. Castellano, aún compungido, posó un brazo sobre el hombro de Oliver y le miró.

— Venga conmigo a casa, le presentaré a Vicky.— dijo recuperando su compostura. Y ambos dejaron la sombra de aquél árbol que había escuchado como se desvelaba el secreto mejor guardado del mundo.

Capítulo 18

Roberto Castellano abrió la cancela de la puerta del pequeño jardín que tenía frente a la entrada de su casa, un pequeño chalet cuadrado de dos plantas, e invitó a pasar a Oliver. Caminaba delante de él por un estrecho pasillo de piedra rodeado de matas enormes, pero se detuvo a mirar a ambos lados entre las plantas, buscando a la niña y al no verla por allí se giró a Oliver para hablarle en voz baja, que le miraba con impaciencia.

— Siempre me oye llegar y sale a recibirme... debe haberse escondido, le encanta jugar.— y diciendo esto comenzó a llamarla en voz alta.— Ven Vicky... ¿Dónde estas, pequeña?— de pronto se escuchó levemente una risita infantil a muy corta distancia. Oliver no pudo evitar que se escapase un suspiro de alivio y una sonrisa.

La niña asomó su cabecita de golpe para dar un susto a Castellano, apareciendo de detrás de una planta del jardín. Castellano fingió sobresaltarse dando un brinco, haciendo reír a Vicky.

— Ahí la tiene. ¿Cree usted que se parece a la hija del millonario?— preguntó con cierta ironía. Su rubia cabellera estaba muy despeinada a causa del roce con las hojas del jardín, y sus pequeñas manitas se habían ennegrecido de tocar el suelo al agacharse. Pero salvo eso, Oliver creyó haber visto a un pequeño ángel de ojitos azules revoloteando por el jardín.

La niña salió corriendo entre risitas y se escondió otra vez. Mientras seguían el juego, Castellano miraba a Marcus con

complicidad. Era difícil pensar que aquella renacuaja juguetona, que apenas levantaba unos palmos del suelo fuera un fenómeno singular, una creación de laboratorio, un experimento realizado con éxito. Mas bien era un pequeño milagro. Cuando ya por fin se dio por vencida, corrió a los brazos de Castellano que la aupó en sus brazos para entrar con ella en la casa.

— Es muy guapa. — dijo Oliver. Y se parece a Rivero, pensó sin decir palabra, para no herir los sentimientos de aquel padre adoptivo. En realidad se parecía mas a la esposa del millonario, aquella hermosa mujer de los retratos que Oliver había visto en casa del empresario.

En buena lógica, Vicky portaba la herencia genética de los Rivero, era sangre de su sangre, con el ADN de su familia, como solo una hija natural podría llevar. Castellano le atusó el pelo y le despejó la cara, y entonces fue cuando quedó a la vista expuesto un pequeño antojo en su rostro, una manchita de nacimiento de color rosado en su pómulo derecho, con forma de corazón.

Ajena a su llegada, la esposa de Castellano se movía en la cocina preparando algo de comer. Al escuchar la algarabía en el exterior saludó cariñosamente desde la ventana a su marido.

— Enseguida te preparo el agua para el baño, cariño. — dijo removiendo una cazuela de arroz sobre el fogón... — ¿Has regresado muy temprano o me lo parece a mi?. — preguntó la mujer aún sin asomarse a mirar.

Con Vicky en sus brazos, y mirando a Oliver lanzó un gran suspiro. Sería difícil explicarle todo aquello a su esposa, y más complicado aún convencerla para que la dejase ir, ahora que estaba encariñada con Vicky hasta las pestañas.

— Tenemos visita.— le gritó Castellano.

Capítulo 19

El Gran Hotel de Camagüey estaba en el centro de la ciudad, y era todavía un lugar acogedor, sobrio pero refinado, muy repintado y de aspecto cuidado, a pesar de tener casi más de setenta años de antigüedad. Frente a la entrada aparcó un mono— volumen de alquiler o turístico como allí les llamaban, que olía a distancia a coche con pasajeros indeseables en su interior. Las puertas se abrieron de golpe y se bajaron cuatro hombres de raza china, que según dijeron en recepción acababan de llegar de La Habana. Era un viaje de muchísimos kilómetros pero aquellos individuos, de mirada fría y rostro impenetrable no parecían fatigados en lo más mínimo. Con cara de pocos amigos se desperdigaron por el Hall y solo uno de ellos se acercó al pequeño mostrador de madera maciza que era la recepción. A pesar de los años de se conservaba intacto, tallado con dibujos de grandes hojas, a juego con un antiguo casillero para las llaves de las habitaciones. Todo el hall estaba lleno de pequeñas tallas de madera que se dejaban ver desde la calle a través de unos grandísimos ventanales abiertos de par en par y le conferían cierto aire de elegancia. La actividad del interior transcurría bajo los viejísimos ventiladores de aspas que giraban con pereza, rodeado todo ello de grandes maceteros con bonitas plantas tropicales.

El marco no encajaba con la foto de aquellos cuatro hombres ruidosos y mal encarados, que habían dejado caer a plomo sus bolsas de viaje y llamando la atención de los escasos habitantes del hall de entrada.

Uno de ellos preguntó al recepcionista a cuánta distancia estaba la población de Guaimaro de allí, y le contestaron que a una hora de camino aproximadamente, con lo que decidieron hacer noche y proseguir con su ruta a la mañana

siguiente. Pidieron alojamiento y que les subieran alimentos a las habitaciones y sin hacer ni medio comentario subieron en un ascensor histórico de poleas, que operaba un ascensorista experto, a golpe de palanca como se hacía en tiempos de nuestros abuelos, y frenando al llegar a la altura deseada, tirando de otra palanca en el momento preciso, pues tardaba unos segundos en detenerse por completo y debía hacerse con precisión, para ajustar la cabina a la altura exacta, todo un arte.

Los sicarios del doctor Chung no habían perdido el tiempo. Después del incidente en frente a la casa de Marcus Oliver habían buscado por tierra y cielo la pista del doctor amigo de Marlon Perk, sin obtener fruto alguno. Pero habían sido muy cuidadosos de dejar en cada esquina un buen par de ojos atentos y bien pagados, dispuestos a dar el chivatazo en cuanto Oliver asomara la cabeza. Incluso en el Instituto Montechoro aún estaba aquél infiltrado informático, rastreando a diario el correo de entrada a los distintos buzones de todo el edificio. Desafortunadamente para Marcus Oliver, un día apareció un mail en la bandeja de entrada, con una fecha remota, pero que estaba dirigido al doctor Marlon Perk, con copia a John Li y a unos treinta y cinco destinatarios más.

Era una nota breve, remitida por un tal Roberto Castellano, en la que pedía que alguien le indicara donde podría localizar a los doctores Marlon Perk o John Li, pues se trataba de algo importante. El técnico informático rastreó el correo hasta saber que provenía de la red cubana de servidores de internet. Luego buscó el nombre de Roberto Castellano en la red hasta que encontró al pediatra en una página del ministerio de sanidad de Cuba, y en concreto en el hospital pediátrico de Guaimaro, en la provincia de Camagüey.

Tan pronto llegó el chivatazo, Chung busco a cuatro de sus mejores mercenarios y les envió a Cuba, a la caza de busca de Roberto Castellano. Puso un enorme fajo de billetes sobre la mesa exigiendo que buscasen debajo de todas y cada una de las piedras que había en la isla para que no quedara ni un

solo rincón por registrar hasta dar con el escondite de John Li, la causa de sus pesadillas.

Y mientras esos hombres despertaban en Camagüey, Oliver desde la casa de Luisito en Guaimaro intentaba hablar por teléfono con Rivero, pero era totalmente imposible.

— Hay sobrecarga en la red.— dijo Oliver con fastidio. Había marcado casi veinte veces y no era posible que la operadora le diera línea. Finalmente dejó a un lado el teléfono y se reclinó en el asiento a pensar.

— Bueno, compadre, ya tu sabes, aquí casi siempre hay línea, y se puede llamar con facilidad, pero en ocasiones hay que esperar un poco.— le comentó Luisito, que intentaba consolarle. Luis había sido músico de joven y aunque aún rozaba los cuarenta había tenido que buscar otros medios de ganarse la vida, lo que resultaba tarea difícil. Era un tipo optimista y diligente, con cara de buena persona y simpatía natural, pero Oliver no sabía hasta punto podía confiarle su secreto y pedirle ayuda.

Su mujer apareció con una tarta recién hecha para agasajarle, y sonriente preguntó a que se debían las caras largas.

— Necesito hablar con urgencia con Madrid. He encontrado a la niña que estaba buscando en casa del pediatra que atiende a los niños del Orfanato.

— Yo se quien es. Es ese que vive por la por salida de Amancio— dijo Maybi que al parecer le conocía.— Su mujer trabaja en la shopping de la esquina.—Y a continuación se enzarzó con Luisito en una discusión sobre si era esa la mujer del pediatra o no, cruzando varias descripciones de una y otra dependienta de la tienda.— Que yo se cual es, Luis, que vinieron al la fiesta de los quince de Eliet, la sobrina de Mimo el de Elia. Se llama Roberto o algo así.—

Cuando ya por fin Luisito se convenció de la identidad de la mujer, Oliver tuvo una idea.

— Debo contarles un secreto y confiar en su discreción.— dijo Oliver mirándoles seriamente. La pareja se quedó atónita y se hizo un silencio.

Los dos a un tiempo se sentaron cerca de él para escuchar con atención. En eso sonó el teléfono y la conversación quedó en suspense. Era la operadora de las llamadas a larga distancia que por fin había conectado con la casa de Federico Rivero, y le pasaba la llamada.

— Soy Marcus Oliver y necesito hablar con El señor Rivero con urgencia...— dijo Oliver cuando por fin descolgaron. Al otro lado de la línea estaba el mayordomo de la casa, que le dijo que Rivero no estaba allí.— Puede darle un número para que llame cuando regrese, es muy urgente....— apremiaba Oliver in ser escuchado, y no hubo mas palabras.

De repente colgó y en su rostro se vio la desolación. Miró a Luisito y a Maybi que le esperaban con atención a que se explicara. Ambos parecían estar dispuestos a apuntarse a lo que fuera, sin pedir nada a cambio.

— Ese señor con el que trato de hablar, Federico Rivero, está en el hospital junto a su hija, que se está muriendo. No he podido hablar con él. No va a regresar a casa, ha decidido quedarse con la niña día y noche. Su hija ha empeorado y esta en estado muy crítico en cuidados intensivos. Rivero no se separará de ella ni un instante y ha dado orden de que nadie, bajo ningún concepto le moleste, con lo que no se pondrá al teléfono de ninguna manera. Pero yo he encontrado aquí la cura para su hija. Y tengo que hacérselo saber...

— ¿Y que podemos hacer?— preguntó Luisito con deseos de ayudar.

— La niña que vive con el pediatra Castellano tiene el único riñón compatible para el trasplante de la hija de Rivero. Pero es huérfana y no veo la forma de llevármela de aquí sin la ayuda de Rivero. ¿Lo entienden?

— Perfectamente— dijo Luisito. Se hizo un silencio mientras Oliver seguía pensando.

— Ayer hablé con Castellano y está dispuesto a ayudarme a sacar a la niña de Cuba. Espero que me guarden el secreto.— dijo Oliver un poco asustado.

— Pero para eso necesitará mucho dinero y tardará varios meses en conseguir el visado de la embajada de España,...— se explicaba Luisito que conocía los trámites para salir de Cuba.— Eso si consigue que le den la carta blanca, y tratándose de una menor es casi imposible que le den el permiso.

— Solo se puede salir de aquí en balsa.— dijo Maybi sentenciando con gesto de enfado.

— ¿En balsa?— preguntó desconcertado.

— No la haga caso, está de broma. Se refiere a los balseros que se tiran al mar para cruzar las ochenta millas que nos separan de Miami.— le explicó Luisito.— Pero eso significa jugarte la vida, y además es ilegal. La gente se escapa de noche, con un flotador y cuatro tablas y sabe dios la cantidad de personas que mueren en el camino, es una locura.— .

Pero no era tan descabellado, pensó Oliver de momento, ya que el mar era una opción.

— ¿Cual es la playa mas cercana?

— ¿De aquí?, la playa de Borbollón. Está a unos veinte kilómetros pero la carretera es muy mala. Mi primo tiene una casa cerca de allí.— dijo Luisito.— ¿Por qué lo pregunta?

— Necesito que me ayuden. Castellano debe llevar a la niña a la playa y buscar un buen lugar para que se oculten allí hasta que encuentre el modo de sacar a la niña. No llevo conmigo demasiado dinero, pero pueden contar con que les pagará lo que sea necesario. Quiero que sepan que se que les estoy pidiendo hacer algo ilegal, pero es que necesito proteger a esa niña y llevarla lo mas rápido posible a Madrid, y espero hacerlo a tiempo. — dijo nervioso. La pareja se miró en silencio y Luis finalmente le habló.

— Puede contar con nosotros, pero debemos tener mucho cuidado. No se puede confiar en nadie, es la única forma de que estas cosas salgan bien.— dijo Luisito con decisión.— Puedo buscar un coche con mi primo Diego que tiene que estar ya de vuelta de Camagüey y él conoce a mucha gente acá con carro, y llevar a la familia de Castellano hasta la playa.

— Yo iré a la shopping a buscar a su mujer y hablar con ella. Si se marchan a la playa tendrá que llevarse algo de comida y preparar el viaje.— dijo Maybi con levantándose de la silla con energía.

— Yo iré al pediátrico, a buscar a Castellano. Si es posible saldremos esta misma tarde para la playa.— dijo Oliver intentando mostrarse seguro.

Todavía había que salvar el escollo de llegar hasta Federico Rivero y explicarle la situación. Quizá podría intentar contactar con el doctor Nieto en el Hospital Pediátrico de la Fundación y pedirle ayuda.

Volvió a pedir a la operadora que le pusiera una llamada de larga distancia, y esta vez tuvo suerte a la primera. Oliver

recuperaba la esperanza de hablar con Rivero, pero al conectar con la Fundación le dijeron que Nieto estaba de vacaciones y no volvería en un mes. Insistió en que debía hablar con Federico Rivero, pero la recepcionista se negó en rotundo a pasar la llamada a la planta de cuidados intensivos y Oliver colgó de nuevo con enfado. Se levantó de la silla y caminó de un lado a otro como un perro enjaulado, rompiéndose la cabeza a pensar, buscando entre sus conocidos a alguien a quién pudiera acudir para pedir ayuda. De repente se acordó de una mujer que le debía un favor. Marcó el número de la operadora y sacando la tarjeta de la señorita Caberon de su cartera le dio el número a la telefonista. Enseguida la tuvo al aparato.

Una hora después, al otro lado del océano, Ros caberon se bajaba de un taxi frente la puerta del Hospital Pediátrico de la Fundación Federico Rivero. Caminó por los pasillos hasta alcanzar la planta de cuidados intensivos. Al salir del ascensor notó un clima extraño, había varios guardaespaldas apostados en el pasillo, y una enfermera en un mostrador impedía el paso al fondo del pasillo a dos hombres que debían ser periodistas a juzgar por el material fotográfico que portaban, y que querían seguir pasillo adelante a toda costa. Inmediatamente, y a causa de su insistencia, dos gigantes de dos metros con cara de pocos amigos que estaban apoyados contra la pared se acercaron y les empujaron sin miramientos, hasta sacarles por la puerta que daba a la escalera de incendios. Ros Caberon, de aspecto totalmente inofensivo, con sus joyas y sus mejores galas, causó en la enfermera mejor impresión y a pesar del reciente altercado, su simpatía casi obtiene de la enfermera una sonrisa, disculpándose por lo que acababa de presenciar.

— Ya se que no puedo entrar a ver a mi nieta Janet, pero si me dice donde puedo tomar un café mientras espero a que salga mi hijo...— dijo la señorita Caberon interpretando a la perfección el papel de abuelita indefensa.

— Ah! bueno, no contábamos con la llegada de ningún familiar pero si, hemos preparado una salita para visitantes al fondo. No es gran cosa pero estará más cómoda allí que en el pasillo, y hay una cafetera y algún canapé. Sígame, le acompañaré.— dijo la enfermera saliendo de detrás del mostrador y escoltándola a lo largo del pasillo hasta un pequeño saloncito de espera.

La señorita Caberon se puso cómoda dispuesta a esperar pacientemente allí, cuando pasada casi una hora Federico Rivero cruzó la puerta.

— ¿Quién es usted?— dijo irritado. — seguridad!...

— Espere, señor Rivero, tengo noticias de Vicky.— dijo ella rápidamente.

Rivero le hizo un gesto a los guardaespaldas para que se detuvieran, pues ya estaban entrando como una exhalación en aquella sala de espera. Ros Caberon se presentó con parsimonia y le contó que había recibido una llamada de Oliver, o de Obanon como ella creía que se llamaba.

— Salvó a mi perrito, ¿Sabe? y mi Chiqui y yo le estamos muy agradecidos por lo que hizo, así que cuando me llamó para pedirme un favor he venido a verle a toda prisa. Creo que es muy urgente— dijo la buena señora.

— ¿Cómo me pongo en contacto con él?— dijo ansioso.

— Pues es muy difícil, pero puede llamar a un tal Luisito en este número, y allí le darán mas explicaciones.— y le extendió un papel con un número anotado a mano.

Mientras tanto en Guaimaro, Oliver veía con impaciencia como pasaban los minutos en el reloj. De repente sonó el teléfono y se sobresaltó.

Al otro lado estaba Rivero.

— No podemos hablar a través de estas líneas, no son seguras.— dijo Rivero. Fue lo primero de todo y sin mediar saludo alguno.— Tome nota de este número y no lo pierda, llámeme aquí dentro de una hora.— y colgó.

A Oliver se saltó el corazón del pecho, pero tenía tiempo de llegar al pediátrico y hablar con Castellano, así que se metió a toda prisa el papel donde había apuntado el número en el bolsillo derecho de su pantalón para no perder tiempo y se encaminó al lugar donde sabía que habría taxis.

Ya era mediodía, y al llegar al pediátrico se metió a todo correr a la consulta de Castellano, pero la antipática enfermera del día anterior le paró los pies en la puerta.

— El Doctor Roberto Castellano hoy no ha venido por aquí, se marchó directo a atender una urgencia y es posible que no regrese en todo el día.— diciendo esto se volvió a sus asuntos sin más. Oliver desconcertado salió lentamente de allí, y al cruzar la puerta sintió un tirón brusco por detrás de la ropa. No le dio tiempo a quejarse cuando dos hombres le levantaron en vilo y le metieron por la fuerza en un monovolumen.

Le pusieron una bolsa de rafia por la cabeza y le ataron de pies y manos. Todo sucedió muy deprisa, Oliver gritaba que le dejaran, y preguntaba qué es lo que querían de él, a la vez que se revolvía inútilmente bajo sus ataduras para intentar escaparse, cuando de repente sintió un golpe seco en la nuca. Sintió un dolor intenso que le hizo marearse, hasta el punto de creer que perdería en conocimiento, entonces se sintió impotente y pensó que sería mejor no oponer resistencia hasta tener algún control sobre lo que le estaba sucediendo. A pesar de que no le habían amordazado decidió guardar

silencio por miedo a recibir mas golpes, ellos tampoco hablaban. Trató de escuchar con toda su atención. Sintió como el vehículo se desplazaba a gran velocidad y por alguna carretera llena de baches, lo cual no era ninguna novedad que sirviera de información. Dos hombres estaban sentados a ambos lados aprisionando su cuerpo, que estaba perfectamente inmovilizado. Al poco rato se le durmieron las manos y comenzaron a dolerle las muñecas, le habían atado con algún tipo de cable fino y duro, y sintió el mismo roce en los tobillos desnudos. Pasaron muchos minutos, Oliver perdió la cuenta del tiempo que llevaba el coche en movimiento. Le dolía mucho el golpe de la cabeza y sintió que tenía una gota de lo que creyó sudor corriéndole por el cuello pero lo único positivo de aquella encerrona era que el interior de aquel coche tenía aire acondicionado, y no sudaba. Si no sudo es que estoy sangrando, pensó, estos bestias me han hecho una brecha. No había podido ver sus caras, pero sabía perfectamente que se trataba de los mismos hombres que le habían estado acechando frente a su casa, y no hacía mas que pensar que tenía que hablar con Rivero y que Vicky tendría que estar camino de la playa.

Cuando el coche se detuvo, Oliver estaba adormilado por el dolor. Las puertas del coche se abrieron y le sacaron a rastras. Oliver vio pasar sobre la tela de rafia que cubría su cabeza la luz del día al salir del automóvil, y después se hizo una gran oscuridad y dedujo le habrían metido en alguna casa.

Hablaron algo entre ellos, en lo que parecía chino, mientras le dejaban tirado en el suelo. Escuchó como se cerraba una puerta y sus pasos se alejaban tras ella. No habían cruzado ni una palabra con él, pero en algún momento le dirían que era lo que querían de él. Quizá esperaban a alguien, un jefe, un interlocutor para un interrogatorio. Intentó escuchar por si llegaba algún sonido desde la habitación contigua sin éxito.

Tenía que pensar, con método, con serenidad o no saldría bien parado de aquella situación. Tal y como se encontraba no podría escapar de aquellos hombres, así que esperaría con

calma. Descartó enseguida un secuestro a cambio de dinero, porque en definitiva él por sí mismo no valdría nada para aquellos hombres, pero algo era seguro, estaban tras la pista del doctor John Li. Eso quería decir que desconocían el hecho de estaba muerto. ¿Cómo me habrán encontrado? se preguntaba con nerviosismo, repitiéndose otra vez que debía permanecer sereno para pensar con claridad. Con la brusquedad de su captura había dejado caer su mochila con sus cosas, tal vez los mismos hombres la habrían registrado. No había nada dentro que les pudiera dar idea de la muerte de Li. Los informes de Vicky estaban en su maleta, en la casa de Luisito. Solo habrían visto su documentación y algo de dinero. Tampoco lo habían registrado a él y el número de Federico Rivero aún estaría en el bolsillo de su pantalón. Se preguntaba si aún le estaría esperando en aquél número o si, al ver que había pasado el tiempo sin llamar como habían acordado, sospecharía que le habría sucedido algo malo.

Pasaron varias horas. Su largo encierro había calmado un poco su ansiedad, y trataba de mantener la mente clara para estudiar sus posibles opciones. No podría escapar pero si que podría negociar, aunque puede que le mataran después. El hecho de que le hubieran cubierto la cabeza y no amordazado le daba alguna esperanza de seguir vivo, si fueran a matarme no les preocuparía que viese sus caras, pensó. Eso es, me necesitan vivo hasta obtener lo que buscan. Se tumbó en el suelo a ciegas y respiró hondo para intentar relajarse.

Entonces sucedió algo. Escuchó el sonido de un timbre de teléfono móvil que le llegaba desde lejos y poco después la puerta se abrió. Alguien le incorporó de un tirón y le apoyó contra la pared. Notó como le ponían un aparato grande junto a su oreja. Escuchó una voz de teléfono.

— ¿Me escucha claramente, doctor Oliver?— dijo la voz de un hombre al otro lado del auricular.

— ¿Quién es?, ¿Qué es lo que quiere?— preguntó Oliver ansioso.

— Cállese doctor, no era mi intención hacerle daño, pero ha sido muy difícil llegar hasta usted, — dijo excusándose el hombre del teléfono.— Mi nombre es Chung, y hace mucho tiempo que busco al Dr. Li y creo que usted sabe donde está. Solo quiero que me diga donde se oculta y le dejaré marchar.

Oliver sabía que tarde o temprano tendría que decirles la verdad, así que tenía que ganar tiempo y tratar de pensar en algo.

— Tendrá que decirme por qué le busca...— dijo Oliver tanteando sus fuerzas desde su maltrecha posición.

— Es usted un hombre admirable, y valiente, dicho sea de paso. No se encuentra en situación de exigirme nada, Dr. Oliver. Hay muchas formas de obtener esa información de usted, mi querido amigo, pero creo que se merece una explicación por todo el esfuerzo que lleva realizado. Debe saber que no me tengo por un hombre despiadado, y respeto a los hombres con coraje.— dijo Chung mientras se reía al otro lado del auricular.— Y no sido nada fácil encontrarle. Si ha llegado hasta Cuba es porque Li está en la isla. Debí pensarlo antes, era uno de los destinos favoritos de Marlon Perk.— dijo el hombre. Después reflexionando en voz alta.— Dígame, Dr. Oliver, ¿qué demonios le ha traído hasta tan lejos, o es que espera obtener algo del Dr. John Li?—

— No espero nada del Dr. Li, porque está muerto.— dijo gritándole al auricular. El Dr. Chung guardó un incómodo silencio. Oliver estaba en lo cierto y aprovecho para seguir hablando, pues sabía que le había dado en su punto flaco a su oponente, y era el momento de seguir golpeando.

— Fue incinerado en La Habana tras morir atropellado por un turista a los pocos días de llegar.— explicó Oliver, y se atrevió

a lanzar el reto.— Ya le he dicho lo que se, ahora le toca a usted.— dijo.

Oliver escuchó una honda respiración al otro lado de la línea. Después Chung pareció reponerse de su golpe y continuó hablando con la misma calma de antes.

— Li era un gran científico, un poco estúpido para los negocios, pero con una mente privilegiada para la experimentación. Pero también era un maldito traidor.— de pronto su voz se llenó de odio.— Me robó mis secretos. Fue uno de mis discípulos mas aventajados en los años 90, pero un día me abandonó escapando con todos los logros que habíamos obtenido para vendérselos a mis enemigos. Poco después supe que había creado su propio equipo de investigación, experimentando a partir de los descubrimientos que yo había hecho, con el único fin de desprestigiarme. El muy imbécil aspiraba a quitarme la supremacía que solo yo había obtenido en el mundo de la clonación humana.—

Según Oliver le dejaba explicarse, pensaba que la muerte de Li no sería motivo de satisfacción para alguien que estaba buscando vengarse. Necesitaba tener algo con lo que negociar, poner un caramelo en la boca de aquél loco que le tenía retenido, inventar rápidamente el medio de calmar las ansias de Chung de manera definitiva.

— Ahora me toca a mí arrebatarle sus descubrimientos y arrastrar su nombre por el fango. Lo que no acabo de entender, mi querido amigo, si Li murió en La habana, ¿Que demonios busca en esta pequeña aldea?

— Espero recuperar su legado, un informe completo de sus descubrimientos en clonación, que pensaba vender a mi regreso a Madrid.— dijo inventando con agilidad. Le dolían mucho las articulaciones y pensó en pedir que mejorar el estado de su cautiverio.

— ¿Y donde se encuentra ese estupendo legado?

— Necesito que me suelten y curarme la herida de la cabeza, tengo mucha sed y empiezo a marearme...— dijo Oliver intentando presionar en un lance a la desesperada.

— Vamos, vamos, alégrese de recibir un trato de favor y trate de cooperar, Dr. Marcus Oliver.— el hombre del otro lado no pensaba dar su brazo a torcer, y Oliver que le consideraba el responsable directo de la muerte de Marlon Perk pensó en jugándose el todo por el todo. De ello dependería su vida, así que debía ser hábil y dar la sensación de saber mas de lo que realmente sabía. Chung le amenazó.— No me obligue a usar la fuerza, doctor.

— Sabe que le estoy diciendo la verdad, El Dr. Li realizó varias pruebas de clonación humana, y según reza en ese informe encontró el camino, pero no pudo concluir el trabajo y le faltó tiempo para dar el paso final.

— ¿De verdad?— preguntó el Dr. Chung incrédulo.— ¿Cómo resolvió la supervivencia de un cigoto sin malformaciones?— Oliver nervioso comenzó a sudar a raudales, pero bajo la bolsa y con la poca luz que había los secuestradores no podían darse cuenta.

— Haciendo variaciones en la elección de las células madre.
— se lanzó a decir Oliver recordando todo lo que sabía de la clonación animal.

— Eso ya lo probé yo y falló, mis células se morían o mutaban...— dijo irritado Chung. Pero Oliver en seguida le interrumpió.

— En el ensayo de Li se repitieron los procesos varias veces renovando el entorno del desarrollo de las células, con otras variantes que desconozco, lo que permitiría el desarrollo en el útero, y el crecimiento de un feto perfecto. Todo está plasmado en su informe, un legado que escribió para dejárselo a Marlon Perk, en caso de que muriera. y que dejó en manos de unas personas de su confianza.

— No me estará tomando el pelo....— dijo contrariado el doctor chung.— ¿Donde está ese legado?.— insistió.

— No se donde está, ni conozco a las personas que lo guardan, solo sé que llegué a un acuerdo con ellos y debían venir a buscarlo hasta aquí. Antes de que sus animales me capturaran debía realizar una llamada de teléfono a una línea segura. Hace horas que están esperando mi llamada.— dijo Oliver esperando ansioso una oportunidad de hablar con Rivero.

— Está bien. Haga esa llamada, y consígame el informe, entonces le dejaré marchar, en caso contrario, me temo que su vida no valdrá nada.— dijo Chung haciendo sentir pánico a Oliver.

Chung grito algo en chino y el aparato fue retirado de su cabeza. Luego le desataron y le quitaron el saco de la cabeza. Entonces vio que se encontraba en un cuarto totalmente a oscuras, con una linterna que le apuntaba directamente a los ojos y le deslumbraba hasta cegarle. Uno de los hombres le tiró un móvil al regazo.

Con las manos temblorosas, y apunto de salirle el corazón por la boca hurgó en su bolsillo y sacó el papel con el número de Rivero. Marcó con gran dificultad y se puso el aparato al oído. Tardó un mundo en sonar la señal de que había línea y estaba dando timbre. Oliver creyó que se moriría si el corazón le seguía latiendo tan fuerte. Cuando Rivero contestó al otro lado, no tenía saliva en la boca y sus palabras no salían de su

garganta. Oliver sintió que estaba llorando y trató de serenarse. Al otro lado Rivero preguntaba impaciente.

— Oliver, ¿está bien? conteste...

— Me han secuestrado...— dijo casi ronco y lloroso.— El Dr. Chung quiere que le entregue ese informe que dejó escrito para Perk en el que cuenta sus descubrimientos.— Oliver tragaba saliva por fin.— Debe hacérmelo llegar a Guaimaro cuanto antes.

— Entiendo. Le proporcionaré ese informe del que me habla.

— Rivero cogió el mensaje al vuelo, y rápidamente comprendió que habría que inventar aquella moneda de cambio para el rescate de Marcus Oliver. Con mucha calma y sin dar pistas continuó hablando.— Ya he contactado y todo está dispuesto.— dijo Rivero hablando en clave. Tras escuchar estas palabras Oliver se serenó. Su secuestro serviría para distraer la atención a Chung mientras llevaban a cabo la salida de Vicky de la Isla. Evidentemente desconocían por completo la existencia de la niña.

— Me matarán si no entrego el legado del Dr. Li...— dijo a Rivero advirtiéndole de la gravedad de su situación.

— Enviaré ese informe que me pide a la oficina postal de Guaimaro a su nombre. Conserve la calma, la ayuda está en camino.— le dijo Rivero intentado reconfortarle.

— Dése prisa y hágalo bien, no puede fallarme en esto.— exclamó Oliver esperando que Rivero captara por completo el mensaje.

— Le he comprendido, Chung quedará perfectamente satisfecho con esa información y pronto estará libre. Le doy mi palabra.— insistió Rivero para que quedase tranquilo de que había entendido bien el mensaje.

— Que Dios le oiga.— dijo Oliver, cuya fe, hasta ahora inexistente he había hecho rezar todo lo que sabía desde que entrara en esa habitación.

— Hasta pronto, buen amigo.— le dijo Rivero y se cerró la línea.

Oliver dijo a sus secuestradores en voz alta y firme que lo que buscaban estaría a su nombre en la oficina de correos y que fueran a buscarlo a allí. La linterna se apagó y se quedó solo en la oscuridad, mientras escuchaba como se alejaban los pasos de sus secuestradores al otro lado de la puerta. Lanzó un gran suspiro y confió en que Federico Rivero cumpliera lo prometido. Debía buscar un informe creíble, e incompleto, de la clonación de Vicky y hacerla llegar a Cuba antes de que se muriera allí encerrado. Revisó sus tobillos y sus muñecas y se palpó la sien en busca de su herida, pero la sangre había cesado y su nuca era todo un pegote reseco se sangre y cabello entorno a la brecha, que no podía mas que tantear haciéndose daño al pasar los dedos. Se puso en pié y camino un par de pasos en la oscuridad de su prisión, donde no había mueble ninguno, solo paredes y un suelo de cemento resquebrajado. Finalmente se tumbó en el suelo de medio lado, acomodando su cabeza sobre su brazo a modo de almohada, y esperó.

Como poseído de una fuerza de otro mundo, esa misma noche Rivero cruzó el océano en su propio jet hasta Haiti. Eludiendo los radares cubanos y arriesgándose a ser descubierto por los controles marítimos de la guardia cubana, acudió en persona al rescate de Vicky a bordo del yate más rápido que pudo encontrar.

Llegó a la playa de Borbollón a media noche. Tal y como lo habían acordado Castellano esperaba en la orilla con el agua por las rodillas, sujetando de la mano a la pequeña Vicky. El

barco se acercó a oscuras hasta la misma arena pero no tenían más que unos minutos para salir de nuevo a toda velocidad hasta salir de las aguas territoriales y estar a salvo. Cuando llegó el momento de subir a la niña a bordo, Castellano se abrazó a ella tratando de contener la emoción, sin conseguirlo. Rivero se asomó por la borda y lanzó una rampa al agua. Castellano se dirigió a Vicky para despedirse.

— Ahora sube al barco sin miedo, con ese señor que te va a llevar a tu verdadera casa.— dijo tratando de convencerla. Pero en esto Rivero gritó desde el barco.

— No hay tiempo para despedidas. ¿Donde está su mujer?

— Ahí detrás, en la arena.— dijo extrañado Castellano.

— Llámela, rápido— dijo apremiándole.

— ... pero...— balbuceó Castellano.

— ¿Se vienen o que?— gritó Rivero riendo.

Castellano rápidamente comprendió la invitación y salió corriendo con todas sus fuerzas a pesar de la dificultad de estar metido en el agua.

En unos instantes apareció tirando del brazo de su esposa a la que hizo subir a toda prisa empujándola por el trasero rampa arriba, mientras Vicky daba saltitos de alegría. Los motores del yate rugieron con fuerza empujando el barco mar adentro y en segundos la playa quedó silenciosa y solitaria.

Capítulo 20

Había perdido la noción del tiempo cuando alguien le sacudió una patada en la oscuridad de su encierro. Antes de que pudiera abrir los ojos le pusieron de nuevo el saco en la cabeza y le ataron las muñecas, era evidente que le iban a trasladar. Con la rapidez de un hurto le sacaron a empujones entre dos hombres siempre con la cabeza cubierta y le empujaron al interior de un vehículo que estaba en marcha. Había dormido en el suelo toda la noche y se sentía como si le hubiera pasado un tren por encima. Sabía que con él viajaban mas hombres, posiblemente los mismos cuatro que le habían estado custodiando, pero todos guardaban silencio, y solo se escuchaba el ruido del motor rugiendo. De repente aflojaron la marcha hasta detenerse, y Oliver sintió que el corazón se le iba a salir por la boca. Le arrojaron del coche al suelo, y quedó tendido boca arriba. Estaba al aire libre, porque podía notar que el calor del sol le calentaba la piel. De repente escuchó como las puertas se cerraban y el coche se alejaba. No sabía muy bien si estaban a punto de meterle un tiro en la cabeza. Se quedó muy quieto, pero no se oía nada alrededor, solo los ruidos del campo. Se sacudió la bolsa de cabeza y respiró aliviado. Se habían marchado dejándole tirado al borde de una carretera. Me han liberado, soy libre... gritó en su interior. Se deshizo de sus ataduras con facilidad pues ya habían sido cortadas sin que él lo notara y entonces vio que también habían tenido la amabilidad de arrojar su mochila al suelo sobre un charco. Había llovido. Sintió el olor de la tierra mojada del campo, y el sol le deslumbró. Miró a los alrededores, era un lugar muy solitario y sin apenas arboles. Magullado y dolorido, caminó a paso lento hasta encontrarse un cruce con una carretera de mayor categoría y cambió su rumbo, con la esperanza de alguien pudiera recogerle. Sabía

que estaba libre pero no sabía cual había sido el desenlace final. Ansiaba hablar con Castellano y saber si Vicky continuaba con vida.

Un coche con tres turistas borrachos le interceptó y tras cruzar varias palabras en inglés e italiano con ellos, finalmente se hizo entender. Parecían buena gente a pesar de la tranca que llevaban pues insistieron en llevarle al hospital. Oliver les pidió que le llevaran hasta Guaimaro a que le curaran, así podría ver a Castellano y saber que había pasado, pero no estaba allí. En realidad hacía dos días que no iba a trabajar al hospital y nadie sabía si le habría pasado algo. Oliver se asustó al oír esto. Una vez que hubieron vendado la cabeza y tras una larga y cariñosa despedida de sus borrachines salvadores, cogió un carro de caballos que le llevó hasta la casa de Castellano. Todo estaba cerrado a cal y canto, era evidente que allí tampoco había nadie. Necesitaba un teléfono desesperadamente. Buscó con la mirada y no vio más que casitas de campo desperdigadas, y transeúntes a pie y en bici en ambas direcciones. Tenía hambre. Estaba sucio y cansado, y la poca gente que circulaba por esa calle le miraba con curiosidad. Sus ropas estaban manchadas de sangre y llevaba una venda en la cabeza. En cualquier momento alguien le tiraría una piedra, pensó. Debía descansar pero no podría estar tranquilo hasta saber que había pasado con Vicky.

Desesperado se marchó a pie a la casa de Luisito. Le abrió la puerta una sobrina de Luis, diciendo que Luis y Maybi se habían marchado a La Habana y que volverían en unos días, pero que ella le atendería en lo que necesitase. Oliver se desplomó en el sofá del salón mirando el teléfono, y en ese preciso instante, sonó el aparato. La sobrina descolgó y acto seguido se lo dio, diciendo que preguntaban por él un tal señor Castellano.

— Gracias a Dios, me alegro de saber que está bien, nos temíamos lo peor.— dijo con mucha alegría.

— Por el amor de Dios, Castellano, ¿Donde se ha metido? Le he buscado por todas partes...

— ¡Estamos en el hospital!, en Madrid, quiero decir. Llegamos ayer de Haití, en un vuelo increíble con Don Federico. Ahora le estoy llamando desde su casa en La Vega. Todo ha salido muy bien, ¿Cómo está usted?— preguntó preocupado.

— Bien, bien.— dijo sin convicción.— ¿Y Vicky?— preguntó nervioso.

— Está ingresada junto a Janet, la hija de Rivero, las van a intervenir esta misma tarde. Vicky está muy bien, y Janet un poco asustada pero nada puede ir mal, es una apuesta sobre seguro. Mi mujer está ahora con ellas y con Rivero. Yo me voy para allá enseguida que termine de hablar con usted. Descanse y recupere sus fuerzas, el señor Rivero me ha dicho que quiere volar a Cuba tan pronto como se realice el trasplante, para traerle de vuelta. Está impresionado con usted y quiere darle las gracias en persona.

— Bueno, no es necesario que venga hasta aquí, aún conservo mi billete de regreso.— dijo Oliver en tono humilde.

— Ya me ha dado las gracias pagando mi rescate...

— ¿Sabe que Rivero ha iniciado los trámites de la adopción de Vicky?, al final va a resultar que se trata de un buen tipo.— le contaba Castellano entusiasmado.

— No sabe cuanto me alegro.— dijo Oliver con la boca llena. La sobrina de Luisito había recibido la orden de darle comida al llegar y en ese instante Oliver estaba masticando a dos carrillos, lo que hacía casi incomprensibles sus palabras.

— Me ha buscado un puesto de trabajo en el hospital de la Fundación, y está haciendo planes para mi familia y... Oliver,

¿sigue ahí?. — pero en ese momento Oliver había caído en un dulcísimo sueño dejando el teléfono tendido sobre su regazo.

Capítulo 21

La prensa se había hecho eco de la muerte del Dr. Li. Los titulares de varios periódicos internacionales pregonaban a bombo y platillo su desenlace mientras se encontraba de vacaciones viajando por el caribe y una sonrisa placentera cruzaba la cara de Chung al leerlos desperdigados sobre la mesa de un lujoso restaurante de Hong Kong. Miró tras de sí a su fiel guardaespaldas y le dijo que pidiera más vino. Había pasado casi una semana, y celebrando la manifiesta mejoría de Janet, Rivero estrechaba la mano de Oliver en el Hall del Gran Hotel de Camagüey, seguido de un fuerte abrazo.

— Le debo la vida de mi hija, y no se podrá pagarle.— decía Rivero feliz.

— Bueno, usted me ha salvado la vida a mí.— decía Oliver con humildad.— Aunque de no ser por la muerte de Perk, no se que es lo que hubiera pasado.— recapitulaba Oliver.— Fue él quien me pidió que buscara a la niña momentos antes de morir, y por él es que me embarqué en esta aventura.

— No exactamente, mi querido amigo. Tengo que contarle algo y espero que algún día pueda perdonarme. A mi y al doctor Marlon Perk.— dijo Rivero lentamente.— cuando me pidió que le enviara un informe con las conclusiones del Dr. Li tuve que pedir ayuda muy lejos. Debía ser un material suficientemente convincente para calmar la furia de Chung y dejarle satisfecho. Pero acompañeme al jet, debemos partir ya. Se lo explicare cuando estemos a bordo.

Oliver no comprendía todo aquel misterio, si bien siempre había sospechado que Rivero era quien movía los hilos en la

sombra en lo referente a Vicky y al Dr. Li. Fue Rivero quien le dejó ver el laboratorio secreto de la Fundación y quien le condujo a la pista del padre de Castellano, lo que le llevó a Cuba sin darse cuenta.

A la salida del hotel una limusina les esperaba en la puerta y en pocos minutos estaban al pie del impresionante jet privado del millonario. Una azafata bajó una breve escalerilla y le invitó a subir. Oliver se sentía agasajado, pero en cuanto metió la cabeza por la compuerta, lo que vio en el interior le heló la sangre. En los asientos de piel que quedaban al fondo había sentado un hombre que le miraba con ternura y expectación.

— Hola Marcus— dijo son una sonrisa. Era Marlon Perk. Apenas podía creer lo estaban viendo sus ojos. Estaba allí sentado, frente a él, y estaba vivo. Era imposible, pero real. Había muerto en sus brazos aquella mañana y lo recordaba con toda claridad, pero ahora, después de todo este tiempo, lo tenía delante, y le estaba hablando.

— No eres un fantasma, ¿Verdad?— preguntó Oliver para no dejar lugar a dudas.

— No, y siento mucho haberte utilizado así.— Se hizo un largo silencio. Oliver pasó de la sorpresa a la indignación en un suspiro. Las palabras de Perk habían sido como puñales que se clavaban en su pecho desnudo, sin poder hacer nada para impedir que le causaran un profundo dolor. Marlon Perk sentía desasosiego pero volvió a hablarle con firmeza.— Pero involucrarte en esto era la única manera de conseguir que Chung se alejara de mí y del rastro de Vicky.

— Lo teníais todo planeado. Tu y Rivero...— dijo dejando caer su cuerpo a plomo sobre uno de los sillones, cayendo a su vez en la cuenta del plan que habían llevado a cabo con él como protagonista. Desde el balneario, la tienda de santería, el

laboratorio de la fundación, todo había estado dirigido, orquestado para que él viniera a buscar a la niña.

— Nunca pensé en traicionarte, y sabes que te aprecio como si fueras mi hijo, pero nadie más que tú podía ayudarnos, estando fuera de toda sospecha, y sin tener conocimiento de nada. Así también te manteníamos a salvo de las garras de Chung, que nos estaba pisando los talones.— se excusaba Perk tratando de hacer entender a Oliver sus razones.

— He puesto mi vida en peligro por tu última voluntad antes de morir, y resulta que no era la última...¿Y la policía?— preguntó con ingenuidad, queriendo en un momento recomponer la mentira del asesinato.

— Fue todo un montaje.— respondió Rivero con seriedad.

— ¿Y tu familia? yo hablé con tu tía y...— Oliver intentaba llegar al fondo de todo el ardid, por si alguna vez pudiera contárselo a alguien, aunque fuera a aquél retrato de Mara que siempre le escuchaba en la soledad de su habitación.

— No tengo familia, Marcus. Creí que te darías cuenta de ello. Piénsalo, no había otro modo, de haberlo habido jamás te habría metido en esto. Lo importante es que hemos conseguido algo que nadie ha hecho jamás y ha sido gracias a ti. Puedes estar orgulloso de lo que solo tu has hecho posible. Has salvado la vida de Janet y recuperado la vida de Vicky. Yo no podía venir a Cuba, Chung tenía espías por todas partes e ignorábamos que Alcides Castellano hubiera muerto. Al no tener noticias de Li, ni del anciano Castellano, supimos que Vicky estaba perdida y te enviamos hasta aquí a por ella.

— Y casi me matan.— concluyó Oliver.

— Ahora está en tu mano el contárselo al mundo entero o guardar silencio. Somos conscientes de que contándote toda

la verdad nos hacemos muy vulnerables, pero pensamos que teníamos esa deuda contigo. Ahora tu decides.— dijo Perk poniendo a Oliver en la disyuntiva de contar la verdad al mundo y denunciar a Rivero y a Perk por lo que habían hecho, que era mucho, o callar y tener de por vida la garantía y la seguridad de quien se sabe acreedor de mil secretos, guardándose su odio por todo lo que le habían hecho pasar.

El jet despegó y Oliver se abrochó el cinturón. Durante el viaje no abrió la boca y se limitó a fijar la mirada en las nubes que pasaban flotando como algodones bajo las alas, ajenas a su tortura interior. No sabía que debía hacer. Estaba dolido, pero sobretodo estaba fascinado por lo que habían llegado a hacer aquellos hombres, el uno por salvar la vida de su hija, y el otro,... aun no sabía por qué.

El vuelo llegó a su fin. Después del aterrizaje, Perk se levantó de su silla y se acercó a Oliver, le miró y le puso la mano sobre su hombro.

— Tu te bajas aquí, yo seguiré hasta mi destino. Ahora me oculto a los ojos de la gente en un pueblecito perdido allá en el Cáucaso. Aunque puede me mude pronto, la zona anda revuelta y pronto no será segura para mí. Ese es mi destino, ocultarme para siempre. Pero espero que puedas venir a verme alguna vez, ahora que sabes que estoy vivo.

— Y todo esto ...¿Por qué?— dijo Oliver intentando encontrar la calma y saciar su ansia de respuestas.— Para lograr un clon humano...

— Para servir a mis semejantes. Es mi única razón de ser, lo que le da sentido a mi vida, y lo que me deja dormir tranquilo cada noche. Tienes que entenderlo, tu también eres humano y eres científico. El futuro de la humanidad es incierto y lo sabemos. Pero si existe una necesidad que puede ser cubierta, una enfermedad que pueda ser curada o un una

esperanza para un problema que pueda ser hecha alcanzada sin hacer daño a nadie, y está en nuestras manos el hacer todo eso realidad, ¿Con qué derecho puede nadie impedir que ponga todo mi esfuerzo en dar con la solución y hacer de este mundo un lugar un poco mas feliz?. Piensa que es lo que hubieras hecho tu en mi lugar y obra en conciencia.— y se volvió a su asiento con tristeza.

Oliver no quiso ni mirarle. Se bajo del jet y despreció con un gesto el coche que esperaba en la pista, para llevarles a él y a Rivero. Se alejó caminando, mientras trataba de recordar al Marlon Perk de antes, el que tenía en su recuerdo como imborrable, intachable y grandemente admirado y querido. Oliver se le quedó mirando. Aquél maldito vejestorio podía estar equivocado, pero sus principios eran sólidos como rocas. Había llegado a fingir su propia muerte, estaba dispuesto a vivir de manera anónima y ocultarse para siempre de todos los que le habían conocido, amigos y enemigos, solo por un experimento, que no podía ver la luz, pero que había salvado la vida de una niña. Oliver comprendió que lo que había hecho Marlon Perk era el sacrificio mas grande que había conocido jamás en un hombre, que amaba la vida por encima de todo, pero no podía estar vivo. La rabia que Oliver sentía en su interior le impedía perdonar al que había sido su amigo mas apreciado, pero si aquella había sido su voluntad, descanse en Paz.